

PETE RICE

EL VALLE

por AUSTIN GRIDLER

**DE LOS HOMBRES
MUERTOS.**



*Collection
Illustrée*
AUDACES

1,50

973

El valle de los hombres muertos

**Austin Gridley
Pete Rice/11**

CAPÍTULO I

EL ENMASCARADO

El sol acababa de ocultarse detrás de los Montes Pompanos. Una ligera niebla parecía envolver con tenue velo los picos de la sierra. Un silencio sepulcral reinaba en toda la región.

El valle de grama mostraba en esos momentos su delicada belleza natural. Pero para el hombre que, desde los picos vecinos, paseaba su mirada sobre él, aquella belleza no existía. No cabía en su alma ninguna emoción artística. Sus ideas eran de crimen y de muerte...

El asesino hallábase oculto detrás de unos matorrales que bordeaban el sendero que subía en zigzag la ladera de la montaña. Llevaba una capa negra y sus facciones estaban ocultas detrás de una máscara parda.

Su constitución física era imposible de determinar, porque todo su cuerpo hallábase envuelto por la capa que arrastraba por el suelo al caminar. En cuanto a sus facciones, tampoco podían reconocerse, porque se hallaban totalmente cubiertas por la máscara, la que solamente poseía dos aberturas para permitir la visualidad al hombre que la llevaba. Por fin, tampoco era posible establecer el color de los cabellos, porque ellos estaban cubiertos por una boina azul, sobre la que, además, llevaba el enmascarado un sombrero de anchas alas, que seguramente estaba destinado a completar su disfraz.

Lo único que alcanzaba a verse, pues, eran los ojos, en los cuales brillaba una mirada fría y siniestra, como la de una serpiente. Igualmente parecían de reptil sus movimientos y cuando se acercó más al borde de una peña próxima con el fin de observar mejor el valle, lo hizo sin que el menor ruido pudiese delatar su presencia.

Todavía faltaban algunos minutos para que el crepúsculo se

convirtiese en noche.

De un bolsillo, debajo de la capa, el enmascarado extrajo un potente anteojó y lo aplicó a sus ojos, paseando nuevamente la mirada en amplio círculo sobre el valle.

Primero fijó la mirada en dirección al Norte, donde se hallaba la Hacienda de Mesa, sobre la meseta del mismo nombre. Desde ella descendía un camino, que en aquellos momentos aparecía completamente solitario. No se veía ningún jinete por ese lado, lo que indicaba que no debía temer nada en ese sentido.

Tranquilizado por la observación que acababa de llevar a cabo, el enmascarado llevó lentamente la mirada en dirección al Este, donde pudo distinguir claramente el elevado peñasco que, cual centinela solitario, elevábase junto a la Aguada de las Diez Millas sobre la carretera que conducía a Rangerville.

En seguida fijó el anteojó en el caserío de la Quebrada del Buitre, que se encontraba un poco más al Sud, para recorrer inmediatamente la imponente cadena de los Montes Pompanos, cuyas estribaciones occidentales hallábanse iluminadas en aquellos instantes por la luz rojiza del sol que se ocultaba detrás de ellas. Observada esa parte del panorama, el enmascarado posó su anteojó en la hacienda de Fernald, situada sobre el borde del valle hacia el Oeste y, por último, lo fijó en una casilla, situada entre la Hacienda y la cumbre de la cadena montañosa.

En las praderas que se veían en el fondo del valle, el ganado pacía tranquilamente. Pero el enmascarado no parecía interesarse en el ganado. Volvió a llevar los anteojos en dirección al Este, donde se encontraba la localidad de Quebrada del Buitre, cabeza del distrito de Trinchera.

El sheriff (Pistol) Pete Rice tenía su sede allí. Pero en aquellos momentos se suponía que el sheriff se encontraba investigando un caso criminal cerca de Rangerville. Además, de cualquier manera, Pete Rice no se enteraría de lo que habría de ocurrir aquella noche. Así al menos lo creía el hombre que llevaba las facciones ocultas por la máscara parda.

Para él, solamente los tontos dejaban rastros de sus crímenes, mientras que los hombres inteligentes sabían cometerlos sin que fuese posible probar su culpabilidad. Y el enmascarado tenía motivos para creer que él pertenecía a la categoría de estos últimos.

El antejo fue dirigido nuevamente hacia el Oeste. Los ojos del enmascarado se ensancharon, a la vez que se volvían más vidriosos, como los de la serpiente que se prepara para el ataque. Un hombre se acercaba por el camino que procedía de la hacienda de Fernald.

El viajero iba a pie, con los ojos fijos en el suelo. El ala de su sombrero ocultaba sus facciones. Pero el enmascarado le conoció en seguida. Era «Doc» Brown, que realizaba su paseo habitual a esa hora de la tarde.

El enmascarado estudió el paso del que se acercaba, observando en él cierto cansancio; pero, al mismo tiempo, bastante energía. Un rápido estudio le permitió confirmar su primera hipótesis. Ya no le cabía la menor duda. El que se acercaba era, efectivamente, el anciano «Doc» Brown. Fumaba en pipa y dejaba a sus espaldas una nube de humo.

El enmascarado rió por lo bajo. Para sus adentros, se dijo que «Doc» Brown no habría de morir por haber abusado del tabaco. De esto podía estar seguro.

El viajero no llevaba su pistola; es decir, que iba desarmado. Por lo demás, aun cuando a veces llevaba un revólver, todo el mundo sabía que Brown era un hombre incapaz de usar con eficacia esa arma. Por su apariencia, se veía claramente que se trataba de un hombre de la ciudad.

Cuando llevaba un arma de fuego, era solamente para matar alguna serpiente, a las que odiaba de todo corazón, quizá porque le inspiraban verdadero terror. Esa era probablemente la razón por la que caminaba con la mirada fija en el suelo, sin sospechar que le acechaba un ser mucho más peligroso que una «Doc» llena de serpientes ponzoñosas, un ser que, en lugar de filosos colmillos, llevaba una capa negra y antifaz pardo...

¡Pobre «Doc» Brown! Era un hombre realmente extraño. Empleaba todo el día en recorrer los campos de Fernald, maravillándose al ver cosas que eran comunes a los ojos de todos los demás residentes del distrito de Trinchera, encontrando belleza pictórica en aquel desierto, cuando las lluvias de la primavera favorecían el florecimiento de la multitud de gramíneas que cubrían el suelo, extasiándose ante formas extrañas de rocas y nubes y observando con silenciosa admiración el ocaso en Arizona.

La verdad es que el anciano «Doc» Brown no habría de ver ya

ninguna otra puesta de sol. Estaba convencido de que realizaba su paseo cotidiano beneficioso para su salud; pero el enmascarado sabía que aquel paseo había de llevar a Brown por el camino de la desgracia. Estaba tan seguro de ello, que a sus ojos aquel hombre estaba recorriendo en esos momentos el camino que, fatalmente, habría de conducirle a la muerte, como el condenado que, por última vez, traspone el umbral de su celda, encaminándose al patíbulo.

El enmascarado siguió con la vista a Brown. Le vio llegar a la casilla situada en el ángulo noroeste del Valle de Grama.

Brown se detuvo un momento para cambiar unas palabras con el ocupante de la casilla y en seguida extrajo de su bolsillo una tabaquera, volcando gran parte de su contenido en las manos de sus interlocutor.

El enmascarado distinguió claramente el movimiento de cabeza de Brown, como para convencer al de la casilla que podía aceptar sin recato el tabaco, porque él tenía aún suficiente en la tabaquera.

—Tiene razón-dijo en voz baja el de la máscara; —ya no necesitará tabaco en su vida.

Y, al pronunciar estas palabras, rió, pensando que, como máximo, a aquel anciano le quedaba todavía media hora de vida, porque ese sería más o menos el tiempo que tardaría en llegar hasta el lugar en que él le estaba esperando.

La noche empezaba a tender su manto oscuro sobre la región cuando el viajero se acercaba al lugar en que se encontraba oculto el enmascarado. Dentro de pocos minutos más, la oscuridad sería completa. Ello favorecería la ejecución del plan que el asesino había preparado para escapara sin dejar rastros, una vez cometido el crimen, en la forma perfecta en que debía cometerlo un hombre inteligente como él.

El enmascarado esperaba. Por un instante temió que Brown pudiese volver sobre sus pasos, emprendiendo el regreso a su casa. Pensó que, tratándose de un anciano, era muy posible que sintiese una repentina fatiga y que esa circunstancia le indujese a volver atrás, antes de llegar a la roca detrás de la cual le estaba acechando. Lo único que consolaba, empero, al asesino, era su convicción de que Brown era un hombre metódico y sistemático. Todos los días realizaba el mismo paseo, saliendo de la hacienda de Fernald,

pasando por la casilla y la roca y descendiendo luego por el camino que conducía al fondo del valle, desde donde regresaba a su casa por el mismo itinerario.

No obstante, los minutos parecieron horas para el asesino que estaba esperando a su víctima. Por fin escuchó el ruido producido por las botas del que llegaba, al pisar el duro suelo del sendero. Inmediatamente su cuerpo pareció reanimarse hastien sus menores fibras. Todos sus nervios se pusieron tensos. Había llegado el momento tan ansiosamente esperado.

«Doc» Brown pasaba en ese momento delante de los matorrales, que ocultaban al enmascarado de su vida. Un segundo más tarde salió a un claro del terreno existente a un costado de un grupo de peñascos. A la media luz del crepúsculo podía distinguirse claramente su figura alta, un tanto encorvada.

El enmascarado salió de su escondite permaneciendo, sin embargo, agachado. Su pistola calibre 45 encañonaba a Brown. Con voz intencionalmente alteraba, ordenó, secamente:

—¡Arriba las manos, pronto!

«Doc» Brown se detuvo en el acto. La pipa cayó de entre sus dientes. Sin embargo, mientras levantaba las manos, fue serenándose rápidamente.

—¿Está usted seguro de no equivocarse? —preguntó con su voz aflautada, mientras dirigía la mirada hacia la figura agachada y enmascarada, tratando evidentemente de reconocer a su asaltante, no obstante la escasa luz que en aquel instante iluminaba aún el escenario del atraco.

—No se preocupe por ello-contestó el enmascarado —. Mantenga las manos levantadas.

—Con el mayor gusto —afirmó Brown, con toda seriedad—. No deseo verme envuelto en dificultades, pero sigo creyendo que no soy el hombre a quien usted esperaba. Mi nombre es Brown. En la región me llaman «Doc» Brown. Soy un forastero aquí. Es decir, he pasado de tanto en tanto una breve temporada en la hacienda de Fernald.

—No se preocupe-fue la orden terminante del enmascarado —. Vaya retrocediendo unos pasos.

«Doc» Brown cumplió la orden, pero lo hizo con cierto temor, porque el borde del sendero se hallaba sólo a cuatro o cinco pasos

de distancia, y, en seguida, la roca estaba cortada a pico, formando un verdadero precipicio. Brown se detuvo en el propio borde del sendero.

—No puedo retroceder más sin caer al precipicio-dijo, con bastante calma y empleando el tono de quien no puede tomar en serio la situación en que se encuentra.

—Quédese donde está-fue la breve contestación —. Mantenga las manos en alto y dése vuelta, mirando al precipicio.

Brown cumplió la orden.

—Supongo que no irá usted a pegarme un tiro por la espalda-dijo —. Por lo menos me dará usted una oportunidad para defender mi vida. Deje que le explique. Jamás he hecho daño a nadie. Si quiere usted dinero que llevo encima...

—¡Cállese! Lo que usted debe hacer es mantener las manos en alto y la boca cerrada.

La voz del asaltante tenía un sonido metálico, que heló la sangre en las venas de Brown. Comenzó a sospechar que el enmascarado pudiese estar loco. Su cerebro elaboraba con vertiginosa velocidad las más extrañas ideas. Debía encontrar algún medio que le permitiese escapar. No permitiría ser muerto sin defender su vida. Por un momento pensó que su asaltante no se atrevía a hacer uso de su revólver. El ruido del disparo sería escuchado sin duda por el ocupante de la casilla, quien se pondría a investigar su origen.

Se produjo un silencio, que duró algunos segundos. El enmascarado volvió a guardar su 45 en la pistolera. En sus ojos apareció una mirada de triunfo cuando se apoderó de una horquilla de mango largo, que se encontraba cerca de él, extendiéndola en la dirección de la espalda de Brown.

«Doc» Brown giró sobre sus talones cuando sintió el contacto de la horquilla contra su cuerpo. Sólo en ese momento apareció claramente ante sus ojos la intención de su asaltante. Trató de hacerse a un lado, realizando para ello un movimiento con una agilidad que no se hubiese sospechado en un hombre de su edad. Pero las puntas de la horquilla le sujetaron como dedos fatídicos. Sintió que era empujado hacia el abismo.

Y en aquel instante supremo una idea cruzó por su mente. Acababa de reconocer aquella voz a pesar de que su dueño trataba de disfrazarla.

—¡Alto! —gritó—. Le he reconocido. Sé quién es usted...

Pero no terminó la frase. El enmascarado le empujó violentamente con la horquilla lanzándolo al precipicio. El infortunado Brown movió los brazos violentamente mientras caía tratando, instintivamente, de encontrar un objeto a qué agarrarse. Pero no había nada. La montaña estaba completamente cortada a pico en aquella parte, formando un verdadero muro vertical y el desdichado se precipitó en el vacío...

El enmascarado echó una rápida mirada a su alrededor. En seguida volvió hacia el lugar en que había dejado su caballo, montó en él y se alejó en dirección al noroeste.

Cuando llegó a la orilla de un río, se apeó, sacó algunas herramientas de sus alforjas, quitó las herraduras al caballo y las tiró al agua borrosa, en cuatro lugares distintos.

De inmediato desensilló al animal, le quitó las riendas y alforjas y lo puso en libertad. Estaba seguro de que el caballo regresaría solo al campo de donde lo había robado y, en esa forma, ya no quedaría el menor rastro.

Llevando en los brazos la silla, las riendas y alforjas, así como la horquilla de largo mango, el enmascarado subió por la pendiente en un lugar en que era menos empinada y en que estaba cubierta de abundantes pinos y enebros.

Otro caballo, sin silla ni riendas, estaba atado a uno de los pinos. El enmascarado lo ensilló y lo colocó las riendas. En seguida una de las alforjas una pequeña sierra con la que cortó el mango de la horquilla en trozos de unos veinte centímetros de largo. Acto continuo se quitó la máscara y la colocó sobre la pequeña pila de aserrín. De un bolsillo, debajo de la capa, extrajo una pequeña alcuza con petróleo y volcó una parte de su contenido sobre la máscara y el aserrín, así como sobre los trozos de madera cortados.

Después hizo jirones su capa, mojó cada trozo con petróleo y los fue colocando encima de la pila que había formado. Finalmente, encendió una cerilla y aplicó su llama a la pila de objetos, que eran mudo testimonio de su crimen. Una llamarada se produjo en el acto y bien pronto quedó todo convertido en un montón de cenizas.

Entonces se aproximó a su caballo, lo desató y montó en él, dirigiéndose nuevamente al río, donde tiró la parte metálica de la horquilla. Un criminal de su categoría debía cuidar hasta los

menores detalles.

Pocos minutos más tarde, el asesino galopaba por la oscuridad en dirección a la carretera que unía a Rangerville con la Quebrada del Buitre, muy seguro de haber cometido un “crimen perfecto”. El anciano «Doc» Brown habría muerto “por accidente”. Eso era todo. No existía la menor posibilidad de que se sospechase la existencia de un crimen y menos aún que esas sospechas recayesen sobre él. De eso estaba completamente convencido.

El criminal llegó a la carretera. Estaba solitaria; pero aun cuando se encontrase con otros jinetes, no habría ningún inconveniente en ello. Era perfectamente conocido en toda la comarca y, además, venía desde una dirección opuesta a aquella en que se hallaba el peñasco donde realizara su crimen.

Echó una mirada sobre el lugar de su crimen, que se dibujaba vagamente a su frente, en la oscuridad, y a sus labios asomaron estas palabras, pronunciadas a media voz, con incontenible satisfacción:

—Vamos a ver si Pete Rice es capaz de esclarecer este caso.

CAPÍTULO II

EL NUEVO CASO

Dos jinetes recorrían la carretera que unía Rangerville con la Quebrada del Buitre. Uno de ellos era un hombre de reducida estatura, mediana edad y contextura robusta. Llevaba un bigote bien poblado y montaba un hermoso caballo.

Su compañero era un hombre joven, que no aparentaba tener más de treinta años de edad, alto, enjuto y de facciones enérgicas. Sus angulosas mandíbulas mascaban una bola de goma y sus movimientos para ello parecían acompañar a los que realizaba en su elegante andar el hermoso alazán.

El hambretón regordete era Sam Hollis, propietario del almacén de comestibles de la Quebrada del Buitre. Su compañero era Pete Rice, el sheriff de la Quebrada del Buitre y de todo el distrito de Trinchera.

Sam Hollis habíase dirigido a Rangerville para buscar al sheriff, quien acababa de poner en claro un intrincado crimen, e informarle acerca de la muerte de un anciano llamado «Doc» Brown, cuyo cadáver había sido encontrado al pie de una elevado peñasco cortado a pico.

Pete habíase puesto en acción inmediatamente. Tenía la costumbre de buscar una huella antes de que ésta pudiese enfriarse. En consecuencia, dejó que sus dos comisarios, Teeny Butler e Hicks “Miserias” terminasen el esclarecimiento de algunos detalles del caso de Rangerville y llevasen mientras él montaba en su magnífico alazán emprendiendo el regreso en compañía de Sam Hollis, a quien fue formulando numerosas preguntas durante el viaje, para ir ganando tiempo y poder formar un cuadro más exacto de la situación.

—¿Dice usted que el muerto se llamaba «Doc» Brown, Sam? —

preguntó.

—Así es, Pete. ¿No recuerda usted aquel anciano que tomó habitaciones en el hotel, pero que pasaba la mayor parte de su tiempo recorriendo la hacienda que Seth Fernald compró a Zeb Carson?

Pete asintió con un movimiento de cabeza. Toda la población de la Quebrada del Buitre había hablado de Fernald el “incauto”, que pagara 60.000 dólares a Zeb Carson por una hacienda que estaba completamente en ruinas.

—¿Dice usted, Sam, que fue encontrado al pie de un peñasco, muerto?

—Así es.

—¿Y qué le hace pensar que puede haber algo más que un accidente en esa muerte?

Sam Hollis echó su sombrero sobre la nuca y se rascó la cabeza.

—La verdad, Pete-dijo —, es que el doctor Buckley encontró algunas señales extrañas en el cuerpo de ese hombre. Opinó que usted quizá tendría interés en verlas personalmente.

Pete asintió nuevamente con un movimiento de cabeza. El doctor Buckley era el fiscal del distrito de Trinchera.

—¿Quién encontró el cadáver? —preguntó.

—El viejo que vive en las casillas del borde noroeste de la hacienda de Fernald en el Valle de Grama. Comunicó la novedad a Fernald. Este informó inmediatamente al fiscal. Parecía completamente consternado. La verdad es que ya he visto a tantas personas fingir en este sentido, que no sabría decirle si fue sincero o no.

Sam Hollis era un hombre muy conservador y dispensaba poca confianza a los forasteros; por esta razón no tenía una opinión muy favorable de Seth Fernald, quien era nuevo en la comarca. Se decía que había venido de una región próxima a la costa del Pacífico, llegando a la Quebrada del Buitre algunas semanas antes. Recientemente había comprado la hacienda de Zeb Carson.

—Siempre me pareció —siguió diciendo Sam Hollis—, que había algo de extraño en ese Fernald. No pretendo criticarle. Ha comprado muchas mercaderías en mi negocio y las pagó al contado. Es, además, bastante amable. Pero siempre me pareció que guardaba en reserva algún misterioso secreto.

Pete sonrió.

—La verdad es que no conviene escarbar en secretos de la vida de un hombre-contestó—. Lo mejor es no meterse con ellos, porque un día u otro revientan como las pompas de jabón. Es una ley natural. En cuanto a Fernald, es un hombre de aspecto bonachón y que parece muy contento de vivir...

Sam Hollis soltó una sonora carcajada.

—Tiene razón-respondió; —pero creo que en el momento actual no tiene motivos para estar alegre ni contento. ¿Puede imaginarse usted, Pete, que pueda estar satisfecho quien pagó a ese viejo Zeb Carson sesenta mil dólares esa propiedad? Lo cierto es que yo, personalmente, no hubiese dado ni veinte mil por ella, y ello porque tengo tan poca confianza a Carson, que no le compraría un dólar en oro por dos centavos. Siempre desconfiaría que el dólar fuese falso.

Pete Rice sonrió nuevamente. Eran pocas las personas que demostraban simpatía por Zeb Carson. Pero, a pesar de ello, y si bien este hombre se mostraba, comercialmente, un poco usurero, jamás habíase puesto al margen de la ley y, oficialmente, Pete Rice no podía acusarle de nada.

Mientras iban aproximadamente a la Quebrada del Buitre, el sheriff pasó revista a las informaciones que había logrado del nuevo caso, tratando de formarse algún plan de acción para descubrir este nuevo misterio. Ciertamente no parecía haber nada de sensacional en este hecho, pero la experiencia había enseñado al sheriff que, con frecuencia, eran los hechos al parecer más insignificantes los que en realidad resultaban después más sensacionales.

Si la muerte de Brown se había producido por accidente, Pete Rice terminaría en pocos minutos los formularios relacionados en esa clase de hechos, y en seguida correría a ver a su madre. La buena señora sufría aún ciertos malestares como consecuencia de haberse intoxicado recientemente con humo.

La mayor parte de los hombres del distrito de Trinchera eran amigos de Pete Rice. Como consecuencia de ello y hasta tanto se reparasen los desperfectos causados por el fuego en la casa de una vecina, que se había ofrecido gentilmente a darle albergue.

Mientras tanto, Sam Hollis seguía expresando opiniones poco favorables acerca de Zeb Carson, el avaro.

—Me hace cosquillas-dijo —, cuando pienso que ese miserable

obtuvo por su terreno sesenta mil dólares, que es una suma mayor de la que usted o yo podríamos ganar en toda nuestra vida. Es una desgracia que la suerte favorezca de esa manera a quienes son indignos de sus favores, llenándoles de dicha...

—Puede ser que no sea tan feliz como usted supone-contestó Pete Rice —. No olvide que las mejores cosas de la vida no pueden comprarse con dinero.

—¿Qué no puede comprarse hoy en día con dinero? —desafió Sam.

—Bien; para darle un ejemplo, le diré que con dinero se puede comprar un perro, pero no es posible con él obligarle a que nueva la cola. Del mismo modo, no se puede comprar el amor, ni los afectos ni la dicha. Muchas veces siento verdadera compasión por un viejo solitario como Zeb Carson.

—No merece ninguna compasión. Ahora tiene mucho dinero.

—Es cierto, pero no hay peor pobre que el que dinero y juzga que no es suficiente. Carson siempre procurará tener más. Ese afán le ha hecho su esclavo. Seguirá juntando centavo por centavo hasta el final de sus días.

Pete continuó mascando su bola de goma, en tanto que aminoraba el paso de su alazán “Sonny”, a fin de ponerlo al compás del zaino de Hollis. Siempre había tenido el propósito de llegar hasta la hacienda que comprara Fernald y trabar conociendo se lo habían impedido sus deberes de funcionario de la ley.

—Ese Fernald sabe bastante poco del negocio de la ganadería, ¿verdad? —siguió preguntando.

—No sabe de eso más que mi pierna izquierda-respondió Sam Hollis —. Ese es otro detalle curioso de ese hombre. Por lo demás, ha contratado como capataz a Jocko Montana, un individuo que a mí no me merecería la menor confianza.

Pete recordó que, efectivamente, Jocko Montana era un sujeto de aspecto bastante poco tranquilizador. Nunca había tenido cuentas mayores pendientes con la justicia, pero era un individuo de pocos escrúpulos y, sobre todo, se embriagaba con frecuencia, bebiendo principalmente la tequila, preferencia que tenía su explicación probablemente en su origen mejicano.

Los jinetes doblaron un recodo del camino y penetraron en la población de la Quebrada del Buitre.

—Creo que lo mejor será que me detenga un momento en mi despacho y que después vayamos a ver a Fernald y...

Se detuvo repentinamente la observar ciertas señales de desorden frente al salón del Descanso de los Vaqueros. Las puertas habían sido abiertas y un hombre joven era expulsado del interior del local. La punta de una bota le levantó en alto y le empujó tan violentamente que fue a caer sobre la acera, construida de tablones de madera de pino.

Un instante más tarde, el propietario de la bota salió también al exterior.

Pete reconoció en él en seguida a Seth Fernald.

Y Pete observó igualmente que el hombre que yacía en el suelo se llevaba la mano a la pistolera. El sheriff apeóse de su caballo en una fracción de segundo, alcanzando la acera en dos saltos.

Pete sujetó el brazo del joven antes de que éste pudiese hacer fuego. Un rápido movimiento fue suficiente para quitarle el revólver.

Pero, mientras tanto, Fernald, encolerizado por el ademán de su contrincante, al tratar de hacer fuego contra él, habíase aproximado y, en el preciso instante en que el joven se ponía en pie, volvió a alcanzarle con una terrible derecha, que lo tendió nuevamente en el suelo.

Fue un golpe terrible, pero el joven se levantó como si hubiese sido una pelota de goma. Su rostro estaba descompuesto por la ira. Fieramente atacó a su rival quien le asestó un nuevo golpe que le hizo sangrar la nariz. Mientras tanto, numerosos curiosos habían salido del Descanso de los Vaqueros. Por su parte, otros espectadores se acercaron desde la otra acera formando todos ellos un círculo en derredor de los dos rivales.

Los curiosos comenzaron a incitar a los contrincantes. Pete reconoció entre los curiosos a Curly Fenton, un cowboy amigo suyo, a Hopi Joe, un guía indio, y a Wu Hu, el cocinero chino del Arizona Hotel. Contábanse estos tres hombres entre los espectadores más interesados. Al parecer todos los hombres de la Quebrada del Buitre eran aficionados a los encuentros pugilísticos, sin distinciones de raza, vales decir que tanto los blancos, como los indios y los hombres de la raza amarilla demostraban igual afición por aquellos encuentros.

Hasta los hombres de mayor edad demostraban su interés, abriéndose paso entre los curiosos para ocupar puestos que les permitiesen observar mejor el desarrollo del encuentro.

El anciano Anse Runnison, patriarca del distrito de Gila, que se encontraba ese día en la Quebrada del Buitre, incitaba con gritos al más joven de los rivales para que siguiese atacando con energía a su rival. Para no ser menos, el viejo Zeb Carson, el usurero de la localidad, que había vendido a Fernald la hacienda que éste ocupaba actualmente, mostrábase fiel a su cliente, alentándolo con fuertes exclamaciones.

En cuanto a Pete Rice, con frecuencia se abstenía de intervenir en los encuentros a puño limpio, considerando que ellos constituían el mejor medio para dirimir viejas cuestiones, atribuyéndoles el mismo efecto que a las grandes tormentas, que siempre sirven para despejar el ambiente. Pero Fernald era demasiado corpulento para su joven rival. En esas condiciones, el encuentro no podía calificarse de igual. En consecuencia, Pete decidió interrumpirlo.

—¡Alto, basta de pelea! —ordenó, severamente.

Pero los dos rivales no le prestaron atención. Ambos parecían haberse enloquecido de ira. Los ojos del más joven se asemejaban a meras hendiduras en su rostro. Pete le sujetó por el cuello y le hizo retorcer violentamente con tal fuerza, que el joven cayó de nuevo sobre la acera. En seguida, el sheriff empujó al otro en dirección contraria.

Pero en el mismo instante una fuerte derecha alcanzó a Pete Rice en al mandíbula, haciéndole vacilar. Su agresor se hallaba situado a un costado y un poco detrás de él. El golpe había sido asestado en la mayor violencia, Pete sintió que las rodillas le flaqueaban.

Mas todo duró solamente un segundo. Después, el sheriff giró sobre sus talones. Reconoció en su agresor a Jocko Montana, el nuevo capataz de Fernald.

Los ojos de Montana despedían un fulgor homicida cuando llevó el puño hacía atrás para descargar un nuevo golpe al sheriff.

CAPÍTULO III

TIROS MISTERIOSOS

Pete Rice respondió a la agresión con el máximo de violencia y de rapidez. Su fuerte puño entró en contacto con la mandíbula de Montana.

El capataz cayó al suelo, privado de conocimiento. Era un hombre de elevada estatura y fuerte complexión física. Pero más de un hombre de su talla había podido apreciar prácticamente que cuando era alcanzado por los puños de sheriff de la Quebrada del Buitre el knock out era cosa inevitable.

Pete Rice se puso nuevamente en guardia, esperando ser atacado también por Fernald; pero éste se hallaba delante de él, con las manos caídas y una expresión de remordimiento en el rostro.

—¿Podría conservar con usted un momento, en su despacho, sheriff? —preguntó, respetuosamente.

Pete reflexionó un segundo acerca de la respuesta que correspondía dar al pedido, y en segunda contestó, con la mayor calma:

—Perfectamente, Fernald; acompáñeme.

Con estas palabras dejó a un lado a los curiosos que se habían reunido. Tanto Jocko Montana como el joven que se midiera con Fernald merecían, probablemente, ser detenidos. Pero Pete Rice suspendió toda acción hasta conocer los pormenores de la pelea. Por otra parte, conservaba en su poder la pistola 45 del joven.

En cuanto a Jocko Montana, consideró que había sido suficientemente castigado con el fuerte golpe que recibiera en la mandíbula. En lugar de permanecer alojado en el calabozo del distrito durante treinta días, podría dedicarse a curar su mandíbula y pensar en los inconvenientes que tenía un ataque contra el sheriff Pete Rice.

Caminando lentamente, el sheriff descendió por la calle principal de la población hasta llegar a la barbería de Hicks "Misericordias", cuya puerta abrió, indicando a Fernald que penetrase en el local. El despacho del sheriff se hallaba en una habitación contigua al mismo. Cuando penetraron en el despacho, Pete Rice indicó, con un movimiento de mano, a Fernald que tomase asiento en una de las sillas de respaldo alto que amueblaban la estancia.

—Bien-dijo; —¿qué tienes usted que declarar, Fernald?

—En primer lugar, deseo pedirle disculpas por haber perdido la sangre fría-contestó el interpelado —. El hombre a quien golpeé es Lee Scoot, mi primo. Como usted hará observado, es más pequeño y débil que yo. Comprendo que hice mal en dejar que mis nervios me dominasen. En consecuencia, quiero expresar a usted mi arrepentimiento por lo que hice y, al mismo tiempo, deseo referirle todo lo que he tenido que soportar desde que compré la hacienda de Zeb Carson.

Mientras Fernald hablaba, Pete tomó asiento detrás de una rústica mesa, que le servía de escritorio.

—Bien-dijo; —aun cuando siempre es preferible saber dominar los nervios, ya es mucho lo que sabe pedir disculpas, después de haber perdido la sangre fría. Así, pues, explíquese, Fernald. Cuénteme lo que ha ocurrido.

Por un momento Fernald clavó los ojos en el piso.

—Sheriff-dijo, al fin —, tuve deseos de informar a usted antes; de no haber sido que usted se encontraba ausente, lo hubiese hecho. Pero ha de saber que, desde que me hice cargo de la hacienda, he sido permanentemente perseguido, hasta el punto de que, en dos ocasiones, se ha hecho fuego contra mí.

Como si usted quisiese confirmar lo que acababa de decir, se arremangó la camisa y mostró una herida ya casi curada en el antebrazo.

—Por si usted duda de mis palabras, puedo mostrarle esta cicatriz-dijo —. Ella ha sido producida por una bala. Felizmente, cuando dispararon contra mí, logré ocultarme detrás de un peñasco, porque, de lo contrario, habría sido muerto por mi agresor.

Los ojos sagaces de Pete Rice examinaron la herida. Había sido producida realmente por una bala, pero se trataba, evidentemente, de un simple rasguño.

—Descubrí igualmente que alguien trataba de prender fuego al almacén en que guardo el forraje-continuó diciendo Fernald—. Una noche puse en fuga a un individuo que andaba rondando por el citado almacén y, en un examen más detenido encontré una serie de bolsas mojadas en petróleo entre la hierba seca.

Mientras hablaba, Fernald contrajo el entrecejo.

—Ya se ha difundido la noticia, de que soy víctima de atentados de esta naturaleza-dijo; —pero parece que a nadie le interesa mayormente el asunto.

Una cierta desilusión reflejábase en estas últimas palabras.

—Es que la mayor parte de las personas se hallan demasiado ocupadas con sus propias cosas como para preocuparse por las de los demás-observó Pete Rice—. Si usted le muestra una herida a alguien, seguramente le contestará que él posee una dos veces mayor.

La mirada escrutadora de los ojos grises de Pete Rice estaba fija en el rostro del hacendado.

—¿Tiene usted alguna sospecha? —preguntó—. ¿Hay alguien por aquí que le odie?

—No lo creo, con excepción, quizá de ese muchacho con quien acabo de tener una incidencia. Este sí que me odia... pero ha de ser porque he sido demasiado generoso con él...

—Son muchos los casos en que la excesiva generosidad convierte la amistad en odio-admitió Pete Rice.

Fernald manifestó a continuación que era viudo y que su hermana, de 19 años de edad, era quien le administraba el hogar. Había permitido a su primo Lee Scott que viniese a la hacienda para reponer su salud, a cambio de una pequeña ayuda.

—Pero Lee es un muchacho perdido-siguió diciendo—. En seguida tuvo numerosos amigos en la Quebrada del Buitre y se pasó el tiempo el tiempo bebiendo y jugando. He discutido con él frecuentemente, pero sin resultado. Se niega a corregirse. Por fin, le he echado de mi casa. Hoy tropecé con él en el Descanso del Vaquero. Me insultó y trató de amenazarme con su revólver. Entonces fue cuando perdí la paciencia y le eché a la calle de un puntapié. Creo que usted pasó por allí a tiempo para ver el resto...

Pete Rice siguió estudiando a Fernald, en tanto que éste conversaba. Era un hombre próximo a los cuarenta años de edad.

Sus modales eran los de un caballero, mostraba una buena educación y hablaba en forma convincente. Y, sin embargo, había un algo en aquel hombre que le producía la impresión de que algo le ocultaba.

El sheriff decidió no interrogar a Fernald acerca de la muerte del viejo “Doc” Brown, hasta haber examinada personalmente el cadáver.

—Bien, Mr. Fernald-dijo solapadamente —. Más tarde iré a hablar con usted en su casa. Si tiene usted enemigos y si ha sido agredido dos veces, como usted dice, mis comisarios y yo pondremos el asunto en claro muy pronto. En este Distrito de Trinchera conviene ser honrado y respetable.

Dejó que el hacendado meditara durante un minuto acerca de lo que acababa de oír y, en seguida, le acompañó hasta la puerta de la calle, le estrechó la mano y se dirigió a la empresa de pompas fúnebres que se encontraba a pocos pasos de la barbería.

El “Doctor” Buckley, fiscal del Distrito, se encontraba en el local de la empresa de pompas fúnebres. Era un gran amigo de Pete Rice, además de compartir con él los deberes impuestos por la administración de justicia.

Cuando el sheriff se acercó a él, el médico le saludó amistosamente, iniciando en seguida su cometido:

—Quizá esté totalmente equivocado en este caso-dijo; —pero he creído, no obstante, que era preferible llamar a usted.

—Me alegro de que así lo haya hecho, “Doctor” —respondió Pete Rice—. Sam Hollis me ha informado que usted encontró algunas señales extrañas en el cuerpo.

—Así es; pero venga usted a cerciorarse por sí mismo.

Con estas palabras llevó al sheriff a una habitación, que hacía las veces de depósito fúnebre. En él, sobre una mesa de mármol, se encontraba el cadáver de “Doc” Brown.

El cuerpo no se hallaba muy desfigurado, ni siquiera mostraba señales muy visibles de la terrible caída que había sufrido. Solamente se observaba que la camisa había sido totalmente arrancada del cuerpo, por haber quedado, sin duda, enganchada en alguna parte. También presentaba el cadáver la fractura de la base del cráneo.

El “Doctor” Buckley dio vuelta al cadáver mostrando una señal

azulada que tenía a la altura de los hombros.

—Pensé que esta señal pudiese constituir algún detalle capaz de suministrarnos una explicación acerca de la forma en que se produjo esta muerte-explicó el médico —. Ciertamente es que en estas cosas no soy práctico como usted.

Aun cuando el “Doctor” Buckley era un facultativo competente, hablaba con gran modestia.

—En mi opinión-continuó diciendo —, esa señal no ha podido ser causada por la caída. Parece, más bien, que el hombre hubiese sido golpeado con alguna cosa.

Pete examinó cuidadosamente la equimosis. De pronto, brilló en sus ojos grises una extraña llama, reveladora del interés que se había despertado en él:

—¿Sabe usted, “Doctor”, a qué atribuyo esta marca? —preguntó —. Pues sencillamente a una horquilla. A mi juicio, ella ha sido producida por los dientes de una horquilla...

—Pero un asesino no emplearía una horquilla como arma-arguyó el “Doctor” Buckley.

—De ordinario, naturalmente, la horquilla no la suelen emplear para cometer crímenes-admitió Pete Rice; —pero, en este caso, el asesino puede haber utilizado una de esas herramientas para echar al pobre Brown al precipicio. Para ello, indudablemente, debió empujar con violencia y ello explicaría el por qué son tan visibles las marcas.

—Con todo, no comprendo cómo... —insistió el “Doctor” Buckley.

Pete Rice permaneció en silencio durante un momento.

—Es posible que me equivoqué-dijo finalmente —.Pero supongamos por un momento que el asesino no quiso acercarse a Brown. Al parecer la caída se produjo unos momentos después del anochecer. Es muy posible que el criminal haya preferido emplear una horquilla de mango largo para empujar a Brown, en lugar de acercársele mucho.

—Pero ¿con qué motivo?

—Es muy sencillo; es posible que el asesino hay querido guardar la distancia, de manera que Brown no pudiese reconocerle en la oscuridad. De ese modo, si por cualquier coincidencia el hombre no moría en seguida por efectos de la caída y lograba hablar, no estaba

en condiciones de revelar el nombre de su asesino.

—Es posible-admitió el “Doctor” Buckley, pero había una nota de duda en el tono de voz —. ¿Entonces cree usted que se trata de una crimen, Pete?

—Por lo menos puede serlo-afirmó el sheriff —. Por de pronto, me dirigiré al lugar en que fue encontrado el cadáver. Es posible que logre allí algunos nuevos indicios.

El sheriff salió del local de la empresa de pompas fúnebres, se dirigió al lugar donde se hallaba su caballo y montó en él. Pero antes de trasladarse a la casa de Fernald, se acercó a la oficina del telégrafo en la estación del ferrocarril, desde donde envió un telegrama a sus dos comisarios en Rangerville, pidiéndoles que regresasen a la Quebrada del Buitre lo antes posible. Parecía que la muerte del anciano “Doc” Brown no sería un caso tan sencillo como parecía a simple vista.

Una vez despachado el telegrama, Pete dirigió su caballo “Sonny” hacia la casa de Fernald. El sol de la tarde ya iba ocultándose detrás de las sierras próximas, cuando Pete se detuvo frente a la casa de Fernald. Éste salió a recibirle, en compañía de una joven, cuyos rizos castaños encuadraban un hermoso rostro, bronceado por el sol.

—Tengo mucho gusto en saludarle, sheriff-comenzó Fernald y, dirigiéndose a la joven, prosiguió: —Sally, te presento al sheriff Pete Rice, de la Quebrada del Buitre. Sheriff, le presento a mi hermana Sally, la menor de la familia.

Pete se quitó el sombrero gris de ancha ala, y, dando la mano a la joven, le manifestó, un tanto azorado, que sentía el mayor placer en conocerla. En seguida, volviéndose a Fernald, manifestó:

—Quisiera observar el lugar en que fue encontrado el cadáver de “Doc” Brown-dijo.

—Espere un minuto-declaró Fernald —. Voy a acompañarle. Conozco exactamente el lugar.

Seth Fernald besó a su hermana, se encaminó hacia el lugar en que se encontraba su caballo, ya ensillado junto a la puerta de un corral, montó en él y se dirigió hacia el Norte con el sheriff.

Pasaron junto al almacén destinado a dormitorio de los peones de la hacienda y Pete Rice observó el rostro de Jocko Montana a través de una ventana. El hombre tenía una cara de muy pocos

amigos. Pero el sheriff no hizo ningún comentario, limitándose a estudiar a su acompañante que iba delante de él.

Fernald sabía andar bien a caballo, pero no montaba a la usanza de los vaqueros. ¿Qué podía pretender un hombre como él con una finca como aquella, que solamente era apta para la ganadería?

El sheriff obligó a “Sonny” a ponerse a la par del caballo de Fernald.

—¿Era pariente suyo ese “Doc” Brown, señor Fernald? —preguntó.

El interrogado movió la cabeza.

—No-dijo; —era solamente un conocido. A pesar de ello, el viejo me resultaba muy simpático. Le conocí en el tren, cuando me dirigía hacia aquí desde la costa del Pacífico. Parecía estar agotado. Llegamos a ser muy buenos amigos y, cuando me dijo que iba a tomar una habitación en el hotel para quedarse en esta región durante una temporada por razones de salud, le ofrecí alojamiento en mi finca, cuando quisiera trasladarse a ella.

Las anteriores palabras fueron pronunciadas en un tono que no llegó a convencer a Pete Rice.

—¿Era un médico? —preguntó al sheriff.

—No. Lo de “Doc” parece haber sido un apodo. En realidad, yo nunca llegué a saber mucho de él; porque era un hombre muy reservado. Pero le brindé mi hospitalidad con el mayor gusto, porque, desde el primer momento, comprendí que era todo un caballero y, sobre todo, un hombre muy honrado.

El sendero pasaba a través de una serie de cercados levantados en torno a su casilla por un vaquero de la finca y, en seguida, doblaba hacia el Este. Cuando llegaron junto a un matorral. Fernald frenó su caballo y levantando el brazo indicó:

—Ahí fue encontrado el cadáver... en ese matorral. ¡Pobre “Doc”! Debe haberse roto la cabeza en la caída... Nunca pensé que pudiera ocurrirle semejante accidente... Sin embargo, ahora recuerdo que “Doc” era bastante débil. Puede haber sufrido un vahído o un ataque cardíaco, mientras caminaba por la senda que bordea la montaña y cayó al vacío...

Pete Rice no hizo el menor comentario. Por el contrario, se limitó a desmontar, dejar a “Sonny” comiese las hierbas más de su agrado en aquella parte del fondo del valle y subió el sendero que

en su zigzag ascendía hasta la cresta de la montaña. Por su parte, Fernald le siguió a pocos pasos de distancia. Pero en todos sus movimientos había cierto azoramiento, que el sheriff no alcanzaba a explicarse... ¿A qué se debía esa nerviosidad de Fernald?

El sheriff se detuvo un momento para que Fernald le alcanzase:

—¿Sabe usted de qué ciudad procedía el tal “Doc” Brown? — preguntó.

—La verdad es que lo ignoro, sheriff. Como le dije anteriormente, el hombre era sumamente reservado...

Bum... Uiiii... Una bala de rifle pasó silbando por encima de sus cabezas.

—Ocúltese detrás de esa roca-gritó Pete, señalando una enorme piedra, que se encontraba a la izquierda del camino —. Vamos a ver de dónde provino ese tiro...

Mientras hablaba el sheriff se ocultó detrás de unos arbustos a la derecha del sendero. Su vista aguda alcanzó a distinguir el brillo del cañón de un fusil, iluminado por los rayos del sol, que en ese momento se ocultaba detrás de las sierras. El misterioso tirador se encontraba en el borde de un bosquecillo, existente a cierta distancia de ellos, en dirección al Norte, sobre terreno de la finca de Mesa y en la meseta del mismo nombre.

¡Bum!

Se escuchó el ruido de otro disparo y una nubecilla de polvo se levantó a corta distancia del lugar en que se encontraba Fernald, oculto detrás de la roca.

Siguió un tercer disparo y un cuarto. Estos dos últimos hicieron blanco en la misma piedra que le protegía. Esta circunstancia revelaba claramente que era Fernald y no Pete Rice quien había sido elegido por blanco.

El sheriff buscó protección detrás de un peñasco próximo. No sacó su pistola 45 porque comprendió que el tirador de la meseta se encontraba a mayor distancia de la que era capaz de alcanzar el proyectil de un arma corta.

Por lo demás, el sheriff comprendió que sería tarea difícil detener al misterioso agresor, ya que, en el tiempo que Pete tardaría en subir por la pendiente que conducía a la meseta, aquél tendría tiempo sobrado de darse a la fuga. Además, era indudable que tendría su caballo a corta distancia.

Sin embargo, existía la posibilidad de perseguirle y Pete Rice decidió hacerlo. Por que pudiera ser que se tratase del mismo individuo que había lanzado a “Doc” Brown al precipicio. Por lo menos, Pete creía que, si lograba capturar a aquel hombre, le sería posible esclarecer muchas cosas.

En ese momento, el sheriff recordó también el relato que le hiciera Fernald, informándole de que había sido agredido a tiros.

¿Acaso sería aquel hombre el culpable de dicha agresión? ¿Se probaba con ello la exactitud de la afirmación de Fernald, de que alguien le perseguía?

De pronto, otro pensamiento pasó por la mente del sheriff. ¿Sería todo aquello un ardid preparado por Fernald para robustecer su relato de que había sido agredido?

CAPÍTULO IV

EL RIFLE HENRY

Una vez más se escuchó el estampido de un rifle, desprendiéndose una nubecilla de polvo de la roca, detrás de la cual se ocultaba Fernald.

—¡Fernald! —llamó el sheriff.

—Diga, sheriff.

—Baje cautelosamente por el sendero de la montaña y busque su caballo. Seguidamente, diríjase hacia el Oeste, pasando por esa casilla del vaquero y, luego, doble al Norte para tomar el camino principal. Observe cuidadosamente a todos los jinetes con los cuales se cruce en el camino. Si alguno de ellos le parece sospechoso, deténgalo.

Fernald no llevaba ningún revólver y Pete Rice le alcanzó una de sus armas de calibre 45 de mango nacarado.

—Aquí tiene-dijo —. Trate de bajar sin que le vean.

—¿Viene usted también sheriff?

—No, yo iré a pié. Subiré a la meseta por el lado del Este. Es posible que logre sorprender a ese tirador, que se oculta en el bosque. Pero si sospecha la trampa y escapa, tomará por el camino principal. Entonces uno u otro de nosotros podrá cruzarse con él. Váyase en seguida y reúnase conmigo en la casa de Sims Hart.

Pete comenzó a abrirse paso cautelosamente a través de los matorrales. Pasando detrás de algunas rocas, que le ocultaban a la vista y le protegían contra posibles agresiones, el sheriff llegó al sendero que conducía a la meseta. Si el misterioso tirador no había visto a Fernald mientras bajaba para reunirse con su caballo, existía la posibilidad de sorprenderle en su escondite.

Pete Rice inició la ardua tarea de subir la cuesta de la montaña hacia la meseta. Hubiese podido efectuar esa subida, aprovechando

el camino en zigzag, que era empinado, pero para ello era preciso que abandonase la excelente protección que le ofrecía la misma montaña.

Parte del camino pudo ser recorrido por el sheriff sobre un sendero en pendiente bastante transitable; pero, después, la ascensión se hizo más difícil.

Aquellas sierras se presentaban en aquel lugar cortadas a pico; pero Pete fue subiendo, agarrándose como pudo de los peñascos, después de comprobar si eran suficiente firmes como para soportar su peso. Así, poco a poco, fue subiendo hasta llegar a la meseta. Pero el esfuerzo realizado traducirse en una profusa transpiración, que le bañaba el rostro.

Una vez que hubo llegado a la meseta se presentó para el sheriff un trecho que involucraba un evidente peligro, por cuanto era completamente limpio y no había ningún arbusto detrás del cual pudiese ocultarse para no ofrecer blanco al tirador. Pero Pete Rice lo atravesó corriendo y llegó con toda felicidad la lugar donde había estado el misterioso agresor; pero éste ya no se encontraba allí. En el césped del piso observábase claramente la señal dejada por su cuerpo. Evidentemente el desconocido había sospechado su intención y habíase dado a la fuga...

Pete Rice aprovechó la escasa luz que aún iluminaba la escena para buscar las huellas dejadas por el misterioso personaje. No tardó en descubrir, incluso, la piedra en la que había apoyado su rifle para poder hacer mejor puntería.

Algunos pasos más allá reencontraban las huellas dejadas por las pisadas de un caballo. Se trataba de un animal sin error. Pete siguió las huellas por espacio de casi cien metros, hasta que encontró el caballo.

Era un animal que, sin duda, había sido robado expresamente para despistar y en aquellos momentos pacía tranquilamente en un pequeño prado, cubierto de césped y circundado de colinas no muy elevadas.

Pete pudo reconstruir sin dificultad lo que había ocurrido. El hombre había desensillado el caballo robado en aquel lugar dirigiéndose por un terreno rocoso hasta el lugar donde dejara su caballo, ensilló a éste y alejóse en él.

Quince minutos más tarde, el sheriff descubrió el lugar en que el

segundo caballo había estado atado, pudiendo comprobar que se traba de un animal provisto de herraduras. La huella seguía la misma dirección del camino que pasaba por delante de la casa de Sims Hart y, desde allí, se dirigía a la localidad de Placer.

Sin embargo, Pete Rice no descuidó el menor detalle. Fue así que, mentalmente, decidió que, si aquel hombre hubiese decidido tomar por el camino en dirección a Placer, trataría de tener todo el aspecto de los demás jinetes que transitaban por aquella carretera. En consecuencia, no llevaría consigo el rifle que había utilizado en la agresión, porque esa arma le haría demasiado sospechoso. Según este criterio, lo más probable sería que el hombre se despojara del rifle antes de tomar el camino de Placer.

Una cuidadosa búsqueda por los matorrales próximos, realizada por el sheriff y en la que éste invirtió unos veinte minutos, le permitió encontrar el arma que se utilizó para disparar. Felizmente Pete realizó el hallazgo en el momento en que la oscuridad hubiese impedido continuar dicha tarea. Era un rifle Henry de viejo modelo, provisto de correa de cuero.

Pete Rice se echó el fusil al hombro y se encaminó a la casa de Sims Hart.

Éste se encontraba en la galería de su casa, fumando un excelente cigarro y gozando de las delicias de fresca brisa de la montaña. Pete Rice saludó desde lejos a Hart, quien le reconoció inmediatamente, saliendo a su encuentro para estrechar su mano.

Sims Hart, el propietario de la finca de Mesa, que ocupaba la mayor parte de la meseta, era un corpulento sujeto, bien conservado, que se encontraba alrededor de los cincuenta años de edad, habiendo sido hasta entonces refractario al matrimonio. Su reputación en la región era excelente.

Al escuchar el relato, Hart se mostró sorprendido:

—Mientras estaba tomando un ligero refrigerio he escuchado los tiros—dijo—, y, más tarde, cuando salí a la galería para fumar un cigarro, oí el galope de un caballo, que pasaba por el camino.

—¿No vio usted al jinete? —preguntó el sheriff.

—No. Ya era bastante oscuro. Además, pensé, instintivamente, que sería alguno de mis criados, porque dije a tres o cuatro de ellos que podían pasar esta noche en la Quebrada del Buitre.

El próspero Sims Hart echó una nube de humo al aire, fumando

con fruición su puro.

—Y ya que está usted esperando a Fernald, Pete, suba a la galería y descanse un poco. Ese Fernald es una gran persona. Estoy muy contento de tenerlo por vecino. Es todo un caballero. O único que lamento sinceramente es que haya sido estafado tan miserablemente por el viejo Zeb Carson. ¡Sesenta mil dólares por ese lote de terreno!

Hart trajo otro sillón para su huésped y le invitó a sentarse en él:

—Cuando vi a Carson con Fernald, pensé en seguida que el viejo estaría preparando alguna de las suyas-prosiguió diciendo Hart —. Desde el primer momento comprendí que aquello no sería afecto ni simpatía, porque el viejo Zeb Carson no amó a nadie en la vida... que no fuese al mismo Zeb Carson...

—Pero siempre demostró el mayor afecto y simpatía por el dinero-completó Pete con una sonrisa —.El viejo Zeb es peor que los gatos, porque hasta éstos tiene sus predilecciones, aun cuando sólo sean pájaros, pollitos, crema de leche y un lugar caliente junto al fogón.

Sims Hart vivía como un señor feudal en su amplia casa, construida en medio de su extensa propiedad rural. Ordenó que su sirviente chino preparase una buena limonada para Pete y él mismo se hizo servir un whisky bien helado.

Los dos hombres estaban tomando sus respectivas bebidas, cuando se acercó Fernald.

—¿Tuvo suerte, Fernald? —inquirió el sheriff.

El interrogado se apeó:

—No-contestó decepcionado —. Sólo encontré a dos sujetos por el camino y ambos guiaban manadas de cabras. He efectuado el viaje al galope, viniendo rápidamente hasta aquí, para informarle de acuerdo con sus instrucciones.

Mientras iba hablando, Fernald se aproximaba y, en seguida, saludó al dueño de la casa:

—Buenas noches, señor Hart.

Sims Hart se levantó y acercándose al recién llegado, le estrechó la mano efusivamente.

—Tome asiento, Fernald-dijo —. Me satisface sobremanera poder saludarle en mi casa...

Llamó al muchacho chino y ordenó:

—Ching, prepara una copa para el señor Fernald. Sírvele también un whisky como el mío y que esté bien helado...

El sirviente cumplió la orden al instante, trayendo el refresco que su amo le había pedido.

Poco después, los tres hombres se hallaban enfrascados en una interesante conversación refiriéndose en particular a la muerte del anciano “Doc” Brown y a la incidencia de la agresión, que había estado muy próxima a poner fin a la carrera de Seth Fernald.

—¿Por qué no pernocta aquí esta noche, Pete? —preguntó finalmente el dueño de casa—. Puedo dar orden para que acomoden su caballo y mañana al amanecer hallará más sencilla la tarea de seguir las huellas.

Pete aceptó la invitación. La noche era muy oscura. Esta circunstancia la hacía muy mala para poder seguir una pista. Probablemente ganaría tiempo, esperando hasta la madrugada para seguir la huella de aquel cobarde agresor.

Tres de los criados de Sims Hart pasaron en ese momento delante de la casa, en camino a la Quebrada del Buitre, en donde pasarían la noche.

Pete los interrogó. Eran hombres a quienes el sheriff conocía desde años antes. Habían escuchado las detonaciones en momentos en que estaban ocupados en arreglar el almacén en que dormían; pero no habían asignado a ellas la menor importancia, pensando que alguien estaría disparando algunos tiros contra algún coyote.

—Si no le es molesto, Tom-pidió el sheriff a uno de ellos —, lléguese hasta mi despacho en el pueblo. Pero hágalo antes de sentarse a beber una copa. Creo que mis comisarios deben haber regresado de Rangerville. Dígales que tengo el propósito de pasar aquí la noche, de modo que les ruego que vengan y traigan a Hopi Joe.

Hopi Joe era un indio, reconocido como el que mejor sabía leer las huellas entre todos los de raza, en el distrito de Trinchera, honor que compartía el mismo Pete Rice entre los blancos. Más de una vez el indio había logrado seguir la pista de un criminal, a pesar de los esfuerzos realizados por éste con el fin de disimularla.

Los criados se alejaron en dirección de la Quebrada del Buitre y Sims Hart sirvió una nueva ronda de copas. Desde el lugar que los tres hombres ocupaban en la galería, podían ver, como un punto

brillante, la luz que se encontraba encendida en la casilla del vaquero de la finca de Fernald, en el Valle del Grama, observándose asimismo, un poco más allá, las luces de la casa de este último.

Por fin, Seth Fernald se levantó.

—Creo que lo mejor será que vuelva a mi casa-dijo —. No me gusta dejar a Sally sola en la casa, con todas las cosas raras que están ocurriendo.

—Espere un minuto-insistió Hart —. Vamos a tomar otra copa. Será el gorro de dormir... Pero estoy sintiendo un poco de frío en esta galería. ¿Quiéres que pasemos al interior de la casa? Me parece que estaremos mejor.

Con estas palabras inició la marcha hacia el salón de la casa, que se hallaba intensamente alumbrado. Fernald le siguió intensamente alumbrado. Fernald le siguió y Pete lo hizo en último término. El sheriff llevaba el rifle Henry, que había encontrado y que, posiblemente, era el arma empleada por el agresor, siempre que fuesen exactas las deducciones de Pete Rice. Silenciosamente el sheriff apoyó el arma contra la pared sentándose a la mesa para ingerir su limonada.

Pero aun cuando, en apariencia, el sheriff estaba ocupado exclusivamente en paladear su bebida, no le pasó inadvertido el extraño brillo que apareció en la mirada de Fernald:

—¿Es el rifle que usted ha encontrado, sheriff? —preguntó.

—Si. ¿Por qué me lo pregunta usted, Fernald? Parece que usted conoce esa arma...

Fernald guardó silencio durante algunos segundos, como si midiese la conveniencia de contestar o no a la pregunta del sheriff. Por su parte, Pete Rice creyó oportuno insistir:

—¿En dónde ha visto usted ese rifle antes, Fernald? —inquirió.

Observábase un temblor bien visible en la mano de Fernald, cuando apoyó la copa en la mesa.

—Ciertamente lamento tener que contestar a esa pregunta, sheriff-dijo —. Pero me parece que en estos momentos no se deben perder el tiempo. Después de todo, hay que tener en cuenta que le muchacho es muy impulsivo. Ciertamente siempre pensé que sería capaz de hacer fuego con su revólver durante una discusión; pero le creí incapaz de agredir a una persona serenamente y a sangre fría.

Al proseguir su declaración, pareció hacerlo con un evidente

esfuerzo.

—Finalmente, sheriff-dijo —, yo sería capaz de reconocer ese rifle dondequiera que lo viese porque es de propiedad de mi propio primo, Lee Scott, el joven con quien tuve hoy un accidente. Y ahora pienso que los demás atentados de que he sido víctima, muy bien han podido venir también de él.

CAPÍTULO V

LA MUERTE EN EL VALLE DE GRAMA

Sin embargo, el sheriff no llegaba a convencerse de que el joven Lee Scott pudiese ser el agresor. Pete Rice era un gran conocedor de los hombres. A su juicio, Scott era un individuo que andaba por mal camino, llevado por compañeros inescrupulosos. Era capaz, por su temperamento, de sacar el revólver en un momento de ofuscación o de ira; pero no pertenecía al tipo de los criminales fríos y calculadores.

Por otra parte, era evidente que Scott poseía cierto grado de inteligencia y, en consecuencia, se cuidaría mucho de dejar su rifle donde pudiese ser encontrado con tanta facilidad. El sheriff llegó, pues, mentalmente a la conclusión de que ese rifle había sido dejado allí intencionadamente.

Pero a pesar de que todas estas ideas cruzaban por la mente del sheriff, tuvo buen cuidado de no dejar traslucir ninguno de sus pensamientos. Por el contrario, declaró:

—Voy a hablar mañana con Scott. Pueda ser que tenga alguna prueba de su inocencia. Y, si no la tuviese, entraré a investigar y, mientras tanto, le encerraré en el calabozo.

—Ese es el lugar en que debe estar ese individuo—replicó Fernald, con más calor del que, hasta entonces, pusiera en cualquiera de sus palabras—. Es doloroso decir eso de una persona de la misma sangre que uno, pero es verdad. He empezado a tratar a Lee como un verdadero padre. He malgastado el tiempo en consideraciones con él. Pero llegó un momento en que me vi precisado a enderezarle y ello hizo que llegase a odiarme. Y, a la vez, yo le odio a él ahora. Es un mal sujeto.

Pete interrogó nuevamente a Fernald acerca de “Doc” Brown; pero el hacendado insistió en que no sabía nada acerca de los

antecedentes del extinto.

—Supongo que tendría algún equipaje-comentó Pete —. Puede ser que por él sepamos orientarnos mejor...

—Es posible-admitió Fernald; —pero su equipaje no está en mi casa. Lo dejó en el Arizona Hotel cuando llegó a la Quebrada del Buitre.

Nuevamente, Pete Rice creyó reconocer un cierto tono falso en las palabras de Fernald. Además, parecía estar un tanto nervioso y preocupado, y, pocos minutos más tarde, se levantó y preparó para irse, estrechando las manos de Sims Hart y de Pete Rice.

El sheriff le siguió con la mirada cuando montó su caballo y se perdió rápidamente en la oscuridad de la noche, tomando la dirección de su casa.

Pete Rice tenía el propósito de acostarse temprano, para poder levantarse a primera hora del día siguiente y seguir la huella del fugitivo a que pensaba dar caza, pero Sims Hart, el dueño de la casa, parecía estar resuelto a quedar despierto hasta más tarde y pasar el tiempo conversando.

—Ese Fernald es una gran persona-dijo —. Apostaría hasta mi último peso a que, al fin, va a triunfar. Sin embargo, se está haciendo muy impopular en la Quebrada del Buitre. Yo mismo he estado allí hoy y he podido convencerme de ello. La gente charla... y dice cosas absurdas.

—¿Cuáles? —inquirió el sheriff.

—Una de ellas, por ejemplo, es que puede haber tenido alguna participación en la muerte del viejo “Doc” Brown. Para mí, son habladurías ridículas.

Pete Rice no formuló ningún comentario. Él también había tenido oportunidad de comprobar la hostilidad que en la población existía hacia Fernald. Además, ello muy bien podía tener su explicación en que era nuevo en la zona y no se mostraba muy sociable. Además, bebía con suma moderación. Finalmente, su cultura era un poco superior a la del ciudadano medio, lo cual tampoco contribuía a aumentar su popularidad. Y, por último, había un algo de reserva en sus modales.

—¿Cree usted que Brown ha sido asesinado? —preguntó Sims Hart de pronto, a boca de jarro.

Pete guardó silencio por un minuto o dos.

—Si se trata de un crimen, lo descubriremos. No le quepa la menor duda-manifestó, por último, eludiendo una respuesta más franca —. Desearía encontrar mañana a ese individuo que nos ha estado tiroteando esta noche. Y ahora, Sims, creo que voy a buscar la cama.

Uno de los criados de la finca de Mesa había sido enviado al valle para buscar el caballo de Pete Rice. El sheriff vigiló personalmente la tarea de proveer a “Sonny” de agua, hierba seca y una buena cama de heno, antes de que él mismo se retirase a descansar.

Hacía algunas horas que se había acostado, y durante todo ese tiempo había dormido profundamente, cuando, de pronto, el sheriff fue despertado por el ruido de caballos que se acercaban a la casa al galope. Inmediatamente saltó de la cama y se puso a mirar por la ventana.

Eran sus comisarios los que llegaban, acompañados por Hopi Joe, el indio entendido en la interpretación de huellas. A pesar de la oscuridad reinante, Pete reconoció en seguida a sus hombres. Teeny Butler era un individuo de más de 1,80 metros de altura y su peso se aproximaba a los ciento veinte kilos.

Hicks “Miserias”, por el contrario, era un individuo de reducida estatua y su peso no alcanzaba a sesenta kilos. Pero fue él quien reconoció primero a Pete Rice.

—¿Eres tú, Pete? —preguntó en voz alta.

—Sí. ¿Cómo están ustedes, muchachos? ¿Trajeron a los prisioneros de Rangerville?

Fue Teeny Butler quien contestó. Había nacido en Tejas y hablaba con el acento característico de aquella región de los Estados Unidos.

—Sí, los hemos traído y alojado en el calabozo, donde en estos momentos están haciendo el balance los pecados cometidos en su vida pasada. ¿Qué es lo que pasa por aquí, patrón?

—Esperen un minuto. En seguida estaré con ustedes-respondió Pete Rice.

Rápidamente el sheriff se vistió, poniéndose la camisa y los pantalones, descendió las escaleras y se sentó con sus comisarios y Hopi Joe en la amplia y fresca galería de la casa. Allí les refirió lo que concernía a las señales que observaba en el cadáver de “Doc”

Brown.

—Al principio, este asunto tenía todas las apariencias de un accidente-dijo; —pero cierto presentimiento me convenció de que podía tratarse de un crimen.

—Eso es lo que cree la mayor parte de la población de la Quebrada del Buitre-afirmó Hicks “Miserias” —. Ese individuo Fernald goza allí de muy poca popularidad. Son muchas las personas que parecen sospechar de que puede haber tenido algún interés en la muerte de Brown.

También Teeny Butler tenía algo que decir:

—Otra de las cosas que contribuye a restar popularidad a Fernald es que hoy se le oyó amenazar a Lee Scott. Este último, probablemente, no vale gran cosa, pero se ha hecho una serie de amigos en los salones del pueblo.

Pete paseó la mirada por el Valle de Grama. Sobre las distantes crestas de Pompano, una luna muy pálida iluminaba en aquellos momentos el paisaje con su luz plateada. En la casilla del puestero, situados en la parte noroeste del valle, no se veía luz. También estaba a oscuras la casa de Fernald. Éste seguramente habría llegado a su casa hacia ya bastante tiempo, acostándose en seguida.

El sheriff iba a esbozar el plan que había elaborado para seguir al agresor de la tarde anterior en las primeras horas de la mañana, cuando su aguda mirada, recorriendo el valle, se fijó de pronto en algo que le llamó la atención. Una delgada columna de fuego subía al cielo aparentemente desde el lugar en que se hallaba la casa de Fernald. Pete hizo observar el detalle a sus acompañantes.

—Miren-dijo.

—¡Por Jaspár! —exclamó Hicks—. Cualquiera diría que es la casa de Fernald que está ardiendo.

Durante algunos segundos más, Pete Rice examinó con la mirada el valle. Tenía un sentido de orientación perfecto y recordaba el relato que le hiciera Fernald acerca de los esfuerzos realizados por los misteriosos desconocidos para prender fuego a su almacén de forraje.

—Se diría que es el almacén del forraje-declaró Pete —. Pero es posible que la casa arda más tarde. Vayan allá, muchachos. Yo ensillaré a “Sonny” y les alcanzaré en el camino.

Los comisarios y el guía indio corrieron hacia sus caballos. Pete

subió rápidamente a su habitación y terminó de vestirse, se colocó el cinto y puso sus pistolas de culata nacarada en sus pistoleras. Después, bajó de nuevo las escaleras y corrió hacia el establo, donde ensilló a “Sonny” en un abrir y cerrar de ojos.

Sims Hart, atraído por el ruido, salió también de la casa. Pete le indicó con un gesto el resplandor en el cielo. Evidentemente, el fuego tomaba rápido incremento.

—Voy a ensillar y dirigirme hacia allí yo mismo—dijo Hart.

Pero Pete no le esperó. De un salto estuvo en la silla de “Sonny”, partiendo al galope tendido, pasando por delante de la casa para tomar en seguida el camino que pasaba delante de la casilla del puestero y alcanzando a sus comisarios pocos minutos después.

El ruido de varios disparos de arma de fuego resonó en el silencio de la noche. Evidentemente, en la hacienda de Fernald no solamente había estallado un incendio, sino que los autores del mismo tenían el propósito de hacer mayor daño aún.

Las millas fueron dejadas atrás rápidamente, en tanto que los cuatro jinetes apuraban más y más sus cabalgaduras. Si el incendio del almacén de forrajes de Fernald había sido causado intencionadamente, habría muy pronto graves sucesos en el valle. Indudablemente, los autores de aquel hecho no serían menos de una docena o más. En consecuencia, era imposible que un solo hombre les hiciera frente.

Pero Pete Rice y sus comisarios habían luchado frecuentemente contra enemigos numéricamente superiores, resultando vencedores de la lucha. Por lo demás, Hopi Joe también manejaba bastante bien sus revólveres y muy pronto se uniría a ellos Sims Hart.

—Tengo el presentimiento de que nos esperan experiencias graves —gritó Pete, mientras su caballo devoraba la distancia—. Amigos, no tiren a matar, sino en caso de absoluta necesidad. Pero si es preciso elegir entre la vida de ustedes y la de ellos... Bien, entonces ya saben lo que deben hacer.

Los comisarios llevaban ya preparado su plan de acción, y se acercaban al lugar de la probable contienda. Teeny Butler llevaba su inseparable látigo en la mano. Consistía en una larga tira de cuero, sujeta al extremo de un palo corto y el comisario había aprendido a utilizarlo con gran habilidad. Estaba en condiciones de sacar con él a un hombre de la silla sin la menor dificultad, y en

muchas oportunidades ese látigo le evitaba tener que hacer uso de su revólver.

Hicks “Miserias” llevaba en las manos sus boleadoras. Eran éstas un regalo que le hiciera un cliente argentino que frecuentaba la peluquería, y consistía en tres bolas de metal unidas por unas trenzas de cuero. Más de un bandido había caído en manos de la justicia cuando las boleadoras derribaran a su caballo, desmontándolo, y evitando así que huyera.

—¡Por Jaspas! —exclamó el minúsculo comisario, mientras hacia girar las boleadoras por encima de su cabeza—. En los últimos tiempos hemos tenido bastante trabajo y estoy por decir...

—Escucha-le interrumpió Pete Rice.

El sheriff había sido oído el ruido producido por un caballo que se aproximaba al galope. Su cuerpo estaba en tensión. Su mano derecha dirigióse hacia la pistolera; pero cuando un momento más tarde el recién llegado pudo ser distinguido en medio de la noche, Pete vio que se trataba de Fernald.

—Gracias a Dios-exclamó el hacendado al reconocer al sheriff y a sus hombres —, a duras penas he logrado escapar con vida. Me proponía llegar a casa de Sims Hart antes de que esos bandidos prendieran fuego a mi casa, sheriff, lo que me ocurre es terrible.

Mientras pronunciaba las anteriores palabras Fernald dio vuelta a su caballo y se colocó al lado de Pete Rice, regresando con éste a su finca.

—¿Y su hermana? —preguntó Pete con cierta nerviosidad en la voz—, ¿dónde está?

—Felizmente no ha estado presente. Al anochecer se dirigió a la Quebrada del Buitre para pasar la noche con unas amigas que han llegado como turistas. Así me lo informó en una nota que encontré sobre la mesa al volver a mi casa.

Mientras se dirigían a la finca, Fernald explicó brevemente al sheriff lo que había ocurrido. Manifestó que por el momento sólo tenía a su servicio muy pocos vaqueros y que todos ellos, con excepción de dos habían ido al pueblo. Había sido despertado por dos de sus vaqueros que regresaron antes que los demás, informándole que en la Quebrada del Buitre existía una hostilidad muy grande contra él, por suponersele autor de la muerte de “Doc” Brown.

Fernald habíase levantado y vestido con el propósito de estar preparado, por si era objeto de algún ataque. Acababa de salir de la casa dirigiéndose al lugar en que guardaba su caballo cando apareció un grupo de jinetes, y, temiendo una agresión, había optado por escapar, siendo atacado a tiros por los que llegaban.

Eso explicaba el ruido de las detonaciones que Pete Rice había escuchado algunos momentos antes. En cuanto a los cuatro vaqueros de Fernald, se habían encerrado en la casa. Estaban bien armados y en el caso de que los bandidos pretendieran prender fuego a la vivienda les harían frente disparando con sus armas por las ventanas.

—Estoy seguro de que todo eso es obra de ese sinvergëenza de Lee Scott—exclamó Fernald con indignación mientras se llevaba la mano a un flamante revólver 45 que tenía en su pistolera.

Los ojos de Pete Rice estaban fijos en el almacén incendiado. Grandes lenguas de fuego elevábanse al cielo dando la impresión de una fantástica antorcha agitada por una mano gigantesca. El sheriff comprendió que no sería posible salvar aquel edificio de una destrucción completa.

Cuando todavía faltaba una milla para llegar a la casa, los hombres pudieron observar que las lenguas de fuego ya tocaban el costado de un almacén vecino. Algunos minutos más y ese edificio también ardería. Una densa columna de humo mezclábase con infinidad de chispas en que viento llevaba en dirección al Oeste.

La claridad del propio incendio permitió a Pete observar la presencia de varios jinetes, cuya atención se hallaba enteramente concentrada en el edificio incendiado, que en aquel momento se derrumbaba en medio de un gran estrépito.

Cuando del almacén de forrajes ya no quedaba sino un montón de escombros humeantes, los jinetes se acercaron a la casa de la finca llevando antorchas en sus manos. Con ello su intención quedaba claramente demostrada.

Se escuchó el estampido de un arma de fuego y uno de los bandidos cayó de su caballo. Como si aquel primer tiro hubiese sido la señal, en el acto se dio comienzo a un furioso tiroteo entre los bandidos y los vaqueros que se hallaban encerrados en la casa.

Pete Rice y sus hombres ya se encontraban a tiro de los bandidos, pero no hicieron uso de sus armas, sino que acrecentaron

aún más la velocidad de sus caballos, doblando hacia la izquierda y tratando de colocarse entre la casa y el grupo más numeroso de los asaltantes.

Su llegada tomó completamente por sorpresa a estos últimos. Algunos de ellos tiraron tan fuertemente de las riendas de sus cabalgaduras que los animales se encabitaron, otros volvieron apresuradamente hacia el lugar en que se encontraban las ruinas del almacén incendiado. Evidentemente no tenían intenciones de intervenir en la batalla, por lo menos mientras la suerte de ésta no estuviese decidida a favor de sus compañeros.

Pero varios otros se enfrentaban sin temor con los defensores de la ley. Sus revólveres comenzaron a vomitar fuego y plomo. Teeny Butler fue el primero de los comisarios que hizo uso de su 45. El más próximo de los bandidos cayó del caballo con el corazón atravesado por una bala. El hombre que le seguía resultó igualmente herido y se vio precisado a soltar su pistola.

Los otros asaltantes empero no se dejaron intimidar por este principio poco favorable para ellos, sino que, pasando por encima del cuerpo de su compañero muerto se lanzaron resueltamente sobre el grupo formado por el sheriff y sus hombres, convencidos de que habrían de vencer al fin como consecuencia de su enorme superioridad numérica.

Indiscutiblemente se trataba de sujetos dispuestos a todo. Pete Rice, comprendiendo que la situación se volvía delicada para él y sus compañeros, puso en acción sus dos pistolas 45, de culata nacarada, y las balas fueron saliendo de ellas con la rapidez de una ametralladora, extinguiendo vidas en una proporción de una por minuto.

Los disparos producían el sonido macabro de un tambor redoblado. La furia del ataque hizo que los jinetes vacilaran un momento y luego retrocedieron hasta la protección de unos árboles que bordeaban un camino próximo.

Uno de los bandidos estaba armado de una carabina corta y tan pronto como creyó poder hacer uso de ella, con cierta seguridad, inició un fuego graneado contra los defensores de la ley.

Una de las balas pasó rozando la cabeza de Pete Rice. Hopi Joe, que venía a corta distancia de él, cayó de su silla. A pesar del ruido infernal que producía el tiroteo, distinguióse la voz del hombre de

la carabina que incitaba a sus compañeros para que volviesen al ataque.

—¡Venga! —gritó—. Somos muchos más que ellos. Nos los vamos a tragar vivos. ¡Adelante!

Fernald hizo fuego contra él, pero su tiro no acertó por esta vez en el blanco. El hombre de la carabina disparó nuevamente e Hicks “Miserias” lanzó un grito de dolor mientras se desplomaba al suelo.

—¡Adelante, muchachos! —gritaba el jefe de los bandidos—, ya están en las últimas, un pequeño esfuerzo más y los habremos liquidado a todos.

CAPÍTULO VI

EL INSTIGADOR

El jefe de los bandidos, que tenía el propósito de tragarse crudos al sheriff y a sus acompañantes, tuvo que convencerse muy pronto de que aquel bocado era más duro de lo que él se había figurado. En efecto, Hicks “Miserias”, si bien había abandonado la silla de su caballo, no estaba herido, sino que, poniendo en práctica un ardid que empleaba con frecuencia, se había apeado para poder contestar al ataque con mayor precisión. Una vez más el pequeño comisario peluquero echó mano de sus boleadoras, las que atravesaron la corta distancia que le separaba del bandido armado de la carabina como si se tratase de una rueda de tres rayos impulsada a gran velocidad.

El arma envolvió las manos del caballo que montaba el bandido y lo hizo caer como si hubiese sido alcanzado por un certero tiro, mientras que su jinete era lanzado por encima de su caballo a varios metros de distancia. En cuanto a la carabina fue a caer a pocos metros del lugar en que estaba Hicks “Miserias”, quien se apoderó de ella inmediatamente.

Pero el jefe de los bandidos, que no era cobarde, al ver que ya no contaba con el arma que le ofrecía tanta superioridad, echó mano de una pistola y prosiguió con ella el tiroteo contra la gente del sheriff.

Hicks “Miserias”, para no ser herido, saltó a un costado con la velocidad del rayo. En el mismo instante escuchó a sus espaldas el ruido de una detonación. Era la pistola de Fernald que había entrado en acción y un tiro certero puso fin a la vida del jefe de los bandidos, que se desplomó con el pecho perforado por el proyectil.

La pérdida de su jefe produjo un efecto desmoralizador en los bandidos, impresión que perduró durante algunos segundos.

Algunos de ellos se mostraron poco dispuestos a continuar la lucha, evidentemente convencidos de que tenían que vérselas con un enemigo más peligroso de los que ellos mismos habían supuesto.

Pete Rice aprovechó este pequeño intervalo para apearse de su caballo “Sonny”. Dando una palmada en el anca del noble animal le indicó que debía alejarse de aquel lugar, lo que hizo éste sin pérdida de tiempo.

Siguiendo el ejemplo del sheriff, sus acompañantes se apearon también y corrieron detrás de Pete hacia la galería de la casa, llevando a Hopi Joe en brazos. Teniendo en cuenta que los bandidos eran muchos más numerosos, evidentemente habría de lograr una valiosa protección, ocultándose detrás de los pilares que soportaban a la galería, así como de algunos árboles cercanos.

Pete rompió de un puntapié unos de los cristales de una puerta que daba a la galería y por el agujero entregó al herido Hopi Joe a unos de los vaqueros de Fernald que se encontraba en el interior.

—Atiendan a ese hombre-gritó: —ha sido herido en un hombro; en cuanto a ustedes tres vengan a ayudarnos porque nuestra situación dista mucho de ser brillante. Es preciso evitar por todos los medios que los bandidos lancen un ataque contra la casa.

Y eso era precisamente lo que en aquel momento intentaban hacer los atacantes. Los más valientes de entre todos ellos infundían ánimo a los que demostraban menos coraje y bien pronto todos ellos fueron aproximándose, cautelosamente, al lugar en que se encontraba el almacén en ruinas, cuya protección utilizaron con la mayor eficiencia.

Una vez más se reanudó el ataque con un fuego graneado por parte de los bandidos. Una lluvia de plomo alcanzó los pilares de la galería y los árboles detrás de los cuales se ocultaban los defensores. De tanto en tanto una de las balas hacía impacto en un cristal penetrando en el interior de la casa.

Pasando rápidamente revista a sus fuerzas y las contrarias, Pete Rice calculó que eran siete contra catorce.

La batalla prosiguió durante algún tiempo sin que se registrasen bajas por ninguna de los dos bandos, ya que tanto asaltantes como defensores aprovechaban la protección que les ofrecían los árboles y los pilares de la galería, respectivamente.

Pero llegó un momento en que los bandidos, confiando en su

mayor número para obtener la victoria final, decidieron lanzarse al asalto.

La casualidad empero ofreció a los defensores de la ley una ventaja que en aquellos momentos fue de gran importancia. A medida que los asaltantes abandonaban sus posiciones cubiertas, sus siluetas se destacaban claramente contra el fondo iluminado por las llamas del almacén incendiado. En cambio, Pete Rice y su compañeros tenían a sus espaldas una oscuridad completa. En estas condiciones, la sangre fría de los defensores, unida al factor favorable que acabamos de enunciar, les ofrecía la posibilidad de sostener con éxito el asalto aun cuando sus rivales les superaran numéricamente.

Al frente del grupo que intentaba aproximarse a la casa venía un mejicano de mayor coraje que sus compañeros. Teeny Butler disparó contra él dos tiros sucesivos que dieron en el blanco. El asalto volvió a sufrir una breve interrupción.

En ese momento entró en juego, por parte de los bandidos, un arma que hasta entonces no había sido empleada. Se trataba de un fusil automático, cuyos proyectiles eran dirigidos con gran precisión contra los pilares de la galería que ocultaban a Pete Rice y sus compañeros.

Por un momento la suerte de la lucha pareció inclinarse del lado de los bandidos. Evidentemente el que empleaba el fusil ametralladora sabía usar esa arma con gran provecho. El sheriff comprendió que todo se reducía a una cuestión de minutos y que muy pronto sus débiles fuerzas serían reducidas a un punto tal que ya no podría continuarse la defensa. Era preciso poner fuera de acción al individuo que representaba un peligro tan grande.

Pete Rice era un hombre habituado a jugarse el todo por el todo. Comprendió que aquel temible enemigo gozaba de la protección de un árbol de tronco grueso que hacía materialmente imposible el herirlo desde la dirección en que se encontraban él y sus compañeros.

Era preciso atacarlo desde otro lado. A corta distancia observábase un arbusto de tupido follaje. Si Pete lograba para sí la protección de esa cubierta estaría en condiciones de atacar al tirador con éxito. Se trataba de un riesgo grande, pero era preciso correrlo y Pete no vaciló.

Con un salto felino y moviendo las piernas como si fuesen los pistones de un motor de alta velocidad, el sheriff echó a correr en dirección al arbusto.

El rifle automático entró en acción nuevamente y las balas pasaron zumbando junto a Pete Rice. Una de ellas incluso le perforó el ala de su sombrero. Pero ya había llegado el sheriff al lugar que se había propuesto.

Un segundo después las pistolas de Pete Rice iniciaron el fuego contra el tirador del fusil automático y a pesar de que disparó tres tiros en rápida sucesión el primero de ellos hubiese sido suficiente para lograr el objetivo deseado, pues atravesó el corazón del bandido.

Al caer al suelo, el hombre lanzó su fusil a unos dos metros de distancia para que otro de sus compañeros pudiese seguir usándolo.

Un gesto severo se dibujó en el rostro de Pete Rice. Estaba resuelto a poner fuera de acción a ese fusil ametralladora y tan pronto como otro bandolero se lanzó a recogerlo, el sheriff lo eliminó también de un certero disparo.

Mientras tanto, desde la galería, los demás defensores continuaban disparando sin cesar contra los asaltantes y especialmente se distinguía el ruido producido por las detonaciones de la carabina que empuñaba Hicks "Miserias". Pero de pronto esa carabina guardó silencio. Evidentemente el comisario peluquero no disponía ya de municiones para ella.

En realidad, la cuestión de las municiones causaba serias preocupaciones a Pete Rice. Personalmente disponía de balas en abundancia para su pistola 45 ya que jamás salía de su casa sin la cartuchera completa. Lo mismo ocurría con sus comisarios. Pero Fernald y sus hombres seguramente tendrían una cantidad limitada de las mismas.

Pete comprendió que era necesario volver a la galería para reorganizar la defensa a fin de dar todas las municiones existentes la mayor utilidad posible.

Pera ello empezó por atraer hacia si el fuego de los asaltantes, disparando en rápida sucesión dos cargas completas de sus pistolas.

En efecto, los bandoleros, creyendo que los defensores habían abandonado la galería para refugiarse en el lugar en que se encontraba el sheriff, dirigieron sus disparos hacia ese lugar, hecho

que aprovechó Pete Rice par levantarse y correr de nuevo hacia la casa. Dada la oscuridad completa que reinaba en esa parte, los movimientos del sheriff quedaron ocultos a la vista de sus atacantes.

Pero en lugar de acercarse inmediatamente al lugar en que estaban sus compañeros, Pete Rice dio la vuelta a la casa y penetró por una de las puertas que daban sobre la parte posterior, atravesando las habitaciones hasta llegar a aquella en que se encontraba el herido Hopi Joe, que había sido colocado sobre un sofá. Pete Rice dirigió algunas palabras de aliento al indio y en seguida salió a la galería que en ese momento era blanco nuevamente de los disparos de los bandidos que habían vuelo a reanudar su fuego contra dicho lugar.

El sheriff y los hombres que le secundaban contestaron a los disparos de sus atacantes y de tanto en tanto algún grito revelaba que no todos los proyectiles eran malgastados.

Pete Rice comprendió que la suerte le acompañaba. Las fuerza contrarias ya se habían reducido considerablemente mientras que en grupo de los defensores de la casa sólo se registraba una baja representada por el indio Hopi Joe, puesto fuera de combate por el tiro que le había alcanzado en el hombro.

Pero en el momento en que este pensamiento cruzaba su mente, la tragedia cerníose sobre los defensores de la ley. Uno de los vaqueros de la hacienda de Fernald, con el propósito de ocupar una posición que le permitiese atacar con mayor eficacia a los bandoleros, abandonó su lugar de detrás del árbol que hasta entonces le protegiera y en el mismo momento fue alcanzado por un disparo que le hizo desplomarse sin lanzar siquiera un grito de agonía.

Pete Rice comprendió en seguida que toda ayuda sería inútil y que el vaquero había sido alcanzado por una bala en el corazón. La muerte de ese vaquero cambiaba el carácter de la lucha, ya que, además del delito cometido al incendiar el almacén, deberían responder ahora a la acusación por homicidio.

De pronto se escuchó el ruido producido por el galope de varios caballos que se aproximaban rápidamente. Pete pensó que se trataría de Sims Hart, el dueño de la hacienda de Mesa y de algunos de sus vaqueros.

Y estaba en lo cierto. Pocos minutos más tarde cuatro jinetes aparecieron por el camino que conducía a la casa desde el Norte. La maciza figura del hacendado fue reconocida inmediatamente por el sheriff, quien le transmitió a gritos algunas instrucciones para que los recién llegados no se expusiesen a un peligro inútil, ya que en la oscuridad de la noche era imposible distinguir a enemigos de amigos.

—¡Acérquense a la galería, Sims! —gritó Pete.

Los tres vaqueros de la hacienda de Mesa se apearon rápidamente, corriendo hacia el lugar indicado por el sheriff, mientras que el hacendado, un poco más lento, estuvo a punto de ser alcanzado por una bala enemiga, pero felizmente ésta no dio en el blanco. Con la llegada de los cuatro hombres, las fuerzas estaban equilibradas.

Hicks “Miserias”, el comisario peluquero, se lanzó resueltamente a la ofensiva, siguiendo a Pete Rice, cuando éste descendió de la galería dirigiéndose en zigzag hacia la fila de árboles que bordeaba el camino. Los revólveres del sheriff funcionaban sin descanso. Sus hombres habíanse convertido en un grupo ofensivo, que realizaba el ataque en formación de abanico. Los árboles ya no constituían una protección segura para los bandidos.

Este repentino ataque tomó por sorpresa a los asaltantes. Dos de ellos se desplomaron al suelo. Otros tiraron sus armas y levantaron las manos, pidiendo clemencia. Algunos retrocedieron. Otros se mostraron dispuestos a hacer frente al sheriff.

¡Crac! El látigo de Teeny Butler entró en acción. Un bandido, a quien se le habían terminado las municiones, habíase lanzado sobre el comisario con un cuchillo; pero el látigo le cruzó la cara, haciéndole caer al suelo como herido por un rayo.

Otro bandido —un mejicano de fuerte complexión física— trató de atacar a Teeny Butler con la culata de su revólver, vacío ya de balas. El comisario hubiese podido eliminarlo de un certero disparo. Pero ese no era el procedimiento que agradaba a Butler. Tampoco empleó su látigo, sino que, bajándolo, esperó al mejicano a puño limpio y entre los dos hombres se libró un feroz encuentro de boxeo. Por fin, el mejicano fue al suelo, como muerto. Había quedado privado del conocimiento por una fuerte derecha de Butler.

Por su parte, Pete Rice, cogiendo su revólver por el cañón, descargó un culatazo en la cabeza de otro mejicano. El sheriff solamente mataba en defensa de su propia vida y cuando lo consideraba absolutamente necesario. El fragor de una batalla le entusiasmaba; pero no sentía sed de sangre.

El repentino ataque del sheriff y sus hombres cambió el giro de los acontecimientos. Los bandidos retrocedieron hacia detrás del almacén de los forrajes, donde habían dejado sus caballos.

Teeny Butler les persiguió, convertido en un verdadero genio vengador. Su látigo repartía feroces porrazos a derecha e izquierda. Ante sus terribles golpes, los hombres caían al suelo como fulminados.

—¡Alto! ¡Manos arriba todos! —gritó Pete con voz de trueno—. Ahora os lo digo en esta forma. Si no obedecéis, lo repetiré con plomo. ¡Manos arriba!

Todos los hombres, con excepción de uno, levantaron las manos. En cuanto al que no quiso obedecer, echó a correr. El sheriff alcanzó a distinguir su delgada silueta en momentos en que se escurría detrás del almacén. Aquel hombre no llevaba el mismo sombrero que los demás, sino un Stetson de ala ancha, es decir, que vestía a la norteamericana.

Pete levantó el revólver; pero volvió a bajarlo en seguida. No podría matar a un hombre, disparando contra él un tiro por la espalda. Echó a correr, pues, detrás del fugitivo; pero, cuando alcanzó el depósito de forrajes, escuchó el ruido del galope de un caballo que se alejaba a todo correr.

El sheriff llamó con un silbido a “Sonny”. El animal se presentó en seguida, saliendo de entre las sombras en que había permanecido a la espera de órdenes de su amo. Temblaba de emoción, como uno de esos caballos de guerra antiguos, que acompañaban en sus campañas a los guerreros.

—Háganse ustedes cargo de éstos-gritó el sheriff a sus hombres—. Yo veré de detener a ese que se escapa.

Un segundo más tarde, “Sonny” salía en persecución del jinete, compitiendo en velocidad con el mismo viento.

Desde el Oeste escuchábase débilmente el galope del caballo que montaba el fugitivo. El sheriff estaba dispuesto a aprehender a aquel sujeto, aun cuando tuviese que perseguirle durante toda la

noche. A juzgar por sus ropas, el prófugo era norteamericano y bien podría tratarse del jefe de la pandilla.

El sheriff sabía, por experiencia propia, que los prisioneros mejicanos raras veces de prestaban para suministrar informaciones a la justicia. Interrogados, declaraban haber sido contratados por un hombre de su misma nacionalidad, dando este carácter, generalmente, a alguno de los que habían muerto en la refriega. Algunas veces esto era cierto.

Todos aquellos mejicanos era gente muy pobre y sin escrúpulos, que ofrecían sus servicios para cualquier trabajo —aunque fuese de pistoleros—a cambio de una paga en moneda contante y sonante y sin preguntar siquiera quién era el que pagaba y qué fines perseguía. En cambio, el norteamericano prófugo podría ser obligado a declarar.

Cada vez se escuchaba con mayor intensidad el ruido del galope del caballo del prófugo. Y es que, gradualmente, Pete aminoraba la distancia que separaba a ambos.

De pronto, el fugitivo cambió la dirección de su fuga, tomando hacia el Norte. Exigía el máximo de velocidad de su caballo y éste distaba mucho de ser un animal lento. Durante algunos cientos de metros, los dos caballos recorrieron el camino a una velocidad aproximadamente igual; pero, después, “Sonny” comenzó a utilizar ese galope elástico, que le hacía devorar el espacio.

Después de haber dejado atrás la casilla del vaquero en el borde noroeste de la hacienda, el sheriff pudo distinguir la silueta del fugitivo delante de él.

La distancia fue acortándose cada vez más. De cien metros, se volvieron noventa... ochenta, setenta, sesenta... El fugitivo no trató de hacer fuego contra su perseguidor. Era posible que se le hubiesen terminado las municiones o también que tenía concentrada toda su atención en su desesperado esfuerzo por escapar.

Por su parte, Pete Rice tampoco pensó en utilizar su revólver, sino que tomó su lazo y comenzó a hacerlo girar por encima de su cabeza.

Cuando la distancia lo hizo posible, el lazo cruzó el espacio y fue a entrar por la cabeza y los hombros del prófugo. En el mismo instante, “Sonny” detuvo la carrera. La cuerda se volvió tensa y el jinete fue arrancado como por encanto de la silla, sentándose

vióentemente en el suelo.

Un segundo después, Pete habíase apeado, corriendo hacia el cautivo y arrodillándose a su lado. El hombre había perdido el conocimiento por efecto del golpe. Pete Rice encendió una cerilla y le iluminó el rostro.

En seguida reconoció aquellas facciones. Eran las de Tom Addickes. Se trataba de un sujeto, que generalmente habitaba en el distrito de Gila, próximo al de Trinchera, aun cuando, en algunas ocasiones, pasaba a la Quebrada del Buitre y a la localidad de Rangerville.

Jamás había sido condenado por delito alguno; pero Pete Rice siempre sospechó de él. Jugaba y bebía como el peor y en una ocasión, había sido detenido en Buffalo Ford, sospechoso de formar parte de una cuadrilla de ladrones de ganado, pero fue preciso ponerle en libertad nuevamente por falta de pruebas.

Pete le registró y encontró dos revólveres vacíos. Después levantó al desvanecido y lo colocó, cruzado, sobre la silla del caballo que montara en la fuga y que se había detenido a corta distancia, al ser enlazado su jinete. Pete ató a Addickes a la montura de su caballo, montó a “Sonny” y volvió con el prisionero a la casa de la finca de Fernald.

Los sucesos ocurridos en la hacienda de Fernald constituían una lección para todos los bandidos del distrito de Trinchera. Indicaba claramente que era mal negocio ponerse al margen de la Ley, cuando el encargado de hacer respetar a ésta era Pete Rice, el sheriff de la Quebrada del Buitre.

Cuatro de los bandidos estaban muertos. Eran ellos el de la carabina, alcanzado por el revólver 45 de Fernald, y otros tres. Otros dos probablemente morirían como consecuencia de sus heridas. Tres o cuatro mostraban heridas y contusiones, producidas por el látigo de Teeny Butler y los fuertes puños del mismo comisario.

Por el lado de los hombres de Pete Rice había dos heridos: Hopi Joe, que soportaba su herida en el hombro sin hacer ni siquiera una mueca de dolor y uno de los vaqueros de Sims Hart, herido en un brazo y que no había dado parte de esa lesión durante toda la lucha. En cuanto a muertos en la galería, solo había uno.

Con mirada sombría, Pete Rice se fijó en el cadáver del joven:

—Bien-dijo; —después de nacer con honra, lo más importante es morir en la misma forma. Ese joven ha perdido la vida luchando por la Ley. Su sacrificio no será estéril.

Los bandidos no heridos fueron maniatados con cuerdas y, en seguida, se prestó la debida atención a los heridos Pete y sus comisarios eran expertos en el vendaje de heridas y Fernald tenía una buena provisión de vendas en la casa.

Como lo había supuesto el sheriff, los mejicanos manifestaron no tener ningún conocimiento de las causas que habían motivado su acción. Seguramente se habían pasado la consigna en voz baja. Todos estaban de acuerdo, además, en afirmar que el hombre que había contratado sus servicios era el que, armado con la carabina, se hallaba tendido en el suelo, muerto, delante de sus ojos.

Cada uno de ellos había recibido una paga de 20 dólares, prometiéndoles una suma igual, después de incendiar el almacén. Los prisioneros manifestaron ser muy pobres y tener que ganar de cualquier modo el dinero suficiente para comer. A muchas preguntas se limitaban a contestar encogiéndose de hombros.

Pete Rice conocía suficientemente a aquel tipo de sujetos, como para comprender que le sería imposible sacar más de ellos. Debía concentrar, por el contrario, todos sus esfuerzos en Addickes. Éste, como norteamericano, era, probablemente, el lugarteniente del hombre que habría planeado aquel asalto.

Addickes había recobrado el conocimiento. Apuntándole con su revólver, Pete le hizo penetrar en el salón de la casa, donde Fernald había encendido ya la lámpara y le indicó que se sentase:

—Siéntese, Addickes-ordenó.

El bandido obedeció. Pete Rice le miraba atentamente:

—Bien Addickes-dijo; —ya sabrá usted que se encuentra en una situación bastante comprometida. Usted es demasiado inteligente para poder afirmar, como esos hombres, que sus servicios han sido contratados por un puñado de dólares. Los beneficios que usted pensaba obtener de este hecho eran mucho mayores indudablemente. Ahora bien, es posible que el juez Grange se muestre más benévolo con usted, si declara quién fue el instigador de este atentado...

—No revelaré ese nombre hasta que no me digan lo que he de ganar con ello-declaró Addickes con toda sangre fría —. Por otra

parte, aun cuando usted me amenazase con matarme ahora mismo, no lo sabría a pesar de que es lo que le interesa más en este asunto.

El sheriff sintió una viva contrariedad; pero supo dominarse perfectamente, contestando con la mayor calma:

—Usted sabe muy bien que no voy a matarle como a un perro. Yo no soy capaz de esa acción. Pero, en cambio, le diré lo que voy a hacer...

Los dos hombres se miraron un momento en silencio. Después prosiguió el sheriff:

—Ya le he dejado sin conocimiento una vez... pero mañana estará de nuevo perfectamente bien. Si no habla, recibirá la paliza más formidable que haya usted recibido en su vida. Eso es todo. Vea si le conviene hablar o no.

Addickes miró a Seth Fernald, que estaba vendando a Hopi Joe:

—Fue Jocko Montana-dijo, en seguida —, el capataz de esta misma hacienda, quien dirigió este asunto.

CAPÍTULO VII

LA PISTA PERDIDA

Seth Fernald increpó a Addickes. En su semblante se pintaba toda la ira que le dominaba.

—Es usted un mentiroso-gritó, y volviéndose a Pete, agregó: —lo que ese hombre afirma es una mentira. Jocko no es capaz de semejante acción.

—Sin embargo, es verdad-insistió Addickes —. Esa es la razón por la cual no volvió esta noche a la finca. Evidentemente tenía motivo para querer que esta finca fuese destruida y a esta hora ya habrá salido del distrito.

—Es usted un mentiroso-repitó Fernald, acalorándose cada vez más —. Jocko Montana es el empleado más leal que he tenido a mi servicio. Es capaz de ir hasta el mismo infierno por mí.

Una vez más se volvió a Pete.

—¿No recuerda usted, sheriff-dijo —, que incluso le atacó a usted cuando intentó separarme de Lee Scott? Es posible que en ese momento obrase con precipitación y en forma inconveniente, pero ello no quita que su acción revelase toda su lealtad hacia mí.

En el tono de la voz de Fernald se observaba claramente el calor que éste ponía en la defensa de su capataz.

—Lo que más perjudica a Jocko sin duda en su aspecto. Tiene cara de bandido, pero eso no es culpa suya. Debajo de esa figura poco simpática, se oculta un corazón de oro. No puede ser que haya escapado del distrito. Espero poder demostrarlo.

—Así lo supongo-afirmó Pete —. Pero ya es bastante tarde, Fernald. Son cerca de las tres de la mañana. ¿No cree usted que debiera estar ya de regreso?

En el rostro de Fernald observóse un gesto de preocupación.

—Tiene usted razón-dijo; —pero por mi parte estoy convencido

de que el hombre volverá. Es posible que hay tomado unas copas de más en el pueblo, pero el hecho de que un hombre se embriague de tanto en tanto, y aun de que ataque a puñetazos a un sheriff, no quiere decir que se trate de un individuo capaz de cometer acciones al margen de la ley. Conozco a Jocko desde hace...

Se interrumpió repentinamente como si quisiese reconsiderar lo que había estado a punto de decir.

—¿Desde hace cuánto tiempo conoce usted a Jocko? —preguntó Pete.

—Desde que llegué a la Quebrada del Buitre.

Pete Rice estudió detenidamente el rostro de Fernald. Recordaba que éste había llegado hacía sólo unas pocas semanas y ningún hombre basaría una afirmación de inocencia en el hecho de conocer al sospechoso desde hacía tan poco tiempo.

¿Era posible que Fernald conociese a Montana antes de que ambos llegasen a la Quebrada del Buitre? ¿Qué ocultaba? ¿Sería verdad la acusación de que Montana fuese el instigador del asalto contra aquella finca?

Había motivos para suponer que Fernald—por alguna extraña razón que Pete no llegaba a explicarse aún—había concebido el plan de hacer asaltar su propia casa? Indudablemente semejante hipótesis tenía mucho de fantástica, pero no lo eran menos algunos aspectos de la vida de Fernald.

Además, otro detalle cobraba importancia en este sentido: la ausencia de la hermana durante aquella noche. ¿Habría inventado Fernald aquel relato de que ella se había dirigido a la población para acompañar a algunas amigas en el Arizona Hotel? Pete resolvió poner en claro este detalle en la primera oportunidad que se le presentase.

En realidad, el juicio que el sheriff se había formado de Fernald, no era precisamente muy favorable, debido a las extrañas contradicciones que mostraban los procedimientos de aquel hombre, que en algunos momentos aparecía como un hombre de intachable honradez, mientras que en otros observaba una actitud un tanto extraña, contestando con evasivas e incurriendo en evidentes contradicciones. ¿Pero qué habría detrás de todo ello? ¿Qué escondía Fernald? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones?

Ya era completamente de día cuando Pete Rice y sus comisarios

regresaron a la Quebrada del Buitre. Utilizando dos vehículos suministrados por Fernald, los representantes de la ley condujeron hasta la población a los muertos, heridos y prisioneros. El mismo Fernald conducía uno de los carros.

Además, ofreció habitaciones en el Arizona Hotel para Hopi Joe y el vaquero de la finca de Mesa, que resultó herido en la refriega; pero ambos eran hombres habituados a la vida al aire libre y no se sentían bien un hotel.

Hopi Joe pidió se le llevara a su cabaña y el vaquero herido, a la casa de un amigo, que habitaba en el pueblo. Tan pronto como le fuese posible, el “Doctor” Buckley, que era médico, a la vez que fiscal del distrito, se ocupaba de curar mejor sus heridas.

De acuerdo con las prescripciones de la Ley, los cadáveres de hombres que sufrían una muerte violenta, no debía ser movidos del lugar en que dicha muerte se produjese, pero Pete Rice, frecuentemente, obrando con sentido común, interpretaba las leyes más en armonía con las conveniencias del caso. Llevando los cadáveres de los bandidos muertos y del vaquero que había perdido la vida en el tiroteo hasta la empresa de pompas fúnebres de la población Pete Rice evitaba al “Doctor” Buckler tener que trasladarse hasta la finca de Fernald, y tener que efectuar un viaje largo y pesado sin necesidad.

Aun cuando era temprano, la localidad de la Quebrada del Buitre mostraba una extraordinaria actividad. En aquella población la gente se levantaba temprano. Cuando la extraña procesión recorrió la calle principal, todos sus habitantes quedaron perplejos.

Sam Hollis, que acababa de abrir las puertas de su comercio de comestibles, se aproximó a los carros para que le enterasen de los pormenores de lo ocurrido. También Zeb Carson, que se encontraba próximo al Arizona Hotel, se acercó a Fernald para saber lo que había sucedido.

Este entregó las riendas del carro a uno de sus vaqueros, descendió del vehículo y se aproximó a Pete Rice, que encabezaba el grupo, montando a “Sonny”.

—Ya que estoy aquí, voy a entrar para saludar a mi hermana y avisarle que permanezca en la población hasta que todo esto haya terminado-dijo.

Pete asintió con un movimiento de cabeza. En cuanto a los

demás, siguieron su camino por la calle principal. Pero el sheriff no prosiguió al frente de ellos, sino que, tan pronto como Fernadl hubo penetrado en el hotel, apeose y, volviendo rápidamente sobre sus pasos, llegó hasta el hotel y penetró en el despacho.

—¿Acaba de entrar aquí mister Fernadl? —preguntó al empleado.

—Sí, señor, acaba de subir ver a su hermana. Ella se aloja en el segundo piso, justamente frente a la escalera.

—¿En qué piso estaba la habitación de “Doc” Brown?

—En el tercer piso, al fondo.

Pete asintió con un movimiento de cabeza. Dio media vuelta y subió las escaleras hasta el tercer piso. Apenas había llegado al descanso de ese piso, pudo observar a Fernald, que se dirigía por el corredor hacia el fondo.

—¿Está buscando a su hermana, Fernald? —inquirió el sheriff.

Éste giró sobre sus talones:

—Oh, sheriff-contestó —. ¿Usted aquí? Efectivamente, voy en busca de la habitación de mi hermana, pero olvidé el número que me dio el empleado.

—Está en el segundo piso, frente a la escalera-le informó Pete Rice secamente.

—¡Oh! —respondió Fernald. Un intenso rubor cubría sus facciones. Rápidamente se dirigió a la escalera y descendió un piso.

Por su parte, Pete siguió caminando a lo largo del corredor. Escuchábase el ruido de una persona que estaba barriendo un piso. Al doblar un recodo del corredor, encontróse con la sirvienta del hotel, que estaba efectuando la limpieza.

El sheriff conocía a todos los habitantes de la Quebrada del Buitre y trataba a todos por igual.

—Buenos días, Catalina-saludó.

Catalina, la sirvienta mejicana del hotel, levantó la vista. Era una mujer de tez bronceada y cabellos canosos. Tenía unos cuarenta años de edad, pero su aspecto hubiera sido el de una mujer de sesenta, a no ser por sus ojos negros, en los que brillaba aún el fuego de la juventud.

—Buenos días, sheriff-contestó en castellano.

Pete Rice también se puso a hablar en este idioma. Le dijo en pocas palabras que deseaba ver la habitación que ocupara

anteriormente “Doc” Brown.

—Se trata de una cuestión oficial, Catalina-explicó.

Catalina asintió con un movimiento de cabeza, tomó un manojo de llaves, provistas de chapitas con números, y se dirigió hacia el fondo el corredor. Con una de las llaves abrió una puerta.

—Esta era la habitación, sheriff-dijo —. Acabo de sacar de ella algunos diarios y tenía el propósito de limpiar la pieza más tarde.

Pete penetró en la habitación y paseó la mirada en derredor. Había en ella una cama de una plaza, una cómoda con los cajones abiertos, una silla y un lavabo. El sheriff efectuó un registro completo de la habitación; pero no encontró ningún equipaje.

—¿No tenía equipaje mister Brown? —preguntó a Catalina.

—Sí, señor, tenía una pequeña maleta. —En las facciones de la mujer apareció una expresión de preocupación—. Ayer tarde examiné la habitación, porque tenía intención de limpiarla. Pero salí temprano, para asistir a una boda en Sonoratown. Cuando miré, entonces, vi la maleta debajo de la cama. Es posible que la haya sacado el empleado de abajo.

En los ojos de Pete Rice se observaba un brillo extraño. Por su parte, no compartía la opinión de que el empleado del despacho pudiese haber sacado la maleta. Un viaje a la planta baja y un rápido interrogatorio bastaron para dar fundamento a sus temores. Nadie sabía cosa alguna de la maleta.

El sheriff volvió a la habitación que ocupaba Brown anteriormente, echando un vistazo por la ventana, que daba a la parte de atrás del hotel. Un piso más abajo había una amplia cornisa, desde la cual bajaba un caño de desagüe hasta el suelo.

Pete Rice salió al descansillo de la escalera, subió por ésta hasta la buhardilla salió por la ventana hacia el techo y se puso a examinar cuidadosamente la chimenea de la casa.

Todas las chimeneas de ladrillos, sobre todo en las regiones de clima cálido, se inclinan ligeramente hasta el Este, al poco tiempo de ser construidas. Ello se debe que el cálido sol de la mañana que llega desde el Este, evapora la humedad desde lado de la chimenea, reseándola y produciendo su contracción, lo cual tiene como consecuencia su inclinación.

Pete examinó con tanto cuidado la chimenea, que no tardó en observar la presencia de una hilacha de cáñamo por el lado Oeste

de la misma. Una sonrisa se dibujó en las facciones del sheriff. Acaba de comprobar la exactitud de la hipótesis que se había formado mentalmente. Evidentemente, alguien había subido por el caño de desagüe desde el suelo hasta el segundo piso, donde se encontraba la cornisa ancha.

Pero, para llegar desde allí al tercer piso, donde se encontraba la habitación de Brown, había tenido que valerse de su lazo, con el cual había logrado, sin duda, ascender trepando, y utilizando la chimenea como punto de sostén. Una vez en la habitación de Brown, el hombre seguramente había subido al techo, desatando el lazo y pasándolo, en seguida, en derredor de la chimenea, de manera que sus dos extremos colgasen hacía abajo. Después, seguramente, había tomado la valija de Brown, descendiendo por el lazo hasta el segundo piso, quitando el lazo tirando por uno de sus extremos, y proseguido el descanso por el caño de desagüe. ¿Pero quién podía haber sido el que tal tarea realizase?

Pete volvió al tercer piso, donde sometió a un nuevo interrogatorio a la sirvienta.

—¿No ha visto usted, por casualidad a algún desconocido rondando el hotel anoche, Catalina? —preguntó.

—Usted sabe que aquí siempre hay desconocidos, señor.

—Es verdad, pero me refiero a alguno, que fuese vaquero o ...

—Ahora me acuerdo.

Los ojos negros de Catalina se encendieron con un brillo más intenso que antes:

—Fue anoche-empezó contando —, cuando regresaba del casamiento y me dirigía a mi habitación que, como las de todas los empleados del hotel, se encuentra sobre la parte posterior del edificio. Tengo buenos oídos, señor, y me pareció escuchar el ruido de alguien que andaba por el piso de abajo.

—¿Y qué vio?

—Al principio distinguí solamente una silueta; pero, después, alguien encendió una luz en la cocina. Con su claridad lo ví por la ventana durante un momento. Fue solamente un segundo, pero así y todo, alcancé a distinguir la cara de un hombre, un vaquero, creo, porque llevaba un lazo en la mano. Pero escapó en seguida.

Pete comprendió que ese había sido el hombre que robara la maleta de “Doc” Brown. Había escapado, según informaba Catalina,

pero indudablemente había vuelto más tarde, cuando se le ofreció la oportunidad de llevar a cabo su propósito.

—Usted dice que vio su cara, Catalina. ¿Podría decirme cómo era?

Catalina soltó una carcajada:

—Discúlpeme si me río, sheriff-dijo; —pero la verdad es que tenía una cara muy extraña, que movía a risa. Parecía un...

Por un momento la mujer pareció no encontrar la palabra que sirviese para expresar su pensamiento. Después exclamó:

—En realidad, tenía la cara de un mono. Es la mejor forma de describirla.

El sheriff retuvo por un momento la respiración:

—¿Parecía un mono? —preguntó con interés.

—Así es, señor.

La descripción fue suficiente para Pete Rice. Ya no le cabía la menor duda.

El hombre a que se refería la sirvienta no podía ser otro que Jocko Montana, el capataz de la finca de Fernald. Pete Rice se hubiese atrevido a jugar su vida a que estaba en lo cierto.

CAPÍTULO VIII

LOS PUÑOS DE PETE RICE

Las mandíbulas de Pete Rice mascaron activamente la bola de goma que tenía en la boca, cuando su cerebro comenzó a elaborar conjeturas en derredor de esta nueva pista.

—Me ha dicho usted que acaba de sacar algunos diarios de esta habitación. Catalina-declaró —. ¿Tendría usted algún inconveniente en volver a traérmelos?

—Ninguno, señor, con el mayor gusto.

La mujer salió de la habitación y recorrió el pasillo.

Por su parte, Pete Rice permaneció ensimismado en sus pensamientos.

Evidentemente, Seth Fernald había enviado a Jocko Montana a la población con el propósito de que robase el equipaje de “Doc” Brown que, según sabía, se encontraba en la habitación del hotel.

Todos los detalles observados coincidían perfectamente con el razonamiento lógico que realizara el sheriff. Recordaba éste con cuánta disposición se había ofrecido Fernald para guiarle hacia el lugar en que había sido encontrado el cadáver de Brown. También volvió a su memoria la pasajera visión que tuvo del rostro de Jocko Montana, que había estado espiándolos desde el interior del almacén donde se alojaban los vaqueros, cuando Fernald y él se dirigieron hacia el lugar en que encontrara el cuerpo del infortunado Brown.

Sabiendo que Pete Rice no podría molestarle por el momento, indudablemente Jocko Montana se habría dirigido sin pérdida de tiempo a la población para cumplir la misión que Fernald le encomendase. ¿Pero adónde estaba Jocko ahora? Esta era la pregunta que el sheriff trataba de contestarse.

También recordó el sheriff que cuando Addickes declaró que

Jocko Montana había salido del país, Fernald había dado pruebas, primero de una intensa ira, a la que siguió una expresión de incredulidad y por último, una evidente nerviosidad. Montana no había vuelto a la finca, ni se le había encontrado en el camino que procedía del pueblo, cuando se trasladaron con los carros hasta la Quebrada del Buitre, conduciendo en ellos los muertos, heridos y prisioneros.

Fernald habíase detenido delante del hotel con el pretexto de ver a su hermana; pero, evidentemente, ello no constituía el motivo de su visita al hotel, por cuanto la joven Fernald se alojaba en el segundo piso y el sheriff había sorprendido a Seth en el tercero.

No le cabía la menor deuda al sheriff de que, si no hubiese sorprendido a Fernald en dicho lugar, éste habría tratado de sobornar a la sirvienta, para que le dejase entrar en la habitación que había sido de “Doc” Brown. En esa forma, por lo menos, podría cerciorarse acerca de si la maleta de “Doc” Brown estaba todavía en la habitación o no.

¿Y el motivo de tan extraño interés?

Esta pregunta volvía a presentarse de nuevo a la mente del sheriff. ¿Era posible que Seth Fernald hubiese matado a “Doc” Brown? Indudablemente, esa posibilidad existía y hasta las circunstancias parecían confirmar cualquier hipótesis en este sentido. Las respuestas de Fernald a todas las preguntas referentes a “Doc” Brown habían sido vagas y llenas de evasivas desde el principio.

Del mismo modo, cabía suponer que para evitar que el examen de los efectos personales de “Doc” Brown pudiese suministrar a la justicia documentos o cartas capaces de demostrar que alguna relación en el pasado había existido entre el muerto y Seth Fernald, éste no habría reparado en hacer por su parte los mayores esfuerzos posibles para hacer desaparecer ese equipaje.

¿Habría sido ésta también la razón por la que Fernald había enviado a su hermana a que se alojase en el mismo hotel? ¿Era posible que Sally Fernald estuviese también complicada en este asunto?

Pete Rice no pudo creerlo. Sabía muy poco acerca de las mujeres, pero era un hombre capaz de leer el carácter en el rostro de una persona. Y jamás había admirado una mirada más franca

que la de aquellos ojos de color violeta, que poseía Sally Fernald. Pero, ¡podía uno fiarse!, el mismo Fernald tenía una mirada bastante franca.

Había evidentemente en todo ellos un misterio que tenía preocupado al sheriff desde hacía ya algunas horas, induciéndole a mascar su bola de goma con redoblado entusiasmo.

En ese momento regresó Catalina, trayendo los diarios que había sacado de la habitación de “Doc” Brown. Había bastantes ejemplares y el sheriff los estudió con interés. Si se trataba de diarios editados en la ciudad de procedencia de “Doc” Brown, quizá podría averiguarse por ese medio cuál era el origen del muerto. Pero en los ojos de Pete Rice se observó cierta desilusión, cuando examinó los mencionados diarios.

Uno de ellos era un ejemplar del “Chronicle”, de San Francisco. Otro era un diario editado en Omaha. Además, había dos ejemplares del “Post”, de Denver y uno del “Tribune”, de Nueva Cork. Como puede verse, no se trataba en consecuencia de diarios editados en la ciudad natal de Brown.

Pete Rice revisó rápidamente un ejemplar del “Chronicle” y en su mirada brilló una expresión de interés, cuando llegó a la tercera página, viendo que de ella había sido cuidadosamente recortada una parte. Sin pérdida de tiempo, el sheriff revisó también los otros diarios, observando entonces que todos ellos tenían un trozo recortado.

De ese hecho podía surgir, quizá, alguna pista. Pete tomó nota de los nombres de los diarios y de su fecha y devolvió los periódicos a la sirvienta.

—Quémelos-ordenó.

—Es lo que pensaba hacer, señor. Los uso para encender las chimeneas en las habitaciones, cuando...

Fue interrumpida por el ruido de un disparo, que provenía de la calle principal. Al primer tiro siguió otro y, después, un tercero.

Era demasiado temprano aún para que un grupo de vaqueros ebrios pudiesen estar celebrando algo por medio de disparos al aire. Por el contrario, debía de tratarse de algún hecho en que habría de intervenir Pete Rice.

El sheriff corrió hacia la galería existente sobre el frente del hotel y miró a la calle. Los disparos habían producido excitación

entre la población, porque muchos eran los hombres que salían de los comercios para asistir al espectáculo.

Un mejicano corpulento estaba corriendo detrás de otro de menos estatura, que escapaba por la calle principal. En el preciso momento en que el sheriff reconoció en el más pequeño de los hombres a Lee Scott, el primo de Seth Fernald, su perseguidor hizo nuevamente fuego sobre él.

La bala hizo añicos el cristal de un comercio y el ágil Lee Scott fue a refugiarse detrás de unas barricas que se encontraban en la acera, delante del Descanso de los Vaqueros.

El mejicano disparó, todavía, otro tiro y fue creciendo en dirección a Scott. Pete Rice pasó por encima del parapeto de la galería, de deslizó por una de las columnas y, tan pronto como estuvo en la acera, salió en persecución del mejicano.

Alcanzó al individuo en el preciso momento en que doblaba la fila de barricas, para disparar un tiro final contra Lee Scott. Sin perder un solo segundo, el sheriff sujetó al corpulento individuo por las piernas, haciéndole caer al suelo y echándose encima de él.

En los ojos del mejicano brillaba una expresión de intenso odio. Pete reconoció en él a Jumbo Llado, que trabajaba en una finca situada al norte de la Quebrada del Buitre.

—Déjeme-gritó el hombre, quien, con su fuerza de toro, logró librarse de los brazos del sheriff.

Pero Pete Rice volvió a sujetarle en seguida, arrancándole el revólver de las manos y tirándolo en el centro de la calle. Jumbo trató de librarse nuevamente de los brazos del sheriff para recuperar su revólver. Su rostro estaba descompuesto por la ira.

—Déjeme-gritó —. Voy a matar a ese canalla. Me ha hecho trampas en el juego. Me ha quitado mi dinero.

Realizando un movimiento repentino, consiguió librarse por unos momentos de las manos del sheriff, pero fue sólo por un instante, porque Pete Rice volvió a sujetarle inmediatamente. El sheriff conocía muy bien el temperamento de Llado y comprendió que, si en esos momentos no le contenía, seguramente cometería un crimen. Ya en otra oportunidad Jumbo habíase peleado con un compatriota por cuestiones relacionadas con el amor de una mujer y, como consecuencia de ello, tuvo que cumplir una condena en al penitenciaria de Florence; dejó a su rival sin nariz y con un solo ojo.

Al salir de la cárcel, Jumbo se casó con la mujer en cuestión., la que, en todo el tiempo que duró su condena no fue molestada en absoluto por su rival.

—Es preciso que se domine usted, Jumbo-ordenó el sheriff severamente —. ¿O es que desea usted volver a la cárcel? Si ese hombre le ha estafado, yo arreglaré cuentas con él.

Pero Jumbo estaba fuera de sí. Uno de sus gruesos puños entró en violento contacto con la cara de Pete Rice, abriendo una herida en la mejilla. Era un golpe que hubiese provocado la indignación de cualquier hombre capaz de defenderse con sus puños y el sheriff de la Quebrada del Buitre era uno de ellos.

Así, pues, Pete Rice perdió también la calma que observaba hasta entonces. Cuando Jumbo se lanzó nuevamente sobre él, el sheriff le recibió con una formidable derecha a la mandíbula. Por efectos del fuerte golpe, Jumbo Llado se tambaleó, pero era un hombre fuerte. Recibió el castigo; pero no por eso se amilanó, sino que lanzó un swing al sheriff, que afortunadamente no dio en el blanco.

Pete Rice contestó con otro swing, pero él no erró el golpe. La mejor prueba de la eficacia de los golpes de Pete Rice fue el chorro de sangre que, inmediatamente, escapó de la nariz de Jumbo. Sin embargo, el corpulento mejicano continuó luchando con igual energía.

Mientras tanto, habíase formado un círculo de curiosos en derredor de los dos contendientes. No era ciertamente la primera vez que los habitantes de esa población asistían a una pelea a puño limpio, entre su sheriff y algún individuo que no había sabido demostrar el respeto necesario por las disposiciones de la Ley. Nadie ignoraba que Pete Rice prefería sus puños a cualquier arma porque con ello podría castigar sin matar, es decir, llenar su cometido de defensor de la Ley en la forma que él lo entendía.

Hicks y Teeny Butler se acercaron, corriendo, por la calle, aun cuando estaba muy lejos de su intención intervenir en la lucha. Entre los curiosos se encontraba, también el viejo Zeb Carson, que tenía muy poco que hacer después de haber vendido su finca a Fernald. Para él aquel espectáculo tenía la ventaja de ser, además de interesante, completamente gratuito.

Además, aquel encuentro era completamente distinto de los

otros que había presenciado la población de la Quebrada del Buitre; porque, por lo general, Pete Rice resultaba fácilmente vencedor en sus contiendas. En cambio, en esta ocasión, el resultado parecía ser un tanto dudoso.

El sheriff era un púgil de gran resistencia física y poseía un conocimiento perfecto del arte del boxeo; pero, a su vez, Jumbo Llado era un mejicano de gran talla y la ira que le dominaba redoblaba sus energías y daba mayor violencia a sus golpes. Cada vez que uno de sus swings alcanzaba al sheriff, éste sentía que las rodillas se le doblaban.

Ello hizo que Llado pensase por un momento que resultaría vencedor del encuentro, atacando a Pete Rice aún con mayor violencia. Por las mejillas del sheriff corría un hilo de sangre, dando mayor ferocidad a sus facciones tostadas por el sol.

Jumbo lanzó, de pronto, una terrible derecha a la cabeza de Pete Rice; pero el sheriff se agachó a tiempo, entrando ambos en clinch. La lucha prosiguió por un momento en un violento cuerpo a cuerpo.

Una mirada rápida de Pete Rice, por encima de los hombros de su rival, le permitió ver a Fernald hablando animadamente con su primo Lee Scott, que había sido el causante de aquella pelea.

Pero una formidable derecha a la mandíbula, lanzada con extraordinaria precisión por el mejicano, borró por un momento la visión de los ojos del sheriff, quien comprendió que Llado era demasiado fuerte para ser derrotado en un match llevado cuerpo a cuerpo. En consecuencia, cambió de táctica. Retrocedió unos pasos y atacó furiosamente al mejicano con una lluvia de golpes directos de derecha e izquierda que, al dar en el blanco, decidieron pronto el resultado del encuentro a favor de Pete Rice.

La nariz de Jumbo Llado despedía sangre en abundancia. Además, el hombre daba evidentes muestras de cansancio. Influyó en ellos el hecho de que el mejicano era un hombre de muchos vicios y que, en consecuencia, no se encontraba en el inmejorable estado físico en que estaba el sheriff. Se tambaleó como un ebrio. Solamente su ira y su indomable espíritu le mantenían aún en pie. Su rostro habíase convertido en una máscara roja, que expresaba claramente su estado de ánimo.

Volvió una y otra vez a la carga como un toro embravecido. Mantenía la cabeza agachada, hasta que un formidable uppercut de

Pete le obligó a levantarla.

Los golpes se sucedieron con gran violencia por ambas partes. De pronto un hook de derecha, que alcanzó a Jumbo en la mandíbula le hizo caer la suelo. Pero no estaba knock out. Solamente se encontraba mareado y pareció aprovechar aquel momento de tregua para reunir fuerzas y seguir la pelea. Sus ojos estaban vidriosos. De repente, llevó la mano hacia el cinto.

CAPÍTULO IX

UNA TUMBA RECIENTE

Pete Rice comprendió en seguida la intención de su contrario y, apuntándole con el índice de su mano tostada, gritóle con toda la autoridad de una orden perentoria:

—No saque el cuchillo, Jumbo.

El mejicano vaciló, pero no retiró la mano del cinto. El sheriff continuó hablando con el mismo tono:

—No dudo que haya usted tenido motivos para estar indignado con Lee Scott. De lo contrario, no habría usted disparado esos tiros. Pero, felizmente, no tiene buena puntería. Nadie ha resultado herido. En cuanto a su pelea conmigo, estoy dispuesto a no darle trascendencia, Jumbo, usted tiene mujer e hijos, y trabajo. Piense bien lo que va a hacer.

—¿Me deja usted en libertad? —inquirió Jumbo, sorprendido.

—Será el juez Grange quien decida eso—respondió Pete Rice—. Por el momento, tendrá que ir usted al calabozo. Pero es muy posible que todo se reduzca al pago de la vidriera rota y a que entregue usted su revólver y su cuchillo. Un hombre de su temperamento no debe ir armado. Si le sorprendo llevando armas de hoy en adelante, no le perdonaré. Pero si ahora se muestra razonable, le daré una oportunidad para salir con bien de este asunto. Sea cuerdo, Jumbo, y piense en su porvenir, en su mujer y en sus hijos...

El mejicano se levantó, avergonzado.

—Es usted un buen hombre, Pete Rice—dijo—. Admito que tengo mal carácter; pero ese individuo, Lee Scott...

—Yo ajustaré las cuentas con él—le interrumpió el sheriff, y, dirigiéndose a sus comisarios, ordenó: —Lleven a Jumbo al calabozo, muchachos.

Hicks “Miserias” y Teeny Butler se hicieron cargo del detenido. Teeny aventajaba al mejicano en una pulgada de estatura. En cuanto a Pete Rice, se dirigió al lugar en que continuaba Fernald hablando con Lee Scott.

—Ya le advertí ayer que no debía provocar más desórdenes, Scott-dijo el sheriff, con tono severo, al joven.

Fue Seth Fernald quien tomó la palabra:

—He estado hablando con Lee-declaró —. Creo que ha vuelto a ser razonable. Usted ha dado una oportunidad al mejicano, sheriff. Haga otro tanto con mi primo. Será la última vez.

Y, acercándose al sheriff, bajó la voz para que no pudieran oírle los curiosos.

—Si permite usted que se vaya-dijo —, lo llevaré conmigo a mi casa. Volveré a enderezarlo. Ha estado bebiendo. Cuando esté completamente sereno, le daré el dinero suficiente para que salga del Estado y no cause más molestias en este distrito.

Los curiosos habíanse aglomerado en derredor de Fernald. Un momento antes, la pelea había concentrado toda su atención pero, terminado el encuentro, volvió a manifestarse claramente la hostilidad que existía hacia él.

—¿Por qué no echa usted al calabozo a ese coyote? —preguntó uno de los circunstantes, dirigiéndose al sheriff—. No queremos a ese individuo aquí.

—Sabe más de la muerte de “Doc” Brown de lo que quiere admitir-comentó otro.

Pete Rice no hizo ningún comentario y el que acababa de hablar, tomando coraje, se acercó a Fernald y le levantó la mano hasta la cara:

—No lo queremos aquí a usted, ¿me entiende? —preguntó—. Si no se marcha en seguida...

¡Crac!

El puño de Pte Rice entró en contacto con la mandíbula del que así amenazaba a Fernald y le hizo caer al suelo.

—Basta ya de esas amenazas-declaró el sheriff, con severidad.

En seguida, dirigiéndose a los demás curiosos, prosiguió:

—¡Bien, muchachos, circulen! Supongo que algunos de ustedes tendrán que hacer... La función ha terminado. A trabajar...

Los circunstantes se dispersaron. Al individuo que había sido

castigado por el sheriff por su insolencia se alejó, mirando hacia atrás con una expresión de odio contra Fernald.

El rostro del hacendado estaba serio.

—No alcanzo a comprender estos prejuicios en contra de mí —lamentóse—. Puede usted creerme, sheriff, si le digo que estas cosas me molestan mucho.

—Todo se arreglará satisfactoriamente —le aseguró el sheriff—, pero, por el momento, le aconsejo que vaya andando en dirección a la prisión, Fernald, procurando no mostrarse demasiado en público mientras estén los ánimos agitados en contra de usted. Yo le llevaré a Scott dentro de algunos minutos y, después, ambos podrán dirigirse de regreso a la casa de usted.

—Perfectamente, sheriff; comprendo que está en lo cierto.

Con estas palabras Fernald se alejó lentamente, tomando el camino que conducía a la prisión del pueblo.

En cuanto a Pete Rice, se puso a conversar con Lee Scott. El joven se hallaba ligeramente mareado. Su rostro mostraba evidentes señales de ebriedad. Pero no tuvo ninguna dificultad en probar su inocencia en lo que se refería al tiroteo de la meseta, cosa que no sorprendió al sheriff. Su coartada era perfecta.

Scott admitió sin vacilaciones que el rifle encontrado por Pete Rice era de su propiedad; pero insistió en que alguien debía haberlo robado, colocándolo en el lugar en que lo había encontrado el sheriff para hacer recaer las sospechas en él.

—Como usted comprenderá —terminó diciendo—, yo no puedo haber sido el autor de ese tiroteo en la meseta, teniendo en cuenta que durante los últimos tres días no he salido ni un minuto de la población. Permanecí constantemente en distintos locales que, si bien no son de la mejor reputación, prueban, sin embargo, lo que le digo.

Pete Rice no insistió. Estaba interrogando a Lee Scott con el mero propósito de llenar los formulismos legales, pero, desde hacía tiempo, estaba convencido de que aquel joven era inocente y que, por el contrario, el autor del hecho tenía interés en hacerle aparecer como sospechoso.

—Bien-dijo; —acompañeme en un paseo hasta la prisión, Scott. No quedará usted detenido, pero quiero que se reúna allí con su primo y que, después, salga de la ciudad. Usted se está matando a sí

mismo con toda esa bebida y demás vagabundeos por aquí. Además usted no parece ser un hombre muy fuerte y será bueno que no olvide que la bebida ha matado a individuos de más resistencia que usted. Yo le aconsejaría que se buscase trabajo. Un hombre que trabaja activamente nunca es malo.

Mientras hablaban fueron aproximándose a la prisión, penetrando en ella.

Jumbo Llado había sido encerrado en uno de los calabozos del frente. Fernald se hallaba delante de la celda, hablando al mejicano en castellano. Le estaba diciendo que pagaría los daños producidos en la vidriera y, además, devolvería a Llado el dinero que su primo Lee Scott le había estafado en el juego. Con esta suma, Jumbo tendría seguramente lo suficiente para pagar la multa.

Pete Rice permaneció un momento en el corredor, estudiando el perfil de Fernald. Aquel hombre le causaba cada vez mayor asombro. Después de unos minutos se acercó a él:

—Ignoraba que usted supiese hablar el castellano, Fernald-dijo.

Seth Fernald sonrió:

—No es mucho lo que sé-dijo —. Estudié ese idioma en el colegio. Además viví durante algún tiempo en California. Usted sabe que allí son muchas las personas que hablan el español.

Posó la mirada en Scott.

—¿Estás dispuesto a venirte conmigo, Lee? —preguntó.

—Creo que no habrá inconveniente-respondió el interpelado.

—Bien, vamos entonces.

Lee Scott salió a la calle y Fernald se acercó al sheriff y le dijo, en voz baja:

—Espero que esta será la última vez que haya tenido usted que molestarse por algo relacionado conmigo-dijo —. Haré que ese muchacho se vaya de aquí cuanto antes. De esa manera no nos molestará más. Es joven y difícil de manejar.

Pete asintió con un movimiento de cabeza y no dijo ni una palabra. Ni siquiera interrogó a Fernald acerca de los motivos de su presencia en el tercer piso del Arizona Hotel. Juzgó que aquella no era la ocasión propicia para ello. Cuando Fernald salió de la prisión le siguió con la mirada. Después se volvió hacia sus comisarios.

—¿Han encontrado ustedes algún rastro de Jocko Montana, muchachos? —inquirió.

—Precisamente estábamos hablando de eso-contestó Hicks “Miserias” —. Teeny me estaba diciendo que, a su juicio, el hombre debe haber pasado ya la frontera.

—¿Tienes algún motivo fundado para pensar así, Teeny? — preguntó Pete Rice al comisario.

—Estuve hablando con el viejo Zeb Carson-contestó el interpelado —. Tú ya sabes que el viejo habita ahora esa cabaña, que se encuentra al sur de la población. Dice que anoche, en el momento que se preparaba para ir a dormir, oyó que pasaba un jinete a galope tendido y que está seguro de que era Jocko Montana.

—Será bueno que reunamos mayores detalles acerca de Jocko Montana, ya que, por el momento, éste parece representar la clave del asunto-opinó Pete Rice —. Sin embargo, no estoy seguro de que ese hombre hay sido el instigador del asalto contra la casa de Fernald. Es posible que se trate de una mentira de Tom Addickes. En cambio, no me cabe la menor duda de que debe haber sido Jocko Montana quien robó la maleta de “Doc” Brown del Arizona Hotel.

—Ese Fernald es un individuo muy extraño-comentó Teeny —. A veces me parece que es sincero, y en otras tengo la seguridad de que miente y que hay algo oculto detrás de todas sus acciones.

Pete asintió:

—Son muchas las cosas que tendrá que explicar Fernald-dijo —, cuando llegue el momento. Mientras tanto, opino que nuestra misión consiste en encontrar a Montana.

Con estas palabras dio un paso hacia la puerta, pero giró en seguida sobre sus talones.

—No expresen ninguna opinión acerca de Fernald en el pueblo-recomendó —. Será conveniente darle bastante cuerda, quizá se ahorque solo. No debemos apurarnos. A veces se pierde más tiempo llegando a la estación antes de la llegada del tren, que perdiéndolo y esperando al próximo.

El sheriff salió, montó en “Sonny” y se dirigió lentamente hacia el centro de la población. Apeose delante del Descanso de los Vaqueros y penetró en el local, pasando al campo donde se jugaba a los bolos.

Hopi Joe, no obstante sus condiciones de experto en huellas, que

revelaban su condición de indio, era aficionado a las diversiones de los blancos cuando se hallaba en la población. En aquellos instantes, en efecto, asistía con interés a un partido de bolos entre Curly Fenton y otro vaquero. El hombro del indio había sido cuidadosamente vendado por el “Doctor” Buckley.

—¿Por qué no se ha quedado usted en cama, Joe? —preguntó Pete Rice.

El interpelado gruñó. Su rostro de indio siempre impasible, no revelaba muestras de dolor.

—Estoy bien-dijo —. Mucho ruido... pero agujero pequeño... Si me necesita par algo... siempre estoy a sus órdenes, Pete. Ya lo sabe.

—Entonces le necesito ahora mismo-manifestó Pete Rice —. Es preciso seguir la huella de Jocko Montana. Tengo que encontrarlo. Quédese un momento aquí, Joe, mientras yo trato de reunir algunos datos sobre él en el pueblo. Quisiera establecer en qué dirección se fue...

Pete Rice empleó las primeras horas en preguntar a distintos amigos, en la población si habían visto a Jocko Montana la noche anterior. Varios de ellos contestaron afirmativamente pudiendo deducir Pete Rice de sus declaraciones que Jocko Montana había estado en el Descanso de los Vaqueros en las primeras horas de la noche. Más tarde se le había visto en una cantina mejicana, jugando al “monte”.

Sam Hollis y Zeb Carson fueron quienes pudieron suministrar los datos más concretos acerca de Montana, aun cuando sus declaraciones no concordaban. Carson estaba seguro de que era Jocko el jinete que había visto alejarse hacia el Sur, ya entrada la noche anterior.

Sam Hollis tenía la misma seguridad de haber visto a Montana por el camino del norte, al regresar de la casa de un cliente, que había ido a ver para cobrarle una factura. Agregó el comerciante que Montana-ya que estaba seguro de que era él-se dirigía en aquellos momentos hacia la hacienda de Fernald.

—¿Habló usted con él, Hollis? —inquirió Pete Rice.

—Yo no hablo con semejante individuo —aseguró el comerciante, con un tono de amor propio ofendido—. Pero, a pesar de ello, juraría que era Montana. Montaba un caballo corpulento, cuyo pelo pude distinguir porque nos cruzamos en un lugar

bastante oscuro del camino.

—¿También montaba un caballo de gran alzada cuando le vio usted, Zeb? —preguntó Pete Rice a Carson.

—Ya lo creo-contestó el viejo; —y en un animal que corría como si le llevasen mil diablos por el aire...

Pete siguió visitando otros salones y formulando preguntas. Era posible que tanto Carson como Hollis estuviesen equivocados y quería comprobarlo. Montana bien pudo salir de la ciudad por el camino que conducía a la finca de Fernald para evitar sospechas, después de robar la maleta de “Doc” Brown, regresando después por el camino que cruzaba el campo en dirección a la salida sur de la ciudad, y, en seguida, tomar hacia la frontera por la ruta en que le había visto Carson.

El sheriff volvió a la prisión e interrogó nuevamente a Tom Addickes.

El detenido confirmó su anterior declaración de que Montana había sido el instigador del asalto contra la hacienda. Al afirmar tal cosa, el hombre permaneció completamente tranquilo y habló con tono de desafío. Tampoco pareció preocuparse por cuestiones de dinero. Con toda calma anunció que encomendaba su defensa al abogado Sharon Pell, de Mesa Ridge.

Pell era un hábil abogado, especializado en asuntos criminales, pero sin escrúpulos. Había defendido a más de la mitad de los bandidos que había detenido Pete Rice.

Pete Rice regresó a su despacho, ocupándose en escribir sendas cartas a los diarios, de los cuales habíase encontrado ejemplares en la habitación de “Doc” Brown. Al llevarlas al correo, ya casi de noche, la suerte quiso que obtuviera una información fidedigna acerca de Jocko Montana.

Dos de los vaqueros de Sims Hart, que habían estado en la población la noche anterior, habían visto a Montana. Lo vieron cuando regresaba a la finca de Mesa, ya muy entrada la noche. Admitieron que habían bebido con algún exceso y agregaron que por eso regresaban al paso de sus caballos, sin ninguna prisa.

Cuando marchaban tranquilamente, un jinete había pasado delante de ellos, montando un gran caballo bayo. Estaban seguros de que se trataba de Jocko Montana. Además, vieron perfectamente cómo tomaba un sendero que conducía directamente al Valle de

Grama y a la finca de Fernald.

Pete Rice, entonces, fue en busca de Hicks "Miserias" y Teeny Butler.

—Muchachos-dijo; —parece que Hopi Joe ya se siente bastante bien. Ese indio parece tener una complexión de acero. Ya es demasiado tarde para poder seguir una huella esta noche, pero a primera de mañana quisiera que me hiciesen ustedes un favor.

—A tus órdenes, jefe —contestó Hicks "Miserias".

—Cuenta conmigo —manifestó Teeny Butler.

—Salgan al amanecer a la finca de Fernald y averigüen, en primer término, si, por casualidad, Jocko Montana ha vuelto allí. No lo creo, pero debemos estar seguros de ello. Si está allí, tráiganlo al pueblo. Necesito hablar con él.

—¿Debemos colocarle las esposas? —inquirió Hicks.

—Eso lo dejo al buen criterio de ustedes-respondió Pete —. Sólo debo recomendarles que será conveniente que registren bien a ese individuo, porque es de los que llevan armas ocultas...

El sheriff quedó pensativo por un instante.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Hicks "Miserias", con curiosidad.

—Acabo de tener una repentina inspiración. Tengo la absoluta seguridad de que Addickes está mintiendo. ¿No les pareció a ustedes que estaba muy satisfecho al declarar que Jocko Montana era el instigador del asalto y que había cruzado ya la frontera?

—¿Qué deduces de ello, Pete? —preguntó Teeny.

—Estaba pensando que quizá tenga razón Fernald y que lo peor en Montana es su aspecto.

—Ciertamente, tiene la apariencia de un criminal-comentó "Miserias".

—Estoy de acuerdo contigo en eso, Hicks-replicó Pete Rice, a su vez —, pero no es menos cierto que las serpientes más hermosas son las más ponzoñosas. Por lo demás, Montana jamás ha cometido ningún hecho grave en este distrito. Estoy seguro de que robó la maleta de "Doc" Brown, pero puede haber tenido otras razones para ello. Además juraría que es leal a Fernald...

El sheriff se detuvo un instante para mascar vigorosamente la boca de goma que tenía en la boca. Después continuó:

—Voy a decirles a ustedes lo que puede haber ocurrido. ¿Por

qué está tan seguro Addickes de que Montana ha salido del distrito? Únicamente tiene que ser por estar plenamente convencido de que no volveremos a verle jamás y que creeremos que se ha fugado.

—¿Quieres decir que Montana...? —inquirió “Miserias”.

—Puede estar muerto. Addickes puede tener la seguridad de que Jocko fue asesinado por esos bandidos y enterrado. En esas condiciones, es muy lógico suponer que no rectificará su declaración.

—Por Jaspas, es una buena hipótesis-declaró “Miserias”.

—Así lo creo. En consecuencia, muchachos, les pido que vayan a la finca de Fernald con Hopi Joe y, si el hombre no está allí, que traten de encontrar donde está enterrado por los alrededores... Si pudiésemos encontrar el cadáver de Montana ello nos libraría de tener que buscarlo del otro lado de la frontera.

Se acercó a “Sonny”, mientras se despedía:

—Vayan a dormir temprano, muchachos. Todos necesitamos dormir unas horas y no olviden que es conveniente salir al amanecer.

Pete Rice montó a caballo y se alejó lentamente. La noche anterior había estado empeñado en un furioso tiroteo, protegiendo la casa de Fernald de un asalto a mano armada por un grupo de bandidos. Aquella misma tarde había sostenido un encuentro reñido con Jumbo Llado.

Pero en aquellos momentos, mientras recorría la calle que conducía a su casa, su rostro mostraba una expresión de mayor suavidad y amabilidad. Ya no era sino Pete, el hijo de la señora de Rice, que se dirigía a casa de su madre para visitarla. Pero cuando Pete Rice llegó a la casa en que se hospedaba su madre, desde que le incendiaran la suya, supo que ya se había acostado, y no quiso despertarla.

Por el contrario, se trasladó hasta su propia casa y penetró en ella. El sheriff tenía muchos amigos y la mayor parte de los daños producidos por el incendio ya habían sido reparados.

Pete bostezó. Necesitaba dormir. Pero antes de acostarse se fue a la caballeriza, dio de comer y beber a “Sonny” y le preparó la cama. Cuando el caballo estuvo bien acomodado, Pete Rice se retiró a descansar.

Las fatigas de los últimos días hicieron que se durmiese

inmediatamente y que no abriese los ojos hasta que el sol penetró a raudales por la ventana. Pete se sentó en la cama. Debía ser ya bastante tarde. Hasta su lecho llegaba el aroma de unas tortas y café.

El sheriff se levantó, lavó, vistió y se dirigió hacia la cocina. Su madre estaba allí, preparando el desayuno. Pete la saludó con un beso filial y un fuerte abrazo.

—Madre-dijo; —¿por qué has venido? ¿Por qué no me despertaste?

La señora Rice posó una mirada de satisfacción en su único hijo.

—Pete-dijo; —esta mañana me dijeron que habías venido anoche a visitarnos cuando ya estaba durmiendo. En consecuencia, pensé que lo mejor sería darte la sorpresa de despertarte con un buen desayuno.

—Eres un tesoro, madre mía.

Madre e hijo se abrazaron nuevamente. De pronto, la señora de Rice observó la herida que Pete tenía en la mejilla, pero éste se apresuró a tranquilizarla.

—Es solamente un rasguño-dijo —. Una vieja herida que se ha abierto. Pero no hablemos de ello...

El sheriff ocultaba a su madre los numerosos peligros a que le exponía su cargo. Sobre todas las cosas quería que ella estuviese tranquila y juzgó que sería imposible lograr ese propósito, si la anciana tenía conocimiento de tales peligros.

Pocos minutos más tarde, el sheriff y su madre se hallaban sentados a la mesa y el primero rendía grandes honores a las tortas, porque, a decir verdad, sentía un apetito extraordinario y nadie sabía prepararle comidas tan sabrosas como su madre.

Cuando Pete Rice estaba tomando la segunda taza de café con leche, se escuchó el ruido de un caballo que se acercaba al galope y, pocos instantes más tarde, alguien golpeó a la puerta.

Era Hicks “Miserias” quien llegó.

El sheriff le invitó a tomar una taza de café con leche; pero el pequeño comisario barbero declinó el ofrecimiento. En sus modales observábase una excitación, que no lograba disimular.

—¿Qué ocurre, Hicks? —inquirió Pete Rice.

—Hemos encontrado lo que tú suponías. De acuerdo a tus instrucciones, salimos a primera hora con Hopi Joe, el indio. Este

no tardó en encontrar una pista reciente que conducía al Valle de Grama. No se podía asegurar que se tratase de la pista de Jocko Montana, pero, a pesar de ello, la seguimos hasta que, pocas millas antes de la casa de Fernald, la perdimos en un terreno rocoso... Pero una hora más tarde, Joe encontró unas pisadas-continuó diciendo el pequeño comisario —, cerca del peñasco que se llama “Luz de las Estrellas” y, valiéndose de la habilidad que caracteriza a los hombres de su raza, la siguió hasta llegar a un sitio donde la tierra había sido removida recientemente.

—Supongo que, después de eso, ya no irían ustedes a preguntar por Jocko Montana en la finca-dijo Pete.

—No te preocupes, Pete. Yo regresé inmediatamente, considerando que ya era tarea inútil seguir buscando al mejicano. Pienso que tu hipótesis era acertada y que Jocko Montana no ha de estar ya en el mundo de los vivos, sino que descansará en esa tumba.

—Si llegase a ser así-contestó Pete Rice —, ni el mismo Sharon Pell logrará ya salvar la vida de Tom Addickes.

Mientras hablaba, el sheriff se preparaba para la partida. Su madre estaba habituada a esas interrupciones de carácter oficial. En tanto que Hicks “Miserias” corría al lugar en que se guardaban las herramientas, en busca de una pala, Pete Rice ensilló a “Sonny”. Un instante después, y una vez que se hubo despedido de su madre, el sheriff salió al galope, acompañado por su comisario, tomando la dirección del Valle de Grama.

Los defensores de la ley galoparon hasta más allá de la casa de Fernald, penetrando después en el Valle de Grama por el Este.

Cuando llegaron al lugar en que se encontraban Teeny Butler y Hopi Joe, encontraron a éstos tranquilamente recostados en el suelo, mientras sus caballos pacían a corta distancia.

—Joe ha encontrado algo interesante-anunció Teeny.

—Hallazgo fácil-limitóse a comentar el indio —. Síganme.

Pete y sus comisarios le siguieron. El indio dirigióse hacia el pie del peñasco de la “Luz de la Estrella”. Allí, Hopi Joe señaló la entrada de una cueva.

—Hombre trató de ocultar lo que hizo-dijo —. Esta era entrada de cueva, pero asesino tapóla con piedras. Era un tonto. Cualquier niño hubiese sido más inteligente. Yo saqué piedras y entré en la

cueva...

Se detuvo un momento para penetrar en la caverna. Pete Rice, Hicks “Miserias” y Teeny Butler le siguieron. Era una cueva de reducidas dimensiones, a cuyo interior penetraba la luz por unas grietas existentes en el techo. Joe indicó un montón de tierra, que había en un rincón y que, sin duda, representaba una tumba.

—Esa tumba fue hecha hace solamente un día o dos, y quizá menos aún-declaró Hopi.

Teeny Butler empezó a trabajar con la pala. Solamente cavó hasta una profundidad de dos pies, cuando la herramienta entró en contacto con un cuerpo blando. El comisario siguió sacando la tierra con cuidado, hasta dejar completamente al descubierto el cuerpo de un hombre, envuelto en una manta.

Pete y “Miserias” le ayudaron para sacar el cadáver de la fosa.

—Me parece que este hombre no es tan alto como Jocko Montana-declaró Teeny, mientras extraían el cuerpo.

—Por cierto-afirmó Hicks —, apenas tiene la estatura mía.

Pete Rice guardó silencio. Sus ojos grises brillaban en forma extraña. Cuando el cuerpo estuvo depositado en el piso de la caverna, el sheriff le quitó la manta. El hombre yacía con el rostro envuelto hacia el suelo. Estaba completamente vestido. En sus espaldas observábase una gran mancha de sangre, que había teñido su camisa. Cualquiera que fuese el muerto, indudablemente había sido asesinado por una puñalada a traición.

Pete dio vuelta al cuerpo inanimado.

CAPÍTULO X

LA SOMBRA DE LA HORCA

Por la activa mente de Pete Rice pasaron infinidad de pensamientos en rápida sucesión. Distintas escenas reaparecieron ante sus ojos, como en una visión de lo sucedido.

Vio a Seth Fernald, con el rostro demudado por la ira, descargando furiosos golpes contra su primo delante del Descanso de los Vaqueros. Después, él mismo se le apareció, sentado en la galería de la casa de Sims Hart, acusando a Lee Scott de ser el autor de las tentativas de homicidio que habían sido dirigidos contra él. Por último, se le apareció Fernald, cuando, después de la pelea con Jumbo Llado, le había pedido hacerse cargo de su primo para “enderezarlo”.

En esta ocasión, Fernald había manifestado que estaba dispuesto a pagar el viaje de su primo para que éste abandonase el Estado. Pero el hallazgo que Pete Rice acababa de hacer parecía indicar que Fernald había enviado a Lee Scott mucho más lejos que “fuera del Estado”. Haciéndole realizar el último viaje del que no se regresa y para el cual no se paga billete, a menos que se considere como tal la propia vida.

Y como segundo plano de todas esas visiones que se presentaron en la mente del sheriff, veíase la imagen de una horca y de una cuerda con un nudo corredizo en su extremo... Las pruebas contra Fernald era suficientes para condenarlo.

Este pensamiento hizo nacer en la mente de Pete Rice la imagen de la joven Sally Fernald. Víola implorar un perdón, que él no estaba en condiciones de conceder.

Una vez más el sheriff pensó en la triste suerte de tantas mujeres honestas-esposas, madres, hermanas, novias-que sufrían directamente las consecuencias de la conducta de los hombre

allegados a ellas, con un criterio distinto de la ida del que debe regir las buenas relaciones de la sociedad civilizada.

Las palabras de Fernald resonaron aún en los oídos de Pete Rice: “Quise guiar a ese hombre por el camino del bien, pero él llegó a odiarme. Y, después, yo llegué a odiarle a él. Es un mal sujeto.”

Una voz interrumpió el hilo de los pensamientos del sheriff. Era Hopi Joe quien decía:

—Veo pisadas aquí, Pete. Llevan de regreso al sendero. Son de un hombre a pie.

Hasta Pete Rice, no obstante tener bastante experiencia en la busca de huellas, no hubiese sido capaz de ver aquellas débiles señales que el pie de un hombre había dejado en el piso de arcilla endurecida y rocoso de la arena. Pero la mirada águila del indio supo distinguirlas con la misma claridad como si hubiesen sido un papel impreso.

—Vengan. Vamos a ver adónde conducen-manifestó el indio, abriendo la marcha, con la vista fija en el suelo.

—Trae tú el cadáver, Teeny-ordenó Pete.

Sin demostrar la menor vacilación, el indio siguió la huella. En algunos lugares donde la tierra era más blanda, también Pete Rice reconocía claramente las señales dejadas por las pisadas.

—Podemos seguir las a caballo-decían Hopi Joe, cuando llegaron nuevamente a terreno plano —. Ganaremos tiempo.

Los cuatro hombres montaron a caballo abriendo la marcha Hopi Joe, quien montaba su pony indio. En un lugar del camino se hallaba un trecho de tierra muy blanda en que las pisadas habían dejado una huella de excepcional claridad. Veíase, en dicho lugar que una de las botas del presunto criminal tenía un remiendo en la suela. Dicho remiendo hallábase hundido a mayor profundidad que el resto de la suela. Además, podía observarse que estaban muy gastadas.

Joe no tuvo ninguna dificultad para seguir la huella, incluso cuando ésta cruzó un trecho de terreno rocoso. Las pisadas tomaron por el sendero, que pasaba delante de la casilla del vaquero.

Pete pasó revista al terreno que le rodeaba. No se veía ninguna señal de vida en todo el valle, con excepción del Este, donde varios animales pacían tranquilamente. La macabra comitiva siguió su camino. Hopi Joe abría la marcha sin vacilaciones. El sendero

conducía directamente a la finca de Fernald.

Pete Rice perdió de vista las pisadas, probablemente porque otra imagen ocupaba su mente. Era la de la cuerda, de cuyo extremo pendía Seth Fernald, purgando su crimen conforme a los dictados de la Ley.

También Hicks “Miserias” siempre tan hablador-como que era peluquero de oficio-guardaba silencio en aquellos instantes. Su rostro estaba grave. Sus ojos celestes mostraban una expresión mística.

Llegaron a la casa de Fernald. En el almacén servía de dormitorio a los vaqueros no había nadie. ¿Se habría fugado Fernald después de cometer su crimen? Hopi Joe se apeó y arrodilló en el suelo. Un rápido examen le permitió seguir de nuevo las pisadas. Llevaban a la cocina de la casa.

La puerta estaba cerrada. Teeny Butler depositó en el suelo su carga macabra y ayudó a Pete Rice a abrir la puerta violentamente. Los hombres de la ley penetraron en la cocina. Nadie se encontraba en su interior. Además, en las paredes se veían solamente algunos utensilios y un lazo viejo.

Pero Pete Rice descubrió una trampa en uno de los rincones de la dependencia y la abrió. Debajo de dicha trampa había un pequeño pozo, en cuyo interior se veían distintas legumbres, como patatas, cebollas, etcétera.

Pete Rice comenzó a revolver entre ellas hasta que, de pronto, extrajo de debajo de las mismas un par de botas. Una rápida mirada fue suficiente para comprobar que en la suela de una de ellas había un remiendo nuevo.

Eran botas de asesino, botas que habían sido empleadas para llevar a un hombre a la tumba y que servirán para llevar a otro a la horca. Teeny Butler había permanecido delante de la cocina. De pronto anunció:

—Alguien se acerca a la casa, jefe. Son tres o cuatro vaqueros... ¡Ah!, parece que Seth Fernald está con ellos.

Pete levantó la mirada. En sus ojos veíase un brillo acerado. Sus mandíbulas masticaban pausadamente una bola de goma. Salió al patio de la casa y dirigió la vista hacia el grupo que se aproximaba, reconociendo a Fernald a la cabeza del mismo.

También Fernald reconoció el sheriff y le saludó desde lejos,

levantando el brazo, a la vez que lanzaba su caballo al galope, adelantándose a sus vaqueros.

—Usted es, precisamente, el hombre a quien quería ver, sheriff-dijo cuando frenó su cabalgadura a corta distancia del lugar en que se encontraba el sheriff —. He estado recorriendo el campo con mis hombres y he podido observar que me han sido robados algunos animales... Parece que las cosas siguen...

Se interrumpió repentinamente. En ese momento pareció observar la puerta de la cocina, que había sido abierta violentamente. Su mirada se posó en el bulto que yacía en el suelo, envuelto en la manta.

—¿Qué? ¿Ha ocurrido alguna otra desgracia? —inquirió alarmado.

—Sí-contestó el sheriff secamente —. ¿Usted despachó de aquí a su primo Lee, verdad?

—Así es. Anoche le di cincuenta dólares y un caballo. Me prometió que no se acercaría a la Quebrada del Buitre, sino que se dirigía en línea recta a Wilceyville donde tomaría el primer tren para salir de este distrito.

—Pues bien, Lee Scott ha sido asesinado-manifestó rotundamente Pete Rice —. Me veo precisado a detenerle, Fernald, y llevarlo a la Quebrada del Buitre. ¿Quiere entregarme su revólver?

—Lee asesinado... —balbuceó Fernald, mientras clavaba la mirada en el cuerpo que yacía en el suelo, cubierto por la manta. Después sus ojos se dirigieron hacia las botas que Pete Rice llevaba en la mano, y una intensa palidez cubrió sus facciones.

Al mismo tiempo, Seth Fernald levantó las manos.

—Hágase cargo e mi revólver-dijo —. No digo nada por el momento. Estoy dispuesto a acompañarle, sheriff.

Durante todo el tiempo que duró el viaje hasta la población. Seth Fernald permaneció callado. Solamente cuando salieron del valle de Grama dirigió la mirada por encima de sus hombros hacia dicho lugar y dijo con amargura:

—Valle de Grama... Debieran llamarle el Valle de los Hombres Muertos. Porque eso es en realidad: un valle de cadáveres, de traición, de crimen...

—¿Quiere usted que notifique a alguien su arresto, Fernald? —

inquirió Pete Rice—. Quizá su hermana, Sims Hart...

—Avisé a mi hermana, por favor, señor Rice. En cuanto a Sims Hart, no quiero saber nada de él.

El sheriff frunció el ceño. En la última ocasión en que había visto juntos a los dos vecinos, eran buenos amigos. ¿Cuál será la causa de su actual disgusto?

Cuando Fernald estuvo alojado en el calabozo, rogó aún al sheriff:

—Quisiera que avisase usted también a Sharon Pell, el abogado de Mesa Ridge. Deseo encomendarle mi defensa.

—Bien-declaró Pete Rice, quien, aunque no veía con simpatía al abogado, no privaba a ningún acusado de los medios para defenderse antes el juez.

Pete Rice cumplió todas las formalidades del caso y ya era de noche cuando emprendió el regreso a la casa de su madre. De pronto, ya cerca de su casa, vio que, en sentido contrario, venía un joven vaquero, Curly Fenton, gran amigo del sheriff, llevando sobre la silla de su caballo un bulto parecido al que condujera Teeny Butler.

Los ojos del sheriff se ensombrecieron al ver que, según todas las apariencias, se había llevado a cabo un nuevo crimen.

—¿A quién lleva ahí, Curly? —preguntó.

—Al viejo Zeb Carson-contestó el vaquero —. Creo que ahora no le servirá de gran cosa su dinero.

Mientras hablaba, Curly movía la cabeza.

—Pobre viejo-continuó diciendo —. Yo había ido a visitar a Sims Hart y, cuando regresaba, se me ocurrió mirar hacia una zanja, que había a corta distancia del camino, viendo entonces que, en el interior de ella, se encontraba el viejo Zeb.

Pete Rice abrió los ojos. Zeb Carson era el dueño anterior de la finca que actualmente pertenecía a Fernald. ¿Habría estado en lo cierto Seth cuando exclamó que al Valle de Grama habrían tenido que darle el nombre de Valle de los Hombres Muertos?

“Doc” Brown había sido asesinado allí. Lee Scott también murió allí con la hoja de un puñal en la espalda. El cadáver de Jocko Montana bien podría estar descansando en alguna tumba de los alrededores. Fernald podía contarse ya entre los muertos, por cuanto no tardaría en ser ahorcado. En la batalla librada por el

sheriff contra los bandidos que atacaron la casa e incendiaron sus almacenes, habían perdido la vida cuatro bandidos. Además, otros hombres como el joven vaquero de la finca de Sims Hart, habían derramado allí su sangre, en defensa de la ley, luchando contra el crimen...

Pero lo más extraordinario era que tanto el invitado, como el propietario anterior y el actual, su pariente y el mayordomo de aquella hacienda, estaban muerto o bien —como en el caso de Seth Fernald— lo estarían dentro de poco tiempo.

¡El Valle de los Hombres Muertos! ¡Era un nombre terriblemente acertado!

CAPÍTULO XI

LA MULTITUD ENFURECIDA

Un quejido escapó de los labios del hombre inconsciente, que Felton llevaba atravesando sobre su silla.

—¡Por todos los cielos! —exclamó Pete—. Parece que todavía está con vida.

—Sí, pero creo que no lo estará por mucho tiempo. Ha estado privado del conocimiento durante todo el camino hasta aquí, con excepción de un momento en que deliró. Ha estado diciendo algo de un ataque de que ha sido víctima por los bandidos.

—Vamos a llevarlo al “Doctor” Buckley—contestó Pete—. Casualmente se encuentra en este momento en casa de los empresarios de pompas fúnebres.

—Ese es, además el lugar más apropiado para este pobre viejo—declaró Curly con acento pesimista—. Se encuentra en un estado realmente lamentable.

Pete sacó al inconsciente de encima de su silla y echó una rápida mirada al rostro de Zeb Carson. Sus mejillas estaban cubiertas de sangre ya coagulada, que había manado en abundancia de una profunda herida que tenía en la frente. Su escaso cabello gris estaba teñido de rojo. Sus ojos estaban exentos de toda expresión. De las comisuras labiales escapaba la saliva, yendo a mojar su barba, teñida por la nicotina.

Pero tan pronto como el “Doctor” Buckley le prodigó los primeros cuidados, el hombre no pareció hallarse ya en estado tan lamentable. Soportó los dolores producidos por sus heridas con todo estoicismo. La fiebre que le devoraba le indujo a beber agua ávidamente; pero ya estaba en condiciones de hablar normalmente.

—¿Qué ha sucedido, Zeb? —preguntó Pete.

—He sido asaltado—declaró Carson—. Anoche me dirigí a la casa

de Fernald para visitarle. Había oído ciertas habladurías en la población. Muchas personas manifestaban que había estafado a Fernald al cobrarle por la finca 60.000 dólares...

Se interrumpió un instante par tragar saliva y prosiguió:

—Quise demostrar a Fernald y a los que así me criticaban que, en el fondo, no soy tan ruin como se me pinta. Tenía la intención de preguntar a Fernald si estaba satisfecho y aun de hacerle una rebaja, si pasaba por un mal momento. No es un ganadero experimentado; pero su finca puede ser productiva, si se explota debidamente...

Tomó otro trago de agua.

—Pensé que lo mejor sería conversar primero con Sims Hart—continuó—. Sé que es un hombre razonable. Recorría el desfiladero que conduce a la casa de Sims, cuando oí el ruido de unos jinetes a mis espaldas. No le di importancia, empero, a este detalle, pensando que se trataría de vaqueros de la finca.

—¿Y no lo eran? —inquirió Pete.

—Ya lo creo que no lo eran—contestó Carson—. Al parecer esos hombres me habían seguido y aun es evidente que me conocían, porque se dirigieron a mi llamándome por mi nombre. Me amenazaron con matarme.

—¿Pudo usted reconocerlos?

—No. Estaban enmascarados. Ni siquiera puedo decir cómo iban vestidos, porque llevaban unas capas negras-o, por lo menos, oscuras-sobre sus ropas.

Al escuchar estas palabras, Pete recordó en seguida un hallazgo realizado el día anterior por Teeny Butler no muy lejos del lugar que acababa de mencionar el herido: era una máscara oscura y una capa negra, casi enteramente destruidas por el fuego.

—De un golpe me bajaron de mi caballo—prosiguió relatando Carson—. Uno de ellos me apuntó con su revólver par matarme. Le pedí que me perdonase la vida. Lo reconozco. No quiero morir aún, a pesar de que soy ya bastante viejo. En este preciso momento me siento tan débil como si tuviese cien años de edad.

El anciano cerró por un momento los ojos y volvió a abrirlos al cabo de algunos minutos. Al mismo tiempo prosiguió su relato:

—Uno de mis asaltantes no era tan despiadado como el otro. Al escuchar mi súplica, pareció haberse enternecido. Pidió al otro que

no me matase con la condición de que saliese del país. El otro sujeto murmuró algo en voz baja; pero no hizo fuego. En cambio, me aplicó un fuerte golpe en la frente con la culata de su revólver, haciéndome caer al suelo. Probablemente habría muerto allí de no haber pasado hoy por ese lugar Curly Fenton, quine me encontró aún desmayado en el suelo.

Su voz se hizo muy débil. Continuó diciendo:

—Parece haber caído una maldición sobre las personas que viven o han vivido en el Valle de Grama. No lo sé... no llego a entenderlo...

—No trate de seguir hablando-sugirió Pete Rice —. Si yo estuviese en su lugar, no regresaría a mi casa esta noche, sino que tomaría una habitación en el hotel, donde podría obtener rápidamente los servicios del médico en caso de necesitarlos. Trate de dormir un poco, Zeb, y si está en condiciones de hacerlo, le ruego que venga a verme mañana a mi despacho.

Zeb Carson asintió con un débil movimiento de cabeza. Sus ojos volvieron a cerrarse. Pete Rice salió de la habitación, se dirigió al lugar en que había dejado a “Sonny”, montó en él y reanudó su interrumpido viaje a la casa de su madre.

Mientras iba avanzando al trote de su magnífico caballo, posó la mirada en el peñasco denominado Starlight Cliff, situado en uno de los extremos del Valle de Grama. El sol que bajaba en aquellos instantes, enviaba sus últimos rayos de luz a través de un banco de nubes, envolviendo todo el valle en un resplandor de oro. Era una escena de extraordinaria belleza; pero produjo en Pete Rice el efecto de un resplandor de muerte. Era un esplendor macabro, como el de los adornos de plata de un ataúd.

El sheriff se mostró muy satisfecho al saber que su madre quería retirarse a dormir temprano aquella noche. No tenía el propósito de informarla acerca de la ola de terror y de muerte que parecía cernerse sobre el Valle de Grama.

Seth Fernald debía aparecer ante el juez Grange a la mañana siguiente y Pete tendría que levantarse temprano. En consecuencia, se acostó a las nueve de la noche, tratando de olvidar las escenas deprimentes de los últimos días.

El sheriff fue despertado por el ruido de los cascos de un caballo, que se acercaba a su casa. Pero a pesar de ello, se sentó

inmediatamente en la cama, con todos los nervios en tensión.

Hicks “Miserias” y Teeny Butler dormían aquella noche junto al calabozo. Pete Rice no había olvidado la extraordinaria hostilidad que muchos habitantes de la Quebrada del Buitre demostraban hacia Fernald. Su instinto parecía indicarle que el solitario jinete que se aproximaba le traería un mensaje relacionado con el prisionero.

—Pete... Pete... —la voz era perentoria y pertenecía a Sam Hollis.

El sheriff se levantó y asomó la cabeza a la ventana.

—¿Qué ocurre, Sam? —preguntó.

—Cosas graves, Pete. Hay desorden en la prisión. Será mejor que vaya inmediatamente.

Pete vistióse rápidamente y se colocó el cinto con los dos 45 de mango nacarado. Pocos segundos más tarde, salía de la casa, corriendo hacia la caballeriza donde guardaba a “Sonny”, su admirable alazán, al que no perdió el tiempo en ensillar, sino que le colocó el freno y montó en pelo, dirigiéndose rápidamente hacia el centro de la población.

Sam Hollis ya había emprendido el regreso a todo galope; pero le alcanzó cuando pasaba delante del Descanso de los Vaqueros. El sheriff contaba, por lo menos, con Sam Hollis y algunos otros comerciantes-en el caso de que estuviesen despiertos a esa hora-para que ayudasen a la ley a imponerse sobre los revoltosos.

Los caballos de Hollis y del sheriff avanzaban al galope tendido, debiendo hacerse notar que el almacenero castigaba severamente a su cabalgadura para poder mantener el mismo tren que “Sonny”, y a pesar de todo, éste tomó resueltamente la delantera cuando llegaron al camino que conducía directamente a la prisión de la Quebrada del Buitre. El ruido de los cascos de los caballos al galopar retumbaba secamente sobre las piedras del camino. Pero a pesar de ese ruido, Pete pudo distinguir claramente otro, no menos familiar para él.

Era un sordo murmullo, que el sheriff reconoció se trataba del rugido de la multitud. Pocos minutos más tarde, la fuente de ese ruido apareció a la vista.

Frente a la prisión se habían reunido numerosos hombres. Algunos de ellos se limitaban a hacer ruido, gritando y disparando

al aire sus revólveres de calibre 45. Pero otros se mostraban más eficientes, ya que descargaban sus armas contra las ventanas de la prisión protegidas por gruesos barrotes. De dos de esas ventanas ya habían desaparecido los vidrios, como consecuencia del tiroteo.

Entre ocho o diez hombres habían levantado un largo poste de madera, con el evidente propósito de emplearlo como ariete para hundir con él la puerta del calabozo. Los citados individuos dejaron caer el poste cuando vieron que el sheriff y Sam Hollis se acercaban al galope desenfrenado de sus caballos.

En aquellos momentos, el rostro de Pete Rice parecía estar esculpido en granito. Sus pómulos parecían más altos y prominentes. Los hoyos que se formaban en sus mejillas parecían más profundos que de ordinario. Su mentón aparecía más cuadrado. En su ojos brillaba una mirada severa, firme y fría. Había en ellos una expresión que su madre jamás había visto.

Los integrantes del grupo, que hasta entonces se habían limitado solamente a hacer ruido, se dispersaron. Ninguno de ellos parecía tener deseos especiales de tener que vérselas con Pete Rice en el estado de ánimo en que se encontraba en aquellos momentos, a juzgar por la expresión de sus ojos.

—Dispérsense—ordenó Pete Rice con voz atronadora, mientras que su labio superior, el replegarse, ponía de relieve sus blancos dientes—. He dicho que circulen—repitió con mayor energía aún, empleando una voz que, por sí sola, bastaba para imponer respeto.

Algunos componentes del grupo de revoltosos se retiraron, saliendo fuera del círculo visible y protegiéndose detrás de una pila de sacos con forraje, que allí habían sido acumulados para uso de la caballeriza de la cárcel. Otros se dirigieron hacia el camino que conducía a la calle principal del pueblo. La voz del sheriff Pete Rice parecía ejercer sobre ellos la acción de una catapulta.

Pero en el grupo también había algunos rebeldes. Un minero de camisa roja, que era uno de los que antes habían levantado el poste para emplearlo como ariete, llevó la mano a pistolera, sacando su revólver. Su movimiento fue rápido...

Pero en el preciso instante en que apretó el gatillo de su arma, una lengua de fuego escapó de su arma, una lengua de fuego escapó del cañón de otra pistola, manejada desde detrás de las rejas de la ventana de la prisión. El hombre cayó pesadamente al suelo, sobre

el trono que levantara un momento antes, permaneciendo tan inmóvil como el mismo poste.

Este incidente pareció revivir el desorden. La multitud presentaba un movimiento de flujo y reflujo semejante al del mar en tempestad. Algunos de los presentes trataron de alejarse con la mayor rapidez posible; pero el espíritu de rebelión no había sido dominado.

Pete Rice apeose de su caballo. Para evitar que “Sonny” pudiese resultar herido en el tumulto, le señaló la dirección de la calle principal de la Quebrada del Buitre y le dio una leve palmada en el anca. El inteligente animal comprendió la indicación y se alejó rápidamente, de acuerdo a los deseos de su año. “Sonny” estaba conforme con su misión de llevar a Pete Rice, pero éste se hallaba ahora en una situación en que debería luchar y, para ello, prefirió estar a pie.

Las manos de sheriff se apoyaban levemente sobre las culatas de sus revólveres de calibre 45. Su postura era la del hombre habituado a hacer uso de esa clase de armas. Su cuerpo atlético estaba en plena tensión. El sheriff esperaba que la multitud le atacase y estaba preparado para hacer frente a dicho ataque, sin que en su rostro se moviese un solo músculo ni se observase en él el más mínimo temor.

Y el ataque se produjo, en efecto. De pronto, uno de los hombres lanzó una piedra contra Pete Rice. El sheriff vio a tiempo el proyectil y se agachó, pero la piedra dio de lleno y con tal fuerza en el pecho de Sam Hollis, que le hizo caer al suelo.

Pete Rice se lanzó sobre la multitud, abriéndose paso violentamente a través de ella, echando a ambos lados a quienes se oponían a su paso. De pronto, el puño del sheriff dio de lleno en la cara del que le había tirado la piedra, le privó en el acto del conocimiento, haciéndole caer al suelo como fulminado por el rayo.

La multitud se agolpó sobre el sheriff. Alguien trató de asestarle un puntapié, pero Pete Rice le sujetó la bota y le hizo caer al suelo pesadamente.

En seguida cruzó de nuevo el grupo de revoltosos, corriendo velozmente hacia el montón de sacos de forraje.

Sus fuertes brazos levantaron en el aire uno de los sacos, lanzándolo en seguida contra el más próximo de los que intentaban

acercarse a él. El efecto fue instantáneo. El hombre cayó pesadamente al suelo. Otro saco dio cuenta de un segundo revoltoso, dejándole tendido. Ciertamente es que este último volvió a levantarse un minuto después, pero fue para alejarse rápidamente y cojeando. Los demás revoltosos abandonaron su intención de atacar al sheriff.

Pete Rice permaneció de espaldas contra el montón de sacos. Sus ojos escrutaban atentamente los rostros de los que aún seguían haciéndole frente. Su mano derecha extrajo del cinto un reloj de plata.

—Circulen, señores-ordenó—. El que no haya obedecido dentro de tres minutos, quedará detenido. Uno...

Los hombres que ocupaban las primeras filas del grupo retrocedieron como si las anteriores palabras hubiesen sido puñetazos aplicados a sus mandíbulas. Algunos se dirigieron andando y otros corriendo hacia el camino próximo. Pero algunos permanecieron tercamente en el mismo lugar, sin dejarse intimidar.

Pete se acercó a la puerta de la prisión y golpeó en ella.

—Abran, muchachos-pidió—. Teeny, Hicks, salgan...

La pesada puerta se abrió. El sheriff conservaba en las manos sus revólveres 45, dispuesto a repeler cualquier ataque por sorpresa de los revoltosos.

—El que quiera entrar en el calabozo puede hacerlo-dijo, en seguida, dirigiéndose al grupo de los revoltosos tercamente —, y el que todavía esté aquí dentro de dos minutos, entrará aunque no quiera... Respecto a cualquier ataque por ustedes, tengo doce balas capaces de despachar con destino al otro mundo a otros tantos hombres. ¡Resuelvan!...

Teeny e Hicks salieron de la prisión.

—Faltan sólo veinte segundos-advirtió el sheriff.

Casi todos los que aún se encontraban allí prefirieron retirarse. Sólo una docena de hombres permanecieron en su lugar obstinadamente...

—Ya está-dijo, de pronto, el sheriff.

Con estas palabras, el sheriff se lanzó sobre el más próximo de los hombres, le agarró por la nuca y le empujó hacia el camino. El sujeto siguió andando obedientemente en la dirección que le había empujado que le había empujado Pete Rice. El sheriff se acercó en

seguida a otro, le aplicó un fuerte rechazazo a la mandíbula y cuando el otro iba cayendo al suelo, privado del conocimiento, lo levantó en alto como un saco de harina y lo tiró al interior de la prisión por la puerta abierta.

—Enciérrelo en una celda-ordenó al carcelero, que montaba guardia en el interior.

¡Crac! El látigo de Teeny entró en acción, envolviendo las piernas de un revoltoso y haciéndole caer. En seguida, el comisario lo levantó y lo tiró también al interior de la prisión.

—A éste también-ordenó secamente.

Hicks “Miserias” se hizo cargo de un tercero. Y, por cierto, no eligió a uno de su estatura, ya que medía casi un metro noventa centímetros. Pero su nariz no demostró una resistencia excesiva, cuando los puños del pequeño comisarios entraron en contacto con ella, porque empezó a verter sangre inmediatamente.

En seguida, Pete Rice, Teeny Butler e Hicks “Miserias” lograron “convencer” a otros tres hombres, lanzándolos al interior de la prisión como los anteriores.

Sam Hollis y dos o tres más se pusieron decididamente del lado de los defensores de la ley, contribuyendo también con sus puños a la tarea de limpiar el terreno de los revoltosos que aún quedaban. Pocos minutos después, los últimos emprendieron la retirada por su propia voluntad.

—Parece que esto ha terminado-comentó Pete Rice.

Así era en efecto. Los defensores de la Ley acababan de salvar a Seth Fernald de ser linchado. Pete pensó que el hombre, probablemente, terminaría sus días al extremo de una cuerda: pero habría de ser por resolución dictada por el representante de la Ley, el juez Grange.

Pete Rice y sus comisarios penetraron en la prisión. Seth Fernald estaba durmiendo en su celda, o, por lo menos, parecía estar durmiendo. ¿Serían de acero los nervios de ese hombre?

Pero al lado de esta pregunta surgió otra en la mente de Pete Rice.

Había visto entre los revoltosos a varios desconocidos. Era posible que alguien los hubiese contratado y que ese alguien estuviese interesado en eliminar a Seth Fernald. También era posible que el mismo prisionero, por intermedio de otra persona,

hubiese organizado el ataque al presidio, a fin de conseguir por ese medio escapar. Ambas teorías era igualmente aceptables.

CAPÍTULO XII

LA BALA DE SIMS HART

Pete Rice pasó el resto de la noche en la prisión; pero se dirigió a su casa para tomar el desayuno. En momentos en que regresaba a la prisión, caminando por la calle principal, pudo observar la gran cantidad de gente desconocida, que había llegado en ese día a la Quebrada del Buitre.

Numerosas mineras del turno de día habían faltado al trabajo. Además observábase la presencia de algunos cowboys que trabajaban a varias millas de distancia de la población, en distintas fincas. Esa mañana Seth Fernald debía comparecer ante el juez Grange y siempre constituía un espectáculo digno de verse, cuando dicho magistrado resolvía un juicio de la importancia de aquél.

Hopi Joe y el peón de la finca que había sido herido en el brazo, cuando el asalto contra la casa de Fernald, conversaban delante del “Descanso del Vaquero”. Ambos parecían haber olvidado sus heridas.

También se veía por la calle a Zeb Carson, quien presentaba aún las señales de los golpes recibidos, pero se apresuraba a asegurar a todos que todavía no había muerto. Llevaba un rifle, para hacerlo arreglar en la ferretería del pueblo.

—Buenos días, sheriff-dijo —. He estado pensando en la amenaza de esos bandidos y he decidido no dejarme intimidar por ellos. Por el contrario, haré arreglar este rifle y lo guardaré en mi casa para usarlo si vuelven a molestarme. Desde luego puedo asegurarle que sabré dar una bienvenida a cualquiera que ronde mi casa...

—Me parece muy acertado, Zeb-contestó Pete.

El sheriff prosiguió su paseo por la calle, saludando a numerosos amigos con una sonrisa o un movimiento de cabeza. El anciano

Anse Runnison, patriarca del distrito de Gila, vecino del de Trinchera, se hallaba en la Quebrada del Buitre, acompañado por sus hijos. Muchas eran las personas que habitualmente vivían en Mesa Ridge, Rangerville y Broken Arroz, y que ese día se habían reunido en la Quebrada del Buitre, para asistir al proceso.

Pete Rice observó que Sims Hart penetraba en el Arizona Hotel, circunstancia que no dejó de llamar la atención al sheriff, quien no recordaba haberle visto jamás en dicho hotel. Hart vivía como un príncipe en su casa, con sirvientes mejicanos y un chino, y jamás comía en el hotel.

Pete Rice permaneció en la prisión hasta que faltaban pocos minutos para las diez. Entonces ordenó a Jacke Crofkey, un comisario suplente, que abriese la celda de Fernald. Teeny Butler y Hicks “Miserias” se encontraban cerca de la puerta.

El sheriff no estaba dispuesto a correr ningún riesgo cuando se trataba de llevar al detenido hasta la sala del tribunal, que distaba cincuenta pasos de la cárcel. Tanto él como sus dos comisarios se encargarían de cuidar la vida del acusado contra la indignación popular, que reclamaba su linchamiento.

En cuanto a Crofkey, que era un hombre de gran puntería y de buenos puños, se encargaría de conducir a la audiencia a Tom Addickes.

—Listo, Fernald-dijo Pete Rice.

—Perfectamente-contestó el interpelado con toda calma.

Pete Rice y Teeny se colocaron a ambos lados de Fernald. Hicks “Miserias”, con el 45 en la mano, cerraba el paso, marchando a corta distancia del prisionero cuando salió de la cárcel, en dirección al tribunal.

La calle estaba repleta de gente. Delante de la galería fotográfica de Berg se habían reunido no menos de veinticinco personas, aprovechando la circunstancia de estar dicho local temporalmente desalquilado.

Pete Rice estaba preparado para hacer frente a cualquier gesto hostil, pero la multitud guardó silencio cuando pasó el prisionero.

El sheriff echó una mirada por encima de sus hombros. Jacke Crofkey caminaba a pocos pasos de distancia, conduciendo a Tom Addickes. Pete Rice pensó que éste no necesitaba tanta protección, por cuanto, probablemente, no se realizarían demostraciones

hostiles contra él. Todo el cuidado debía concentrarse en Seth Fernald.

Los defensores de la Ley y sus prisioneros estaban ya a pocos metros del tribunal, cuando se escuchó un estruendo extraordinario. Pete Rice giró sobresu talones. Los curiosos que poco antes ocuparan el frente de la Galería Fotográfica se hallaban envueltos en una densa nube de humo negro. Todos ellos trataban de salir de dicha nube, tosiendo y tratando de respirar aire fresco. Pero de la misma nube negra salió también un hombre, que corrió hacia el lugar en que se encontraba un caballo, dándose rápidamente a la fuga. Era Tom Addickes.

—Tengan cuidado con Fernald, muchachos. Háganle entrar en la sala del tribunal—gritó Pete Rice—. No le pierdan de vista ni un momento, porque bien puede tratarse de una estratagema para desviar nuestra atención de él.

Inmediatamente, el sheriff se lanzó detrás del prófugo.

Pero en el mismo momento, resonaron cuatro disparos de 45 y Tom Addickes cayó del caballo, permaneciendo en el suelo sin dar muestras de vida. Unos segundos más tarde, cuando Pete Rice llegó al lado de Addickes, pudo observar que éste había muerto instantáneamente. Cuatro de los curiosos que bordeaban la calle habían sacado sus revólveres, haciendo fuego contra el prófugo.

Una bala había penetrado en el cuerpo de Addickes por el hombro derecho, dos más por el costado derecho y otra por el pecho. La defensa de Sharon Pell ya no serviría de nada a Tom Addickes.

El humo negro que seguía escapando por entre las hendiduras de la acera, hecha de tablones de pino, llenó los pulmones de Pete Rice y le hizo toser.

Cuatro hombres habían sido lanzados al suelo por la fuerza de la explosión. Jacke Crofey, el comisario suplente, había quedado desvanecido, otros dos sufrieron un golpe terrible y el cuarto logró escapar sin más daño que la cara tiznada.

Una rápida investigación permitió comprender los detalles de lo ocurrido. Debajo de la acera se encontró una mecha, que corría desde el interior del local desalquilado hasta el borde de la acera. ¿Había sido colocado el petardo, evidentemente, en ese lugar, por un amigo de Tom Addickes? ¿O habrían sido amigos de Fernald, y

estaría mal preparado el petardo? Esta última hipótesis de desvaneció inmediatamente, debido a la circunstancia de no haber efectuado Fernald ningún gesto que revelase su intención de fugarse, mientras que Addickes aprovechó en seguida la oportunidad para huir, sin pensar seguramente que habría de caer herido por los mismos curiosos, que eran ciudadanos respetuosos por la Ley.

Sims Hart anunció, lleno de orgullo, que fue su bala la que había producido la muerte de Addickes.

—Le alcancé con un tiro perfecto al pecho, Pete-declaró—. Me pareció a ese individuo no debía dársele oportunidad de ir más lejos, ya que, con ello, se daba lugar a la posibilidad de que se produjese un gran tiroteo, en el cual podrían perder la vida varios inocentes.

—Ha hecho usted muy bien, Sims-admitió Pete.

El sheriff, que casi siempre se sentía muy afectado por cualquier muerte, no podía lamentar la de Tom Addickes. Este, en efecto, había tenido participación en un homicidio. El sheriff no podía olvidar al vaquero joven, que resultó muerto de un balazo en la galería de la casa de Fernald.

Addickes parecía haber sido condenado a muerte, aun cuando el abogado Sharon Pell, mediante sus grandes recursos oratorios, quizá hubiese logrado su libertad. Por lo demás, en la forma en que había terminado el asunto, el distrito se libraba de un juicio.

Jacke Crofey, el comisario suplente, estuvo muy pronto repuesto para poder tomar a su cargo una investigación acerca de la colocación de la bomba y encargarse de la conducción del cadáver de Addickes hasta el depósito.

En aquel momento el reloj de Pete indicaba las diez y el sheriff se apresuró a correr al tribunal, sabiendo que el juez Grange era un maniático de la puntualidad.

Las audiencias del tribunal de la Quebrada del Buitre, presididas por el juez Grange, hubiesen escandalizado a cualquier abogado de lugares más habitados. En efecto, el mencionado juez contrariaba todas las modalidades propias de la clásica administración de justicia. Su tribunal no era un lugar para ensayar oratoria jurídica, sino que en él se administraba la justicia de acuerdo con el buen sentido.

Cuando se levantaron las voces en la sala del tribunal, el juez Grange golpeaba su pupitre con el tambor de su 45, en lugar de hacerlo con un elegante símbolo de los lictores. Y, en una ocasión, el anciano juez había hecho fuego con el mismo revólver contra tres individuos que trataron de provocar un desorden en la sala, a fin de poner en libertad al acusado.

Al sonar la décima campanada del reloj que se encontraba detrás del estrado del juez en la sala del tribunal, el magistrado golpeó su pupitre con su 45 y declaró abierta la audiencia, pidiendo a los presentes que guardasen silencio. Pero, al no obtener una inmediata obediencia, paseó la mirada por el público y manifestó:

—Oiga, caballero, usted... que está en la tercera fila, le he pedido que se calle y, si no lo hace, le tendré que cerrar la boca de un balazo.

Con esta amenaza, el magistrado logró que todos los presentes guardasen silencio y, entonces, fijó la vista en un papel, que estaba delante de él.

—Primer caso: Tom Addickes-anunció.

Pete Rice adelantóse al pupitre. El sheriff explicó en pocas palabras lo ocurrido. El juez ni siquiera levantó la vista. Sólo se limitó a gruñir.

—Perfectamente, es un caso en que la ejecución se ha llevado a cabo antes de dictarse la correspondiente sentencia. Ello ahorra dinero al Distrito y, en verdad, ese dinero no le vendrá mal.

En seguida, dirigiéndose a su escribiente:

—Tome nota de eso, Shorty-ordenó.

Posó la vista en otro papel.

—Segundo caso: Seth Fernald.

El acusado se levantó. Su defensor, Sharon Pell, adelantándose hacia el pupitre del juez, dijo:

—El acusado me ha nombrado su abogado defensor, señor juez.

—Hum-gruñó el juez; —ha sabido elegir a un abogado hábil, aunque eso no quiere decir que sea usted un hombre perfecto, Pell. Pero vayamos al grano en este asunto...

En seguida, como si deseara confirmarlas palabras que estaba pronunciando, golpeó con la boca del cañón del 45 sobre el pupitre:

—Pell-advirtió; —no me haga ninguna de sus ya conocidas jugarretas, porque desde luego le anticipo que le haré echar afuera

por una oreja. Conmigo logrará más ajustándose completamente a los hechos. Nada más que los hechos.

En el rostro de Sharon Pell, de suaves facciones, apareció una sonrisa burlona:

—Eso es, precisamente, lo que me propongo hacer, Señoría-declaró.

Al escuchar la advertencia que el magistrado hacia a Pell, los presentes se echaron a reír y fue preciso que el juez impusiera silencio, golpeando la mesa con su revólver, para que pudiese empezar el juicio, que habría de decidir acerca de la vida de Fernald.

El jurado estaba compuesto solamente por cuatro miembros, cantidad que, probablemente, fuese menor que la establecida por la Ley. Pero en el tribunal del juez Grange regía la ley de éste. El magistrado declaró que en toda la población solamente había podido encontrar cuatro hombres que no tuviesen prejuicios en uno u otro sentido y cuyo juicio, en consecuencia, podría ser siempre equitativo. Por otra parte, opinó que un jurado de cuatro miembros podía ser igualmente justo.

El juez anunció a continuación que estaba dispuesto a escuchar cualquier objeción que se quisiese formular; pero nadie se manifestó dispuesto a ello. A pesar de eso, y no obstante los procedimientos un tanto rústicos y personales del magistrado, éste evidenciaba tener el propósito de administrar la justicia realmente de acuerdo con su propio sentir.

El verdadero proceso se realizó rápidamente. El fiscal del distrito describió la enemistad existente entre Seth Fernald, el acusado, y Lee Scott, la víctima. Dio entender que Scott estaba en conocimiento de “algo sobre Fernald”, hecho que tenía como consecuencia que éste temiese a su primo. El fiscal, incluso, llegó a insinuar que es “algo” bien podría estar relacionado con la misteriosa muerte de “Doc” Brown.

Prosiguió su acusación el fiscal, destacando el misterioso origen de Fernald y, en este sentido, declaró:

—Ni siquiera sabemos de dónde procede ese hombre...

Pero el juez le interrumpió:

—¿Qué importancia tiene eso? —inquirió—. A la justicia no le importa en este momento cuál ha sido la vida pasada del acusado.

Lo que debe tratar en este instante es comprobar su culpabilidad en el homicidio perpetrado en la persona de Lee Scott.

El fiscal del distrito se refirió, entonces, al asunto de las botas del asesino. Se escucharon los testimonios de Pete Rice, Teeny Butler, Hicks “Miserias” y Hopi Joe.

—Y ahora-continuó diciendo el fiscal —, llamaré a otros dos testigos: Cal Jukes y Rex Wilkinson. Ambos estaban en el Descanso del Vaquero cuando se inició la pelea entre el acusado y la víctima.

—Eso no lo pongo en duda-replicó el juez —. Se trata de individuos que se pasan la vida en los salones.

El testimonio de Cal Jukes y de Rex Wilkinson eran muy desfavorables para el acusado. Ambos aseguraron haber escuchado a Fernald cuando amenazaba de muerte a la víctima.

Toda la población de la Quebrada del Buitre sabía que Fernald había pedido al sheriff permiso para llevar a Lee Scott a su casa, a fin de enderezarlo. El fiscal acusó a Fernald de haber tenido ya entonces la intención de asesinar a Lee, de enterrarle y de hacer creer a todo o el mundo que el hombre había abandonado el distrito.

Cuando el fiscal concretó su acusación, todos pensaron que la sentencia de muerte no podría ser ya evitada. Sharon Pell, el abogado defensor del acusado, parecía tener en esta ocasión un caso de solución difícil. Pero, a juzgar por la expresión del rostro del letrado, indudablemente confiaba en la victoria, porque estaba sonriente y confiado.

Al iniciar la defensa, llamó primero a Sally Fernald, la hermana del acusado, la que juró que Seth había sido en todo momento muy generoso con su primo, a quien había ayudado, dándole dinero e interesándose especialmente por su salud.

Pell tuvo a la joven, durante bastante tiempo, en el lugar destinado a los testigos. El abogado sabía muy bien que, aun cuando ya era bastante anciano, el juez Grange seguía demostrando mucho interés por las jóvenes bonitas.

Dos vaqueros de la finca de Fernald juraron haber visto cómo éste entregaba a Lee Scott un billete de cincuenta dólares y un caballo, en el que éste montó tomando el camino de Wilceyville.

Presentado diversos testigos, el abogado defensor comenzó por demostrar la imposibilidad de reconocer valor algunos al testimonio

de Cal Juckes y de Rex Wilkinson, aun cuando hubiesen prestado juramento. El hábil letrado demostró que Cal Juckes ha había cumplido una sentencia por perjurio en el Estado de Colorado, que era un ladrón de caballos, un beodo y que había abandonado a su esposa, que era una mujer india.

Además demostró-presentando el testimonio del propio hermano de Rex Wilkinson-que éste era el campeón de los mentirosos, en el distrito de Trinchera, Gila y Cochise; que siempre estaba medio ebrio, cuando no completamente, que las personas honradas no querían su compañía; que había sido despedido de un salón de Rangerville, donde trabajaba en calidad de mozo de mostrador, por haber sacado dinero de la caja y que, en una pelea, había asestado varias puñaladas a su propio padre.

—Y esos, señor-terminó diciendo el abogado defensor —, son los hombres cuyos testimonios perjudican en mayor grado al acusado...

—Y las botas-completó el juez Grange.

—Ya me referiré también a las botas, señor juez.

Con estas palabras, el abogado se dirigió lentamente hacia la mesa sobre la cual se encontraban las botas en cuestión:

—Esas son las botas del asesino-anunció el abogado Pell —. Parece haber quedado demostrado que el asesino de Lee Scott llevaba esas botas...

Levantó de la mesa las botas y solicitó:

—Ruego al acusado que ocupe el sitio de los testigos.

Fernald se levantó y fue a sentarse en la silla que le indicaba su defensor.

—Quítese las botas, Mr. Fernald-solicitó en seguida el abogado.

—No en este tribunal-exclamó el juez Grange con indignación —. Aquí la gente se quita el sombrero, pero no las botas.

—Pero es que se trata de una cuestión necesaria para lo que voy a demostrar-arguyó el abogado.

—Bien, entonces lo permitiré por excepción-declaró el juez: — pero ha de ser con la condición de que usted recuerde mi advertencia acerca de cualquier jugarreta...

Seth Fernald se quitó las botas. En cuanto al abogado Pell se dirigió al juez:

—Me limitaré exclusivamente a los hechos-manifestó —. Quiero demostrar que Seth Fernald no ha podido ni puede llevar esas botas.

Se produjo un murmullo en la sala. El juez golpeó violentamente con su revólver sobre el pupitre para imponer silencio:

—Vamos a demostrar-continuó diciendo Pell —, que el verdadero asesino de Lee Scott robó esas botas de la cocina de la casa de Fernald, creyendo, con bastante lógica, que pertenecían a éste. Pero ahora veremos que no es así. Mister Fernald, póngase usted estas botas o, por lo menos, trate de ponérselas.

Seyh Fernald trató de calzarse las botas, pero no lo consiguió. Era de un tamaño mucho menor del que usaba Seth Fernald. El defensor pidió a Pete Rice, a sus comisarios, al juez Grange, a los miembros del jurado y al propietario de la zapatería de la Quebrada del Buitre que se acercaran para comprobar que, en ello, no había ninguna jugarreta.

Y así era en verdad. Sencillamente, aquellas botas eran demasiado chicas para que Seth Fernald pudiese llevarlas. El defensor sonrió confiadamente.

—Además, señores-dijo —, estoy en condiciones de ofrecer el testimonio de Mr. Zeke Tector, propietario de una zapatería y talabartería en Rangerville, quien está dispuesto a afirmar, bajo juramento, que las botas fueron fabricadas en sus talleres en cumplimiento de un pedido formulado o el mismo Lee Scott, la víctima del homicidio que tratamos de esclarecer...

Guardó silencio por espacio de algunos segundos y, después, terminó diciendo:

—Ahora bien, señores, no es posible suponer que muerto, después de haber sido asesinado, haya podido enterrarse a sí mismo y después regresar a la cocina para dejar sus botas. Los espíritus no llevan botas.

La declaración del abogado produjo una verdadera algarabía en el recinto. El juez Grange se vio precisado a pedir con toda energía a los presentes que se callasen, golpeando fuertemente con el revólver sobre la mesa. Cuando se restableció el orden, prestó declaración Mr. Zeke Tector, de Rangerville.

Fue una declaración larga y compleja; pero, en síntesis, manifestó que el joven Lee Scott, que era de complexión débil y casi afeminada, estaba avergonzado del tamaño extraordinariamente pequeño de sus manos y de sus pies. Por eso había pedido a Tector que le hiciese un par de botas a medida, pero de forma tal que, con

una puntera maciza y una suela más ancha, diesen la impresión de ser de tamaño normal.

Y antes de las cinco de aquella tarde, el abogado Sharon Pell había ganado otro caso. El acusado se levantó para escuchar el veredicto del jurado:

—Inocente.

Levantóse un murmullo en la sala, que se mezcló con la expresión de júbilo de Sally Fernald, que lloraba de felicidad.

—Silencio-ordenó el juez con voz de trueno—. Silencio a todos, es decir, a todos menos a la muchacha. Es privilegio de las mujeres llorar cuándo y tanto como quieran. Pero ustedes, gandules, cállense.

El juez se levantó. Nadie hizo el menor comentario, aun cuando, evidentemente, más de uno estaba desilusionado con el veredicto. Habían abrigado la esperanza de escuchar una sentencia de muerte. Seguían convencidos de que solamente una jugarreta del abogado Pell había podido arrebatar el acusado de las manos del verdugo.

—Pete Rice, desaloje a los presentes de la sala del tribunal-ordenó el juez—, y si alguno se niega a ello, al calabozo con él. El acusado está en libertad.

Había terminado el original proceso. A pesar de la opinión de algunos de los que habían asistido a él, el acusado había sido declarado inocente, es decir, que Seth Fernald estaba en libertad.

Dos vaqueros de su finca se adelantaron, jubilosos, para estrechar su mano. Lo mismo hicieron Jumbo Llado, Zeb Carson y Sam Hollis, así como el propietario del Arizona Hotel. Sims Hart dio media vuelta y desapareció sin saludar ni felicitar a Fernald. Y Pete se asombró de ello.

CAPÍTULO XIII

EL LEÓN DE LA MONTAÑA

La casa de la finca de Seth Fernald estaba completamente a oscuras. Parecía estar tan deshabitada como el montón de escombros quemados, que se veía al oeste de ella y que pertenecía al almacén de forraje, destruido por el fuego. Parecía estar tan muerta como un gran árbol seco que se encontraba a corta distancia de ella y que se destacaba tenuemente, como una figura fantástica, sobre un fondo más claro, producido por la luz de la luna.

Desde alguna parte, a distancia, llegó el aullido de un coyote, extendiéndose trágicamente por el Valle de Grama. “Pistol” Pete Rice que, en compañía de Hicks “Miserias” pasaba en ese instante junto a la salida sur del Valle, frenó su caballo.

—Hay algo extraño en ese aullido de coyote, “Miserias” —dijo.

—Quizá se trata de un animal enfermo-aventuró el otro.

—No, Hicks. Creo más bien que ese coyote no es un coyote de verdad.

—¿Qué quieres decir, Pete?

—Que alguien ha imitado el aullido de ese animal y, a pesar de haberlo realizado en forma bastante perfecta, los que hemos tenido oportunidad de estar con frecuencia en lucha y en presencia de esas bestias, conocemos tan bien el aullido de los mismos, que distinguimos en seguida los de cuatro de los de dos patas. Eso sí, la experiencia me ha enseñado también, que los de dos patas son más peligrosos que los de cuatro y el que acaba de aullar es de dos patas.

—¿No habrán terminado aún los misterios en la finca de Fernald? —inquirió Hicks—. Me llama la atención que el hombre no haya regresado todavía a su casa.

—En realidad eso no tiene nada de extraordinario. Seguramente

Fernald ha querido tomarse un breve descanso, permaneciendo durante una semana al lado de su hermana en el Arizona Hotel. Por lo demás no sería lógico que la trajese aquí inmediatamente, tal como están las cosas.

Pete acercábase lentamente a la casa de Fernald. Tenía los nervios tensos esperando, a cada instante, escuchar un nuevo aullido de coyote.

Se detuvo junto al árbol muerto, existente al sur de la casa.

—Esperemos aquí-dijo a Hicks.

Pero en otra parte del Valle de Grama-Valle de los Hombres Muertos como le llamara Fernald-también había un hombre, que esperaba y escuchaba... Había detenido su caballo en el borde de un pequeño bosque. La luz de la luna proyectaba sobre el suelo la sombra de los pinos.

No le cabía ninguna duda al que esperaba que aquél era el lugar de la cita convenido. También estaba seguro de la hora. El aullido de un coyote era la señal convenida. Pero el hombre que esperaba no repitió el aullido. Era un individuo muy cauteloso. La luz de la luna permitía reconocer que su rostro estaba cubierto por una máscara, que debajo del sombrero llevaba un pañuelo, rodeando su cabeza y que una larga capa negra ocultaba su cuerpo.

El enmascarado sacó de debajo de la capa un reloj de bolsillo y miró qué hora era. Las agujas señalaban las dos menos pocos minutos. En ese instante llegó a sus oídos el ruido apenas perceptible de un caballo sin herrar, acercándose al paso por el suelo cubierto de hojas.

Un segundo más tarde, otro jinete se destacó en la obscuridad que le rodeaba. El enmascarado le dirigió la palabra:

—¿El “León”? —preguntó.

—Sí, señor; el “León” —contestó el otro.

La voz de ambos era apenas perceptible. La conversación se realizó en idioma español.

—¿Ha recibido usted mi mensaje? —inquirió el enmascarado.

—Naturalmente. De lo contrario no estaría aquí. Usted ha prometido una fuerte recompensa al “León”. Por eso, el “León” ha llegado a la cita. Ahora, permítame que le recuerde que, si hay en todo esto la menor traición, tendrá usted oportunidad de comprobar que el “León” tiene garras. Mis valientes cachorros están a corta

distancia de aquí. A una señal mía, vendrán inmediatamente. Si usted trata de jugarme una mala pasada, le advierto que más le hubiera valido no haber nacido.

—No hay ninguna traición en todo esto, señor. Juego con las cartas sobre la mesa. Le convenceré de ellos en seguida. Pero antes será conveniente que nos aseguremos de que no hay nadie por aquí. Como usted sabe, éste es el territorio del sheriff Pete Rice.

El enmascarado llevó su caballo hasta un poco más lejos y recorrió con la mirada el camino que conducía a la Quebrada del Buitre.

Mientras tanto, el “León” esperaba. El que llevaba este apodo era un temible jefe de bandidos, que causaba grandes estragos en el Norte de Méjico. Se trataba de un individuo corpulento y de fuertes músculos, que llevaba una blusa de seda y un pantalón de montar del mejor tejido de lana. Su sombrero llevaba numerosos adornos de plata. Sus botas, provistas de espuelas, eran de inmejorable confección.

Sus ojos tenían la mirada cruel del león de las montañas mejicanas, a que se referiría su apodo. Su verdadero nombre era Miguel Carreras. Sus padres habían sido criados. Pero el “León” había sabido acumular riquezas y poder, considerándose prácticamente el único amo de las montañas del Norte de Méjico. Era bandido, ladrón y asesino. Pero, sobre todas las cosas, era un hombre que, siempre, se apoderaba de lo que quería.

Su tono fue autoritario, cuando el enmascarado volvió a su lado:

—No es conveniente hacer esperar al “León” —dijo—. Además, es preciso que usted me entregue dinero esta noche. El “León” no se molesta sin provecho inmediato.

—Le explicaré mi mensaje, señor.

—Hágalo.

—Conozco su coraje. Es proverbial en la región. Necesito sus servicios. Las razones me las reservo. Le pagaré bien. ¿Está conforme?

La mano del enmascarado se movió debajo de la capa. Inmediatamente, la mano izquierda del “León” le sujetó por el cuello, mientras que en su derecha brillaba un puñal.

—No voy a sacar ningún arma—manifestó el enmascarado, casi asfixiado—. Solamente quería sacar dinero.

El “León” retiró el puñal.

—Muéstrela-ordenó.

El enmascarado sacó de debajo de su capa una pequeña bolsa de gamuza, en cuyo interior resonaban monedas de oro:

—En esta bolsa hay trescientos dólares en oro. Tómela. Es suya.

—No es suficiente.

—Es solamente un regalo... un pequeño anticipo en comparación con lo que estoy dispuesto a darle.

El “León” aceptó la bolsa y la guardó en el bolsillo.

—Explíqueme lo que necesita, señor.

El enmascarado habló así:

—Usted cuenta con muchos hombres valientes, señor. Hay una finca justamente al sur de este lugar, en el Valle de Grama. Es mi deseo que sea totalmente destruida. Que no quede ni una sola de sus construcciones. Para ello, necesito el valor personal y la discreción de ustedes.

El mejicano sonrió. En sus crueles ojos brilló una luz homicida:

—Es un trabajo que puede efectuarse... siempre que lo pague bien-dijo y agregó con la mayor naturalidad —. Los que se encuentren en la casa deberán ser muertos, para que no hablen del “León” y de sus cachorros...— Soltó una carcajada —. Matar a algunas personas es una cuestión sin ninguna importancia en muchas partes, pero como bandidos usted con razón, hace apenas un momento, estos son los dominios de Pete Rice, hombre que, hasta ahora, ha tenido la suerte de atrapar a muchos hombre que habían hecho algunas cosas Ello significa que su oferta deberá ser tentadora, para poder ser tomada en cuenta. Deberá usted decirme a cuánto se eleva la paga, para que yo decida si el asunto me conviene o no.

Su voz asemejábase al débil ruido que produce una serpiente al avanzar por entre el césped, en dirección a su presa. El otro contestó con igual cautela:

—Señor, estoy dispuesto a pagarle mil dólares oro americano más, por su trabajo de una noche.

—¿No miente? —preguntó el “León”—. ¿Me entrega usted el dinero ahora?

—Usted me da su palabra de que hará el trabajo y yo le doy la mía de que le entregaré el dinero. Después de todo, hay también

honor entre...

El enmascarado se detuvo un instante y, después terminó la frase:

—... caballeros.

—Necesito algo más que su palabra. O bien es preciso que se quite usted la máscara, para que yo sepa quién es. Así, si no paga después con oro, pagará con su vida.

—No me haga quitar la máscara—rogó el otro con evidente nerviosidad—. Soy un hombre precavido. Además, me conocen mucho por aquí. Mire...

En su mano exhibió un billete de mil dólares:

—Aquí tengo la mitad de un billete de mil dólares—dijo—. Se lo entrego. Así como este, no tiene valor para usted, ni el otro pedazo lo tiene para mí. Pero si lleva usted a cabo satisfactoriamente el trabajo que le he encomendado, le entregaré inmediatamente la otra mitad. ¿Está usted de acuerdo?

El bandido tomó el billete.

—Está bien—dijo—. Espero sus instrucciones.

—Bien. El fuego es demasiado lento. Ya he tratado de emplearlo; pero mi gente ha tenido que librar una verdadera batalla. Eran individuos demasiado tontos.

El enmascarado señaló hacia el pie de un árbol, existente a corta distancia:

—En ese pequeño cajón—dijo—, hay cartuchos de dinamita. Tendrá usted que hacer volar todas las edificaciones de la hacienda. Será un trabajo muy breve. Después se reunirá usted inmediatamente conmigo, en este lugar. Yo le entrego su paga y usted regresa a Méjico, aprovechando la noche para cruzar la frontera.

—¿Cuántos habrá en la casa?

—Nadie. Puedo asegurarlo.

El bandido se encogió de hombros.

—No tendría ninguna importancia—dijo—, pero, en cambio, aumentaría el riesgo de la empresa y, consecuentemente, el precio del trabajo.

—La casa estará vacía. ¿Cuánto puede usted llevar a cabo el trabajo?

—Esta noche. En seguida.

—Prefiero que sea mañana por la noche. Me gustaría estar en mi cama en la Quebrada del Buitre, cuando se produzca el asunto.

—Como usted quiera. Queda convenido entre dos caballeros.

El jefe de los bandidos se llevó la mano a los labios. El escalofriante rugido de un león de la montaña resonó en el silencio de la noche. Tres jinetes salieron de entre las sombras.

—Vamos a reunirnos con el grueso de las fuerzas, cachorros—ordenó el “León”.

Después de inclinarse reverentemente delante del enmascarado, el mejicano montó a caballo y se alejó al frente de su pequeña escolta personal. El hombre que se hallaba cubierto por la capa negra siguió durante un segundo a los jinetes, con la mirada paseándola en seguida sobre el valle que se extendía ante él. De pronto resonaron cascos de caballos en el fondo del valle. El enmascarado montó a caballo y partió a galope.

Al llegar a la orilla del río, se quitó la máscara y la capa, envolvió con esta última una pesada piedra y la tiró al agua. En seguida, se dirigió hacia la carretera que conducía a la ciudad. A su espaldas escuchábase el ruido de los disparos de varios revólveres 45.

Eran las armas de Pete Rice y de su comisario Hicks “Miserias” las que habían entrado en acción. Los dos compañeros habían lanzado al galope sus caballos al escuchar el rugido del león, que Pete Rice comprendió inmediatamente que había sido lanzado por un hombre.

Los defensores de la Ley habíanse encontrado, a los pocos instantes, frente a cuatro jinetes, a quienes pidieron que se detuviesen y diesen a conocer. Pero aquellos hombres, en lugar de acatar la orden del sheriff, partieron al galope. “Miserias”, entonces, había disparado tres tiros detrás de ellos.

En seguida se inició la persecución. Pete Rice y “Miserias” no tenían la menor idea de quiénes pudiesen ser dichos jinetes. Pero estaban resueltos a averiguarlo.

El hecho de que se trataba de individuos al margen de la Ley quedó claramente demostrado cuando uno de ellos, volviéndose en la silla, descargó su revólver contra el sheriff y su comisario, pasando las bolsas por encima de la cabeza de estos.

Pete Rice y “Miserias” espolearon sus caballos, obteniendo de los

nobles animales el máximo de velocidad. Comprendieron que, en el caso de producirse un tiroteo, tendrían que luchar contra un enemigo numéricamente superior, en la proporción de dos contra uno, pero esta circunstancia no les amedrentó. El sheriff se propuso herir a alguno de los individuos o bien enlazarlo, para saber por él cuáles eran las intenciones que habían perseguido con aquella excursión nocturna, pero muy poco después se produjo un hecho que obligó a Pete Rice a modificar fundamentalmente sus planos.

En efecto, uno de los jinetes lanzó, de pronto, un grito estridente, imitando el rugido de un león de la montaña, siendo contestada en seguida la señal desde un punto próximo. Dos segundos más tarde, se escuchó claramente el ruido producido por el galope de numerosos caballos, que se aproximaban.

Pete Rice comprendió en seguida, el significado de toda la escena. Sin pérdida de tiempo frenó su caballo, mientras ordenaba a Hicks:

—Tenemos que escapar, Hicks. De lo contrario estamos perdidos.

Los dos defensores de la Ley dieron media vuelta a sus caballos y partieron al galope, mientras que los perseguidos de un momento antes se convertían de pronto en perseguidores. Gracias a la extraordinaria velocidad de “Sonny” y del caballo de “Miserias”, la distancia fue haciéndose cada vez mayor entre ellos y sus perseguidores, los que, de tanto en tanto, disparaban contra ellos con sus fusiles, hasta que, finalmente, suspendieron la persecución.

Pete detuvo su caballo cerca del árbol muerto, existente en las cercanías de la casa de Fernald. Entonces Hicks “Miserias” le interrogó:

—¿Por qué has resuelto dar vuelta y escapar, jefe? —preguntó.

—Hay ocasiones en que conviene presentar batalla y otras en que se preciso escapar—respondió Pete Rice—. Los cuatro individuos a quines perseguíamos recibieron un refuerzo de docena más por lo menos. Como tú comprenderás, no hubiera sido de buen estratega aceptar una batalla de los dos contra dieciséis o más.

El sheriff mascaba activamente una bola de goma:

—¿Has oído esa señal, imitando el rugido de un león, Hicks?

—Sí, ¿Qué significará?

—Estaba pensando en ellos y creo que haber logrado la

explicación. El año pasado tuvimos conocimiento de la existencia de un jefe de bandidos mejicano, a quien llamaban el “León” y que cometió algunos desmanes en el distrito de Gila. Ese individuo utilizaba esa señal. Lo que me extraña es que haya venido al distrito de Trinchera, teniendo en cuenta que hasta ahora, siempre se mostró muy interesado en no aproximarse siquiera a este distrito.

—¿Crees que ello pueda tener alguna relación con el asunto que estamos investigando?

—Así lo creo. No me extrañaría que se estuviese planeando otro ataque contra la finca de Fernald. Naturalmente, no es probable que lleven a cabo su golpe esta noche, porque pronto amanecerá; pero quizá lo intenten mañana por la noche. En todo caso, estaremos preparados...

CAPÍTULO XIV

PREPARADOS PARA LA LUCHA

A las tres de la tarde del día siguiente, Pete Rice había reunido un número de hombres suficientemente elevado, como para poder tomar a su cargo la defensa de la finca de Fernald, contra un ataque, llevado a cabo por los bandidos.

Cuanto más reflexionaba acerca del asunto, tanto más seguro estaba de que dicho ataque se produciría y que no tardaría mucho tiempo. Si el “León” tenía el propósito de llevar a cabo una acción de ese carácter, no perdería el tiempo; por el contrario, se apresuraría todo lo posible, escapando, después, para cruzar cuanto antes al frontera. Hasta ese momento, todas sus fechorías en territorio norteamericano habían sido llevadas a cabo en esa forma.

¿Y por qué no habría presentado batalla el bandido la noche anterior?

Pete Rice sabía perfectamente que no sería por falta de coraje, porque demasiado sabía que el bandido mejicano era un individuo de gran valor personal; pero también sabía que era un hombre eminentemente práctico, que no arriesgaría ver reducidas sus fuerzas la víspera de tener que descargar un fuerte golpe, por el que habría de recibir una buena recompensa.

El sheriff hubiera podido organizar una fuerza de treinta o cuarenta hombres, pero prefirió reducir ese número, dando participación solamente a los que de mayor confianza, a fin de asegurar el secreto de su acción. Era evidente que, si trascendía la noticia de que el sheriff había organizado la defensa de la finca de Fernald, el ataque planeado contra ésta sería postergado.

Pete visitó, pues, en secreto a todos los hombres que había elegido. Eran éstos: Sam Hollis, Hopi Joe, Curly Fenton y Jumbo Llado, que, puesto en libertad, observaba ahora una conducta

ejemplar. Uniendo a esos cuatro hombres sus dos comisarios, serían —con él— siete.

Ciertamente era probable que el número de los atacantes fuese mayor; pero el sheriff planeó llegar antes que sus enemigos a la finca y allí ofrecer una inesperada resistencia contra los bandidos, valiéndose del factor de la sorpresa para equilibrar, más o menos, las fuerzas.

Pete Rice decidió no decir de todo ello ni siquiera una sola palabra al propio Seth Fernald, que permanecía en cama, en el Arizona Hotel. Fernald, que había demostrado tener nervios de acero durante su arresto y enjuiciamiento, hallábase ahora totalmente deprimido, a pesar de haber obtenido la libertad como consecuencia del fallo absolutorio.

De acuerdo con las instrucciones de Pete Rice, cada uno de los hombres que habrían de ayudarle, debía salir del pueblo por separado, debiendo reunirse, al oscurecer, en un pequeño bosque, existente a corta distancia, al sur de la finca de Fernald. Cuando la oscuridad fuese completa, se dirigirían, juntos, a dicha finca.

Para dirigirse al lugar de la cita, Pete Rice describió un amplio rodeo, que le llevó hacia el Oeste del sitio indicado, desde donde enfiló en la dirección del bosque mencionado. “Sonny” galopaba hacia ese punto, cuando, de pronto, el sheriff observó que se aproximaba a él otro jinete, en el que reconoció inmediatamente a Sims Hart.

Como éste parecía no tener nada que hacer en aquellas horas, Pete Rice decidió invitarle a participar en probable encuentro contra los bandidos.

—¿Estará Fernald allí? —preguntó Hart.

—No-contestó el sheriff —. Fernald está en cama, enfermo, en el Arizona Hotel.

Hart no hizo ningún comentario. El sheriff prosiguió:

—¿Me permite usted una pregunta de carácter particular, Hart?

—Sí. ¿De qué se trata?

—¿Qué ha pasado entre usted y Fernald?

A pesar de la escasa luz, Pete Rice pudo observar que Sims Hart desviaba el rostro, y, cuando volvió a mirar al sheriff, le dijo:

—Discúlpeme, Pete, pero se trata de una cuestión privada, que además no creo pueda interesar a nadie más...

El sheriff guardó silencio y no volvió a hablar más del tema. En cuanto a Hart, le acompañó hasta el lugar de la cita.

La oscuridad era ya casi completa y Pete Rice comprendió que se aproximara la hora del peligro. Si el “León” decidía atacar la casa en aquella noche, tanto podría llevar a cabo su propósito después de la medianoche, como en las primeras horas de la misma.

—¿Están todos listos, muchachos? —preguntó Pete Rice.

—Sí, sheriff-contestaron los interpelados al unísono.

—Vamos, entonces.

Los nueve jinetes partieron al galope en dirección a la casa de la finca de Fernald. Recordando que sus enemigos les habían atacado la noche anterior con rifles, Pete Rice dispuso que, de su grupo, también hubiese tres hombres armados con carabinas.

El sheriff tenía la intención de apresar, si era posible, al mismo “León” —jefe de los bandidos— porque la experiencia del año anterior en el distrito de Gila había demostrado que los hombres de aquella banda, que caían prisioneros, no hablaban ni una palabra, sabiendo que cualquier delación era castigada con la muerte por el famoso bandido.

El “León” manejaba a sus “cachorros” con mano de hierro. Les pagaba y alimentaba bien, los seleccionaba teniendo en cuenta su coraje y todos sus golpes eran descargados con rapidez y seguridad.

El sheriff y sus compañeros llegaron a la casa y se apearon, llevando los caballos hacia un lugar, distante unos cien metros al Este de la vivienda, pasando por un sendero que bordeaba el árbol muerto.

Pete Rice dispuso, en seguida, que sus hombres se escondiesen en el interior de la casa, que aún mostraba las señales del ataque anterior.

—No enciendan ninguna luz, muchachos-ordenó —. No fumen siquiera...

Hopi Joe se dirigió hacia la pared del salón, que daba al Norte, y aplicó, sucesivamente, el oído a ella y al suelo. Cuando se levantó, dijo con la mayor calma:

—No hemos llegado demasiado pronto. Escucho el galopar de caballos que se aproximan por el valle.

Pete Rice asintió con un movimiento de cabeza. De acuerdo con sus cálculos, el “León” había preferido atacar a una hora

inesperada, es decir, justamente después de oscurecer.

—Prepárense, muchachos —dispuso Pete Rice—. Es posible que quieran penetrar en la casa, como primera medida. Si así lo hiciesen, duro con ello... Es mejor tener prisioneros que cadáveres, pero, si no hay otro recurso, ya saben que representan a la Ley...

La defensa se organizó en pocos segundos. Pete Rice se arrodilló debajo del marco de una de las ventanas que daban a la galería y que estaba provista de persianas. Teeny Butler hizo lo mismo en otra.

Sam Hollis y Curly Fenton, ambos armados con carabinas, se situaron detrás de la puerta lateral, que daba al Norte. Hopi Joe, Sims Hart y Hicks “Miserias” se situaron detrás de la puerta posterior, que daba al Este.

No se dispuso ninguna vigilancia en la parte sur de la casa, teniendo en cuenta que los bandidos venían desde el Norte. Un momento más tarde, los bandidos llegaron al patio de la casa.

—Mejor será que despachemos esos dos primero-reconoció una voz.

—Sí.

Pasó una fracción de segundo y, en seguida, se escuchó una terrible explosión. Pete Rice, mirando a través de la ventana, que daba al frente, vio que dos construcciones auxiliares volaban por el aire.

—Diablos... ¡dinamita! —exclamó Sims Hart.

—Silencio, Hart, podrían oírle-ordenó Pete con calma, en voz apenas perceptible. En seguida prosiguió: —Muchachos, vengan todos a este lado. Se acercan a la casa. No podemos andar con contemplaciones, si tienen el propósito de emplear dinamita. Tendremos que tirar a matar...

Hicks “Miserias” había estado esperando, ansiosamente, esa orden. Dos bandidos se acercaban en este instante a la casa. La pistola de “Miserias” funcionó dos veces, en rápida sucesión. La respuesta fue un grito de dolor, seguido por una orden en castellano:

—¡Hay alguien en la casa, muchachos! ¡Al ataque!

Se escuchó el ruido de las pisadas de los hombres que se acercaban por el camino que conducía a la vivienda. Detrás de ellos, observábase la silueta de un jinete.

El sheriff apuntó cuidadosamente e hizo fuego en el preciso instante en que el jinete lanzaba algo en dirección a la casa. El efecto fue instantáneo. El jinete cayó de la silla.

Se produjo otra formidable explosión. Un rincón de la galería y uno de los pilares desaparecieron. Una lluvia de vidrios cayó sobre la cabeza de Pete. Por efectos del golpe, cayó al suelo. Los oídos le zumbaban.

La cápsula de dinamita había sido lanzada contra la casa; pero había caído delante de ella, destrozando sólo la galería. Desde el interior de la casa, los disparos se sucedían en rápidas salvas. Los defensores comprendieron que solamente así podrían lograr rechazar a los dinamiteros.

Por un momento, los bandidos vacilaron en su ataque. Dos de ellos se desplomaron al suelo. Los demás retrocedieron. Pete Rice oyó una voz que decía en castellano:

—Vengan, cachorros. Hay cien pesos para el que consiga lanzar una cápsula al interior de la casa, por la ventana.

El sheriff comprendió que había estado en lo cierto y que aquellos bandidos formaban parte de la banda del “León”, el más famosos bandolero del Sudoeste. Más de una docena de ellos estaban aún en condiciones de proseguir la lucha y Pete Rice sabía bien que, aunque bandido, el “León” no podía ser calificado de cobarde.

Pete se mordió los labios. Sus ojos parecían despedir llamas.

—Sam-gritó —, dame ese rifle.

Hollis le alcanzó la carabina y el sheriff se la echó a la cara y empezó con ella un fuego mortífero. Un sujeto que se acercaba a la casa, corriendo, con el evidente propósito de ganarse los cien pesos, cayó pesadamente al suelo, con el corazón perforado por una bala.

Como si ello hubiese sido una señal esperada, abrióse entonces un violento fuego de fusilería por parte de los bandidos que, al no poder aproximarse a distancia suficiente para poder tirar las cápsulas de dinamita al interior de la casa, atacaban a ésta con un violento fuego, aprovechando la protección que les ofrecían las ruinas de los almacenes incendiados en el último asalto.

Una bala hizo saltar una astilla de una ventana, yendo a herir levemente a Sims Hart en la frente. Éste lanzó un grito de dolor, pero tranquilizó a sus compañeros.

—No es nada-exclamó—. Sólo un rasguño... No se preocupen...

La violencia del fuego, dirigido a ciegas contra la casa, hizo que Pete Rice sospechase alguna otra intención, trasladándose hacia otra ventana, para observar el exterior por ese lado. Y había estado acertado, por que aquel momento un individuo pretendía llegar, sigilosamente, hasta el lado sur de la casa, que no estaba protegido. El misterioso sujeto echó la mano hacia atrás, preparándose para lanzar el cilindro de dinamita, pero antes de que lograra su propósito, se escuchó una detonación y el individuo se desplomó al suelo. Pete Rice miró para ver cuál de sus compañeros había sido el autor de aquel tiro maestro, viendo que se trataba de “Miserias”, quien se hallaba a sus espaldas.

En seguida, otro individuo fue aproximándose al mismo costado de la casa, pero buscando la protección de los árboles. Pete hizo fuego contra él, pero no pudo alcanzarle, porque el sujeto se encontraba bien cubierto.

Un segundo más tarde, el sheriff observó que un proyectil luminoso cruzaba el aire. Era un cilindro de dinamita, provisto de una mecha encendida. Cayó a corta distancia de la casa y ésta fue sacudida por una formidable explosión.

CAPÍTULO XV

EL SECRETO DEL ARBOL MUERTO

La cápsula de dinamita, había estallado, aproximadamente, a una distancia de cinco metros de la casa. Las persianas que daban hacia ese lado fueron sacadas de sus goznes cayendo dentro del salón.

En el interior, los hombres que no estaban ya tendidos en el suelo, cayeron por efectos de la explosión. Pete Rice sintió que los oídos le zumbaban y que sus arterias latían violentamente.

También los bandidos que se acercaban a la casa habían llegado más próximos a ella. Formaban en aquellos momentos un semicírculo amenazador. Los fogonazos de sus disparos rompían la oscuridad de la noche. Los proyectiles silbaban formando una trágica melodía de muerte. Pete Rice sintió las balas a corta distancia de su cabeza.

Pero a pesar de lo delicado de la situación, comprendió que era el costado Sur de la casa el que requería mayor atención. Era desde ese lado de donde era de temer el ataque con dinamita. Observando por una de las ventanas, el sheriff vio que la bomba anterior había hecho un gran agujero en el suelo en las proximidades de la casa, y comprendió que era preciso que llegase hasta allí, si quería ofrecer mayor protección a la misma. El árbol más cercano se encontraba a alguna distancia. Desde allí, ningún bandido sería capaz de tirar un cartucho de dinamita hasta la casa y, si se acercaba más. Pete Rice podía ponerle fuera de combate, si lograba alcanzar aquel seguro en el suelo.

El sheriff guardó sus dos pistolas 45 en la pistolera. En seguida, saltó por la ventana al exterior y corrió hacia el agujero en cuestión.

Hicks "Miserias" y Teeny Butler cubrían el avance de su jefe con su barrera de fuego tan densa, que nadie hubiese podido acercarse

al sheriff.

De pronto, se escuchó un grito de dolor, perfectamente perceptible en medio del ruido que producían las detonaciones. Cuando cesaron los gritos, la lucha prosiguió. Un bandido asomó la cabeza detrás de un arbusto, pero un tiro certero de Pete Rice eliminó al enemigo.

Y, de repente, se escuchó una voz que decía en castellano:

—Redoblemos el fuego, cachorros, y, luego, al asalto. Manuel... José... ustedes llevarán los cartuchos de dinamita... Prepárense a lanzar al ataque, tan pronto como yo dé la orden. Es preciso terminar esta batalla de una vez.

Pete pudo observar claramente que la línea de tiradores se acercaba cada vez más. Prestó especial atención a la voz que impartía las órdenes. El dueño de esa voz debía ser el temible “León”. No estaba visible, pero el sheriff pudo establecer su posición con bastante exactitud, guiándose por la dirección desde la cual venía la voz.

El sheriff levantó una de sus pistolas, apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo. Escuchóse un fuerte grito de dolor en la oscuridad. Casi en el mismo momento, se produjo un verdadero caos, revelado por una serie de exclamaciones:

—Jefe...

—“León”...

—El “León” ha muerto...

Pete vaciló un instante. Era preciso tomar una decisión. Pensó que sería conveniente lanzar, a su vez, al asalto, aprovechando la confusión producida por la muerte del jefe de los bandidos. Pero, al mismo tiempo, recordó que, por lo menos, esperaba más tiempo, podrían reponerse de dinamita y que ello representaba un gran peligro para sus hombres...

Al mismo tiempo, era indudable que la ocasión era propicia teniendo en cuenta que los bandidos estaban evidentemente desmoralizados por la muerte de su jefe. Si esperaba más tiempo podrían reponerse de la primera impresión y reorganizarse para el ataque.

Pete salió de su agujero.

—Al asalto, muchachos-gritó.

Varios gritos de triunfo le contestaron desde el interior de la

casa. El más fuerte de todos fue el de Hicks “Misericordias”. El diminuto comisario-peluquero saltó por la ventana, encontrándose al lado de su jefe en pocos segundos. Le seguía Teeny Butler, quien demostraba una velocidad que no se hubiese supuesto en un hombre de su físico y peso.

Pete se lanzó hacia el lugar desde el cual habían partido los gritos. Una bala le pasó rozando la cabeza. Pero un momento más tarde derribó a uno de los bandidos con la culata de su pistola del 45. Teeny Butler puso a otro fuera de combate mediante un formidable puñetazo.

Los demás bandidos emprendieron precipitada fuga. Las boleadoras de “Misericordias” entraron en acción. Uno de los que escapaban fue alcanzado por ellas y pareció zambullirse contra el suelo.

Los otros compañeros del sheriff también entraron en acción. Las balas entonaron nuevamente una melodía de muerte y destrucción. Jumbo Llado fue alcanzado por el disparo de un bandido; pero un certero tiro de Curly Fenton mató al individuo que acababa de hacer blanco en el mejicano.

Después, todos los bandidos emprendieron una desordenada fuga, pensando solamente en ponerse a salvo.

Pete y sus hombres les persiguieron. De pronto, uno de los bandidos se dio vuelta y levantó la mano, lanzando un objeto. Este venía directamente hacia Pete Rice. El sheriff comprendió que se trataba de un cartucho de dinamita y se tiró al suelo. La bomba pasó por encima de él, yendo a caer cerca del árbol muerto, donde explotó con gran violencia.

Los bandidos corrieron hacia el lugar en que se encontraban sus caballos y cuatro de ellos lograron montar y emprender la fuga.

—Tenny, Hicks, vengan conmigo. Los demás persigan a los que van a pie y eviten un nuevo ataque por sorpresa a la casa. Nosotros daremos caza a los que se escaparon a caballo.

El sheriff y sus dos comisarios se lanzaron en pos de los prófugos.

Pete Rice, espoleando a “Sonny”, le hizo galopar a increíble velocidad y, en lugar de seguir detrás de los bandidos, describió un círculo y consiguió colocarse delante de ellos. Entonces abrió el fuego con sus pistolas. Los bandidos, creyendo que sus enemigos

habían recibido refuerzos, dieron media vuelta y regresaron sobre sus pasos, pero fue solamente para caer en poder de Hicks “Miserias” y Teeny Butler.

Tres de ellos levantaron los brazos. El cuarto quiso intentar fugarse; pero el lazo de Pete Rice le sacó de la silla. La batalla había terminado.

Todos los bandidos fueron sólidamente atados y llevados a la finca de Fernald.

Pete Rice y sus comisarios estaban silenciosos y el primero de ellos iba pensando hasta cuándo proseguiría esa ola de crímenes en el Valle de Grama. ¿Hablarían los bandidos presos sabiendo que su jefe estaba muerto y que en consecuencia no podría ya amenazarlos de muerte en caso de delación? ¿Sabrían acaso el motivo del asalto?

Cuando Pete Rice y sus comisarios llevaron con los prisioneros a la casa de Fernald, sus compañeros les notificaron que habían apresado también a todos los demás bandidos, que aún estaban con vida y les invitaron a que se acercasen al lugar en que estaba el árbol muerto. Destruído por la explosión. Junto a él, se veía el cadáver de un hombre, tirado en el suelo, bastante destrozado.

Curly Fenton explicó:

—Cuando cayó el árbol, por efecto de la explosión, este cadáver cayó de su interior.

Pete Rice se aproximó para observar el rostro del muerto. Era Jocko Montana.

CAPÍTULO XVI

LOS ROBOS DE GANADO

El rostro de Pete Rice estaba grave. La luz de su linterna revelaba un extraño fulgor en sus ojos grises. Había desentrañado un misterio, pero en forma tal que la solución justificaba aún más el tráfico nombre con que Fernald había bautizado al Valle de Grama; el Valle de los Hombres Muertos.

En la mente de Pete Rice los acontecimientos se presentaban ahora perfectamente claros. Cualquiera que hubiese sido el asesino de Lee Scott, evidentemente había tenido el propósito de que el cadáver de éste fuese encontrado. Así se explica que Hopi Joe lo hubiese hallado.

En cambio, en el caso de Jocko Montana, el asunto se presentaba totalmente distinto. El asesino de Jocko Montana, indudablemente, había tenido el firme propósito de que su cadáver no fuese encontrado, al parecer, con la intención de afianzar la creencia de que el hombre había abandonado la región.

El asesino de Jocko Montana no se había atrevido a cavar una fosa para Montana en el Valle de Grama, sabiendo que Pete Rice y Hopi Joe la encontrarían, cosa perfectamente posible, teniendo en cuenta en cuanta que se trataba de los dos mejores conocedores de la ciencia de seguir las huellas de todo el distrito de Trinchera. Y, en efecto, si no hubiese sido por aquel cartucho de dinamita que estalló junto al árbol hueco, dicho cadáver no habría sido encontrado jamás.

Una suave brisa se habría levantado, sin que por ellos recrudeciese el frío de la noche. A pesar de eso, cuando Pete Rice observó a Sims Hart, vio que éste temblaba nerviosamente.

—Parece que las cosas se complican nuevamente para Fernald, ¿verdad? —inquirió Sims Hart.

—¿Por qué? —preguntó Pete Rice.

—Por el hecho de haberse encontrado otro cadáver en su finca.

—Fernald puede no haber tenido ninguna participación en eso.

—Es posible—contestó Hart, con un tono de voz que revelaba, disimuladamente, su opinión de que, en realidad, Fernald no fuese inocente.

—Por mi parte—siguió diciendo Pete Rice —, creo que Fernald y Jocko Montana eran muy buenos amigos. Por el contrario, creo que Montana puede haber sido muerto por aquellos asaltantes y quizá por Tom Addickes, en momentos en que regresaba a la finca, después de cumplir en la Quebrada del Buitre un encargo que Fernald le había encomendado.

—Lo indudable es que usted estaba en lo cierto, sheriff, cuando suponía que Montana hubiese sido muerto y enterrado—opinó Curly Fenton.

—Ciertamente. Tom Addickes necesitaba poder echar a alguien la culpa del asalto, y por eso mencionó a Jocko Montana, sabiendo, o pensando por lo menos, que no habríamos de encontrarle.

Pero Sims Hart insistió:

—Sin embargo, ese cadáver solamente puede haber sido colocado en el interior del árbol por una persona que conocía bien esta propiedad, ya que, para cualquiera otro, hubiese sido imposible descubrir que era hueco.

Pete observó a Hart y, por primera vez, vio que las facciones de éste, habitualmente bondadosas, revelaban una expresión de odio.

Una vez más llegó a la Quebrada del Buitre una comitiva conduciendo muertos y prisioneros en un carro perteneciente a Seth Fernald. Los cadáveres de los bandidos y de Jocko Montana fueron llevados a la empresa de pompas fúnebres e la localidad. Los prisioneros fueron alojados en el calabozo. Estaban completamente desmoralizados desde la muerte de su jefe; y Pete Rice comprendió que no tendría mayores dificultades en obtener de ellos cuanta información necesitara, siempre que éstos conociesen los pormenores que él deseaba averiguar.

Uno de ellos que declaró ser el lugarteniente del “León”, declaró que cumplían un encargo que había sido encomendado al jefe por un “gringo” enmascarado, que hablaba castellano y que les había

prometido una recompensa de mil dólares si hacían volar la casa de Fernald. Agregó, empero, que el hombre no había querido quietar la máscara y que manifestó querer “estar durmiendo en la Quebrada” cuando se cometiese el hecho.

Mentalmente, Pete Rice evocó la figura de Seth Fernald. Este, en efecto, había estado durmiendo en el instante en que se llevaba a cabo el asalto contra su finca.

¿Pero qué interés podría tener ese hombre en destrozar su propia casa?

El sheriff, sin embargo, resolvió trasladarse al Arizona Hotel para hablar con Fernald.

Cuando cruzó el hall del establecimiento se encontró con Sally Fernald.

—Vengo a ver a su hermano, señorita-se anunció Pete Rice.

La joven le sonrió:

—Lamento tener que manifestarle que Seth no está. Tuvo conocimiento de lo que había ocurrido en la finca y del hecho de que solamente a usted y a sus hombres debemos que todo no hay sido destruido y partió inmediatamente hacia allá. Me dijo que, a su juicio, ya le ha molestado demasiado y que, en adelante, arreglará todas las cosas por su cuenta.

“Está verdaderamente belicoso. Había dado licencia por unos días a sus vaqueros para que quedasen aquí en la Quebrada, pero ha vuelto a llamarlos y se ha ido con ellos...”

Pete Rice observó fijamente a la joven, teniendo la absoluta certeza de que las declaraciones de Sally Fernald eran completamente sinceras.

Avergonzado un tanto, se despidió:

—Bien-dijo; —le veré en otro momento, entonces.

—Otra cosa, sheriff-agregó la muchacha: —quiero poner en su conocimiento que Seth ha quedado muy afectado por la muerte de Jocko Montana, que era un gran amigo suyo, y ha jurado matar al que lo haya asesinado.

Y cuando Pete Rice salió del hotel pensaba para sus adentros:

—Ya no me cabe la menor duda. Si Seth Fernald es un bandido, indudablemente hasta su propia hermana lo ignora.

Cuando Pete Rice penetró en al sala de autopsias de la empresa de

pompas fúnebres, el “Doctor” Buckley le salió al encuentro, quitándose los guantes de goma. El estado en que se encontraba el cadáver de Jocko Montana había hecho indispensable un lavado antiséptico.

El médico fiscal declaró que aquel hombre había recibido, entre otras, una bala en la espalda. Indudablemente, su atacante no le dio tiempo para defenderse.

Por un instante Pete Rice pensó dirigirse en seguida a la finca de Seth Fernald. Pero después reflexionó que con ellos no ganaría gran cosa, porque, aun admitiendo la posibilidad de que Seth Fernald hubiese asesinado a Jocko Montana, negaría rotundamente saber el menor detalle de la muerte de éste. Evidentemente, sería preciso interrogarle, pero ello no corría mucha prisa.

Dos veces fue el sheriff a su despacho, esperando que hubiesen llegado ya los diarios que había pedido, para examinar qué noticias eran las que “Doc” Brown había recortado de ellos.

Pero los periódicos no habían llegado. Pete Rice, entonces, acudió a la oficina del telégrafo para repetir el pedido, indicando la urgencia del mismo.

En una de las administraciones—la del “Chronicle”—contestaron a este nuevo despacho del sheriff, que los ejemplares solicitados habían sido despachados ya por el correo y que, seguramente, llegarían aquella tarde o noche a la Quebrada del Buitre.

Pete Rice decidió esperar la llegada del diario, antes de dirigirse a la finca de Fernald para interrogar a éste. El último tren postal pasaría por la Quebrada del Buitre pocos minutos después de las diez de la noche.

El sheriff bostezó. Tenía urgente necesidad de dormir. En consecuencia tomó la resolución de descansar algunas horas en su casa, cuando el empleado del telégrafo le llamó para decirle:

—Oiga, sheriff, ahora tengo aquí un telegrama que quizá le guste ver. No quiere decir esto que tenga la costumbre de lanzar a los cuatro vientos el contenido de los telegramas particulares que recibo; pero, en este caso, se trata de un despacho dirigido a Seth Fernald, que tengo entendido es persona sospechosa. Además, usted no es un hombre cualquiera, sino el sheriff del Distrito... Debido a ello me tomo la libertad de mostrarle ese telegrama.

—¿Qué dice el despacho?

—Léalo, sheriff.

El empleado entregó a Pete Rice en un papel amarillo. Este reconoció con interés el texto del despacho. Había sido enviado desde San Francisco por una persona que, al parecer, era un abogado, por cuanto informaba que hubiese partido ya antes con destino a la Quebrada del Buitre, pero que había estado muy ocupado en un caso ante la Justicia Federal. Pero, al mismo tiempo, comunicaba haberse puesto ya en camino y que confiaba en poder lograr la libertad de Fernald.

El sheriff arrugó el entrecejo. ¿Acaso esperaba Seth Fernald ser acusado de algún otro crimen, como, por ejemplo, el de Jocko Montana? ¿Tendría motivos para creer que estaba en un enredo tan gordo que ni siquiera el astuto abogado Sharon Pell, de Mesa Ridge, estaría en condiciones de sacarle de él?

¿Qué había inducido a Seth Fernald a llamar a un famoso abogado de San Francisco? ¿Y por qué habría contestado el abogado abiertamente por medio de un telegrama cuando, casi siempre, esos profesionales empleaban medios mucho más reservados?

Pete movió la cabeza. El misterio del Valle de Grama presentábase tan oscuro como antes. El sheriff decidió ir a su casa, dormir un poco y esperar la llegada del tren-correo, a las 22,18 horas, procedente del Oeste.

Eran aproximadamente las veintiuna horas de aquella noche cuando Pete Rice emprendió el regreso a su despacho. De pronto escuchó el ruido de un galope y, poco después, reconoció el ruano de Hicks “Miserias”, que se acercaba con el comisario montado en él. El peluquero se detuvo al llegar junto a Pete Rice.

—Más desorden, jefe-dijo.

—¿Acaso nuevos crímenes?

—Hasta ahora parece que no; pero ha llegado a la oficina uno de los vaqueros de Hart para poner en nuestro conocimiento que hay líos entre su amo y Fernald. Puede ser que hay tiros. Hart asegura que Fernald ha estado robando ganado de su finca.

Pete dio vuelta a “Sonny”.

—Entonces setá mejor que vayamos allá —dijo—. Hicks, busca a Teeny y seguidme. Yo me adelantaré.

El sheriff salió de la población envuelto en una nube de polvo. Al llegar a la primera encrucijada del camino tomó en dirección

Noroeste, cortando directamente hacia el Valle de Grama.

Cuando se encontraba a la distancia de una milla de la finca de Fernald, escuchó ruido de tiros. Ello hizo que espolease aún más a “Sonny”.

Los disparos procedían de la finca de Fernald y, guiándose por ellos, el sheriff comenzó a cruzar campos hasta llegar a una colina, desde la cual se observaba una fogata encendida en el fondo de una depresión, no muy distante. Sin pérdida de tiempo, el sheriff se dirigió hacia allí.

No lejos de la fogata, pero en forma de que ésta no los iluminase, se hallaban tendidos en el suelo Seth Fernald y tres de sus vaqueros. Dos de estos últimos estaban armados con rifles. Fernald y el otro vaquero tenían sus revólveres en las manos.

—¿Qué pasa aquí, Fernald? —preguntó el sheriff.

Este se puso en pie.

—Es Sims Hart, sheriff-dijo —. He estado recorriendo el valle y pude notar la falta de algunos animales. En consecuencia, efectué un recuento...

—¿Qué fueron esos tiros que acabo de oír? —preguntó Pete.

Fernald guardó silencio durante un instante. Después declaró:

—Es muy lógico que nos hayamos excitado. No nos faltan razones para ello. Uno de mis hombres efectuó un disparo contra Hart, pero no dio en el blanco. En seguida, hemos venido aquí, con el propósito de oponer una fuerte defensa en el caso de ser atacados, a nuestra vez. Eso es todo, sheriff.

Pete Rice distinguió las siluetas de algunos hombres que sobresalían detrás de una colina próxima, situada al Norte.

—¿Está usted ahí, Hart? —gritó—. Si está, venga. Es Pete Rice quien le habla.

Sims Hart se levantó del suelo, saliendo de detrás de la protección que buscara en el terreno ondulado. Varios hombres le acompañaron.

—¿Qué pasa aquí, Hart? —preguntó el sheriff.

—Lo que pasa-respondió Hart —, es que Seth Fernald es un ladrón. Eso es todo. Ha estado robando mi ganado.

Seth Fernald ya había guardado su 45, pero cuando escuchó la acusación de que era objeto llevó la mano a la pistolera. Pete Rice se puso delante de él y le sujetó el brazo.

—Cálmese, Fernald-ordenó, bruscamente —. Serénese y espere.

—Pues, a mi vez, declaro que Sims Hart es un embustero de los peores...

Ahora fue a Hart a quien tuvo que calmar el sheriff. En el caso de un duelo a revólver, no cabía la menor duda de que la victoria correspondería a Hart. En efecto, éste había sido criado en el Oeste y manejaba el revólver desde la infancia. Probablemente Seth Fernald saldría con la peor parte, siempre que, naturalmente, no tuviese mayor experiencia en el manejo del revólver de la que hasta entonces demostrara.

—Por lo pronto, ustedes dos se han de callar la boca inmediatamente-ordenó Pete Rice, con tono perentorio —, y, sobre todo, han de recordar que en el distrito de Trinchera nadie está autorizado para hacerse justicia por sus propias manos. Veamos ahora cuáles son los hechos reales.

El sheriff volviese a Sims Hart.

—¿Qué razones tiene usted para sospechar de Fernald? — preguntó.

—Venga conmigo y se lo enseñaré-fue la enérgica respuesta.

Este se dirigió hacia la parte Norte de su propiedad y Pete Rice insistió en que les acompañasen los vaqueros de la finca, por temor a que pudiesen recrudecer nuevamente las divergencias entre los criados de ambos establecimientos tan pronto como él se hubiese marchado.

—Ustedes vuelvan a su casa —ordenó Pete Rice a Fernald y sus hombres—. Pasaré por allí al regreso.

En seguida el sheriff acompañó a Sims Hart, quien le condujo a un lugar bien oculto entre unos peñascos, donde se veían los restos de un fuego.

—Aquí calentó las marcas-aseguró Hart.

—Esa no es ninguna prueba con que pueda acusarse a un hombre-declaró Pete Rice.

—No, pero vea eso.

Llevó al sheriff hacia un lugar donde se hallaba tendido un ternero en el suelo.

—Lo he matado a propósito para mostrarle la prueba-dijo.

Pete Rice examinó con cuidado la paleta del animal, donde se veía que, por encima de la marca de Hart, se había aplicado la de

Fernald, pero de forma que, en conjunto, resultase completamente ilegible.

—No creo que Fernald sea tan tonto como para hacer eso— declaró el sheriff—. Bien se daría cuenta que, en esa forma, no lograría engañar a nadie.

—¡Quién sabe si se daría cuenta de ello! —contestó Sims Hart—. Recuerde usted que es un novicio en todas estas cosas. ¿No es ésta tampoco una prueba? ¿No basta eso para que usted le meta en el calabozo?

—Ante todo, será preciso que se me den algunas explicaciones. En cuanto a usted, Sims, también quiero hacerle una recomendación. Hace muchos años que nos conocemos; pero si usted quiere hacerse justicia por su mano tendré que pedirle cuentas de sus actos. Se terminaron los tiroteos en el Valle de Grama. ¡Quiero que lo sepa!

—¿Y Fernald?

—La recomendación que acabo de hacerle vale también para Fernald, a quien se la formulé en idénticos términos. Y ahora despache a sus vaqueros y usted vuelva a la casa de Fernald para escuchar las explicaciones que tenga que dar.

Hicks “Miserias” y Teeny Butler estaban en la finca de Fernald cuando llegaron Pete Rice y Sims Hart.

—Jefe— anunció Butler, cuando el sheriff se acercó a él; —no me gusta dar malas noticias, pero debo comunicarte que hemos encontrado a otro hombre muerto.

—¿Dónde? ¿Quién es?

—No sé quien es, pero estaba tendido en el suelo, a media milla de aquí, en esta misma propiedad. Le encontramos en momentos en que cortábamos camino para venir aquí.

Pete observó los rostros de Fernald y de Sims Hart. En los ojos de este último veíase una expresión maliciosa. En cambio, el rostro de Fernald se puso intensamente pálido.

Se encendió una linterna y los comisarios llevaron al sheriff y a los dos propietarios hacia el lugar en que habían encontrado el cadáver. Era al pie de un peñasco de poca altura.

Pete dejó que la luz de la linterna cayese de lleno sobre el rostro del muerto. Tendría éste unos cincuenta años de edad. Vestía pobremente con ropas de vaquero. A su lado se encontraba una

botella de tequila, casi totalmente vacía.

—¿Ha visto usted alguna vez a este hombre, Fernald? — preguntó el sheriff.

—No, jamás.

—¿Le conoce usted, Sims?

—Es desconocido para mí. Parece un vaquero vagabundo...

—Yo opino que debía ser eso-declaró Pete Rice —. Probablemente su caballo se habrá marchado al quedarse dormido después de embriagarse...

—Cualquiera diría que la muerte se produjo en forma natural por exceso de alcohol... —aventuró Fernald.

Pete Rice acercó aún más la linterna.

—Es posible que el hombre no haya muerto todavía-dijo, al observar con más cuidado aquellas facciones, en las que se notaba una calma absoluta.

El sheriff acercó el oído al corazón del desconocido. No se escuchaba ningún latido. Colocó entonces su medalla de plata sobre la boca y no se empañó.

—No-declaró finalmente el sheriff; —no hay esperanza, es inútil. Este hombre está muerto. Lo que me llama la atención es que no hay muestras visibles de violencia, porque sospecho que tampoco en este caso la muerte se haya producido naturalmente. Para ello me baso en que la camisa muestra una perforación a la altura del pecho...

—Pero ese agujero no ha sido producido por una bala...

—Es verdad, no ha sido producido por una bala ni tampoco por un puñal. Al contrario, parece asemejarse a una quemadura. No descansaré hasta descubrir cómo se ha muerto ese hombre...

El sheriff se interrumpió al escuchar el ruido del galope de un caballo, y todos se volvieron para ver quién llegaba. Era Sally Fernald.

La joven se dirigió resueltamente a su hermano.

—Seth-anunció —, he recibido un telegrama de Paúl en que me dice que está en viaje hacia aquí...

—Pero, Sally, ¿No te he prohibido que salieses esta noche?

—Es cierto, hermano, pero la alegría era tan grande que cuando vi la luz de las linternas indicando la presencia de ustedes no pude contenerme y corrí para darte la nueva...

—Sheriff-dijo entonces Fernald; —me alegro de que venga ese hombre. Se trata de Paúl Whitcomb, de San Francisco, mi abogado...

—Y mi prometido... —completó Sally.

Su hermano continuó hablando al sheriff.

—Tan pronto como llegue Whitcomb le podré hacer algunas declaraciones que a usted le interesarán. En cuanto a este asunto, ¿habrá alguna acusación en contra de mi por haber muerto el vagabundo en mi campo?

—No lo creo. Pero quizá tenga que hablar con usted después de hacerle practicar la autopsia al cadáver.

Pete Rice se despidió de Fernald, quien parecía haber recobrado todo el optimismo de sus mejores días. En cuanto a Sims Hart, sus facciones retrataban claramente la consternación que le embargaba.

CAPÍTULO XVII

LA PISTA

AQUELLA misma noche Pete Rice escuchaba el informe médico presentado por el “Doctor” Buckley, después de efectuar la autopsia del cadáver del vaquero desconocido encontrado el Valle de Grama.

—Y bien, ¿cuál es el veredicto, “Doctor”? —preguntó Pete Rice.

—Pete-declaró el médico; —estoy un tanto confundido. Tengo que confesar que no encuentro ninguna herida de bala, de cuchillo, ni de aguja siquiera. Tampoco hay vestigios de veneno alguno. Es posible que la muerte se haya producido por un síncope cardíaco...

El sheriff llamó la atención del médico sobre la pequeña quemadura circular que se observaba en el pecho del cadáver.

—Ya me fijé en eso-declaró el “Doctor” Buckley —, y he tratado de encontrar alguna explicación, pero, hasta el presente, no la he hallado. Podría ser una quemadura producida por la colilla de un cigarrillo, que el muerto hubiese tenido en la boca al quedarse dormido...

—No. Eso no es posible, porque no había ningún resto de cigarrillo por las proximidades del cadáver. Además, el hombre no llevaba en sus ropas ni pitillos, ni tabaco, ni papel, ni cerillas...

—Entonces, me doy por vencido. ¿Usted qué opina, sheriff?

—Opino que es precisa hallar la solución a esta misteriosa ola de crímenes que se están produciendo en el Valle de Grama cuanto antes y que no descansaré hasta lograrlo. Va a ser necesario que dedique usted nuevamente su tiempo a los enfermos, “Doctor”. Porque en este último tiempo casi ha estado ocupado continuamente con autopsias...

Cuando Pete Rice llegó a su despacho encontró cuatro ejemplares de diarios, que habían llegado en el último correo.

Lleno de curiosidad, el sheriff revisó los diarios en cuestión, buscando los sitios en que habían sido recortados los ejemplares que encontrase en la habitación de “Doc” Brown. Esta tarea no le costó mucho tiempo y, cuando la hubo terminado, Pete Rice se encaminó derechamente al Arizona Hotel, donde se alojaba Seth Fernald.

Este estaba levantado aún cuando el sheriff golpeó a la puerta y le abrió en seguida.

—Le estaba esperando, sheriff-dijo —. ¿Ya se han establecido las causas de la muerte de ese vagabundo?

—No, el “Doctor” Buckley todavía no ha presentado su informe. Pero he venido a preguntarle otra cosa, Fernald.

—¿De qué se trata, sheriff?

—¿Sabía usted que la propiedad que compraba tenía mineral de radio cuando adquirió su finca, Fernald?

—¿Cómo lo ha sabido usted, sheriff? —preguntó a su vez el interrogado, demostrando una sorpresa extraordinaria—. No creí que ustedes por aquí tuviesen el menor conocimiento de esas cosas...

—La verdad es que no sabía nada de eso —admitió el sheriff;— pero, a pesar de ello, reitero mi pregunta. Y para que vea usted de dónde procede la pista, le daré esto.

Mientras hablaba, el sheriff entregó a Fernald un recorte de diario en que aparecía la siguiente información:

“NUEVAS RIQUEZAS EN ARIZONA”

“Recientes investigaciones han permitido demostrar la existencia de un rico mineral de uranio, conteniendo radio, en la parte Sur del Estado de Arizona. Se asegura que una empresa se dedicará próximamente a la explotación de dicha riqueza. Por el momento no se conocen mayores datos acerca de esta interesante novedad.”

En tanto que Fernald leía la información, Pete Rice continuó hablando como consigo mismo:

—Siempre me llamó la atención el que usted pagase tanto dinero por el campo que adquirió de Zeb Carson. Pensé, al principio, que usted sería un incauto y en ellos compartía la opinión de toda la gente de la Quebrada del Buitre, pero, al hablar con usted, muy pronto me convencí de que usted era más inteligente que todos los que le creíamos un tonto...

El sheriff refirió a continuación el encuentro de los diarios recortados en la habitación de “Doc” Brown y el pedido de otros ejemplares a las respectivas redacciones.

Fernald le escuchó con interés. Después, cuando el sheriff puso punto final a su relato. Seth inició el suyo:

—Bien-dijo; —voy a decirle toda la verdad. Usted me pregunta si sabía la existencia de ese mineral en la propiedad al adquirirla. Mi contestación sincera es que no estaba completamente seguro. Cuando adquirí esa seguridad tuve esperanza de ganar millones. Mas tarde, la muerte, la traición, el crimen, estuvieron a punto de hacerme desistir de mi propósito de explotar esa riqueza...

—¿Y “Doc” Brown intervenía en su negocio? —le interrumpió el sheriff.

—Sí-contestó Fernald —. Por lo reservado de la cuestión tuve que mentirle cuando usted me interrogó por primera vez, diciendo que no conocía a Brown. En verdad, era un geólogo que yo contraté para que estudiase el terreno y me informara acerca de la existencia o no del tesoro que yo creí haber encontrado. De paso, le diré que Brown, cuyo verdadero nombre era Huestéense, era un íntimo amigo mío. El informe de ese hombre fue absolutamente favorable.

—¿Y por qué ha hecho usted venir ahora un abogado de San Francisco? —le preguntó de pronto el sheriff.

—A eso iba precisamente-respondió Seth Fernald, con la mayor calma y mirando fijamente a los ojos a Pete Rice —. Cuando resulté sospechoso de la muerte de Lee Scott tuve ocasión de conocer al único abogado de esta zona, Sharon Pell, comprobando cuál era su catadura moral. Es verdad que me ha defendido muy bien; pero considero que ellos no era muy difícil, teniendo en cuenta, en primer término, que yo era inocente, y, en segundo lugar, que yo le di los argumentos capitales con los cuales podría probar mi inocencia: las botas de Lee, que, según yo sabía, se creían de mi propiedad. Ahora bien, cuando estuve seguro de que mi propiedad contenía el valioso mineral, necesitaba el asesoramiento de un abogado para saber si el título de compra que yo tenía incluía también derechos sobre el subsuelo. Considerando que Paul Withcomb es un buen abogado, un verdadero amigo y, además, mi futuro hermano político, creo más lógico que le haya llamado a él y no que hubiese consultado a Sharon Pell. ¿No lo parece a usted

también que es así, sheriff?

—Evidentemente-respondió Pete, haciendo un gesto de franca afirmación —. ¿Y cómo se le ocurrió contratar a Montana, que no era nada más que un simple vaquero?

—Precisamente, para salvar las apariencias, tuve que tomar a mi servicio vaqueros, aun cuando sabía muy bien que el campo no sería destinado a la ganadería. Y en cuanto a Jocko Montana, le conocía de antes. Era un ayudante muy valioso.

Y, a continuación, Fernald admitió haber enviado a Jocko al Arizona Hotel para robar los equipajes de “Doc” Brown, con el fin de evitar que se conociese su secreto acerca de la personalidad del extinto.

Pete Rice escuchó en silencio todo el relato, comprendiendo que Fernald le estaba hablando con sinceridad y distinguiendo, por primera vez, en el tono de aquel hombre ese sello de veracidad que hasta entonces le había faltado siempre.

CAPÍTULO XVIII

LA CONFESIÓN DE SIMS HART

Tan pronto como el sheriff Pete Rice conoció toda la verdad de labios de Fernald, comprendió que los cargos formulados por Sims Hart contra Seth, en el sentido de que le había robado animales, debían ser infundados y, puesto a descubrirlo todo, se trasladó a la finca de Hart, a fin de interrogar también a éste y averiguar cuáles eran los motivos que habían dado origen al encono que se observaba entre ambos propietarios vecinos.

Dirigíase el sheriff a la casa de Sims Hart, cuando, al pasar delante de la casa del vaquero de la finca de Fernald, observó que de su interior se escapaba precipitadamente un hombre, montando a caballo y desapareciendo en la oscuridad.

Casi en el mismo instante se oyeron fuertes gritos en demanda de auxilio, que partían de interior de la casa y que, evidentemente, eran lanzados por el anciano vaquero. Además, de uno de los rincones de la casa elevábase una llamarada.

Pete Rice encontrase así, de pronto, colocado ante un difícil dilema. Por una parte, estaba un delincuente que se escapaba y que quizá no podría ser ya atrapado para imponerle el castigo merecido. Por el otro, un hombre pedía auxilio desde el interior de una casilla incendiada.

El sheriff no vaciló. Rápidamente, corrió hacia la puerta y penetró en la construcción, desatando sin pérdida de tiempo al morador de la misma, que había sido fuertemente sujeto a su cama, mientras que las llamas tomaban rápidamente incremento y el humo hacía sofocante el ambiente.

Pete Rice llevó al vaquero hacia el exterior y allí le prodigó los cuidados necesarios para curar al principio de asfixia de que daba muestras. En cuanto a la casilla, una simple ojeada al fuego fue

suficiente para que el sheriff comprendiese la inutilidad de todo esfuerzo por salvarla.

Con mirada patética posada en su casa, presa de las llamas, el anciano vaquero empezó el relato de lo ocurrido:

—Bien dicen, señor-empezó —, que en este Valle de los Hombres Muertos, como se denomina ahora al Valle de Grama, existen fantasmas y suceden cosas que no tienen explicación posible. ¿Cómo se explica, si no, que yo, un hombre carente, no sólo de dinero, sino hasta de los objetos más necesarios, y sin enemigo alguno en todo el distrito, haya podido ser víctima de un asalto?

—¿Un asalto?

—Así es, sheriff. Alguien golpeó a la puerta de mi casilla y, cuando salí a abrirle, me aplicaron un golpe en el cráneo y me privaron del conocimiento, tirándome acto seguido sobre la cama, donde me ataron y prendieron fuego a mi pobre casilla, que era el único lugar donde yo podría dormir...

—¿A cuántos hombres vio usted?

—A uno solo. Estaba enmascarado y llevaba una larga capa oscura. Eso es todo lo que puedo decirle; porque solamente le vi un segundo...

La narración del vaquero fue interrumpida en ese instante por la llegada de Sim Hart, quien, desde su hacienda, había visto el incendio, apresurándose a acudir en ayuda del puestero.

Hart y Rice se saludaron con el afecto de siempre y, en seguida, el sheriff fue derecho al asunto.

—Hart-dijo —, como primera medida es necesario que, por el momento, aloje usted a este hombre en su casa hasta que encontremos la manera de lograr otra casilla para él. Ha estado a punto de aumentar el número de los misteriosos asesinatos en el Valle de Grama.

El propietario llevó al vaquero en su caballo hasta la casa, donde le destinó una hermosa habitación para que se instalase provisionalmente. Después, Pete Rice y él, cómodamente instalados en al galería, fueron al tema.

—Sims-dijo Pete Rice —, he venido a verle para decirle que, a pesar de ser dos viejos camaradas, no le permitiré que trate usted de engancharme con esa acusación falsa de cuatrismo que ha formulado contra Fernald. Quiero saber, en esencia, lo que hay

entre ustedes. Fernald ya me ha contado muchas cosas y necesito también una confesión suya para poder completar el cuadro de la situación y lograr así poner fin cuanto antes a los desagradables sucesos que vienen ocurriendo en el Valle de Grama.

Por un momento Sims Hart, guardó silencio. Después, con las facciones cubiertas de rubor, dijo, rotundamente:

—Lo que ocurre, Pete, es muy sencillo. Yo soy un viejo tonto y, como tal, a veces me conduzco incorrectamente...

—Ya sé lo demás, Sims. Usted se ha enamorado de Sally Fernald, y al no obtener la conformidad de ella ni de Seth, ha querido vengarse de este último. ¿Es eso lo que quería decirme?

—Exactamente. ¿Cómo ha podido usted saberlo, Pete? ¿Acaso se lo dijo Fernald?

—No me habló ni una palabra de usted, ni yo le pregunté sobre este particular. Pero las miradas delatan, y cuando Sally vino a anunciarnos la próxima llegada de su prometido, usted puso una cara que revelaba claramente el desagrado que le producía tal noticia. Eso ha sido suficiente para que yo pudiese adivinar todo el resto.

—Perfectamente, sheriff; pido humildemente que usted me perdone por haberle mentido, y si tengo alguna pena que cumplir por falsedad estoy dispuesto a hacerlo.

—Su conducía, Sims, ha sido poco digna de usted. Sobre todo si se tiene en cuenta nuestra vieja amistad. Pero, además, habrá reconocido usted al fin que su pretensión era absurda. Usted tiene cincuenta y cinco años, Sally Fernald cuanta diez y nueve... Vamos, hombre, podría ser casi su nieta...

—Tiene razón, Pete. Yo también he tenido que llegar a la conclusión de que me proponía un absurdo. Pero la verdad es que cuando estamos enamorados no vemos los inconvenientes y sólo nos ilusionan las esperanzas. Yo pensaba que siendo uno de los hombres de mejor posición económica del distrito podría llegar a convertirme en un partido interesante para cualquier mujer, por joven que fuese. Y, sobre todo me siento muy joven aún...

—Usted se sentirá joven, Sims, pero a los ojos de los demás no se ocultan sus años. Indudablemente, hay mujeres, quizá más jóvenes que Sally Fernald, que no vacilarían en casarse con usted, llevadas por el interés; pero la hermana de Fernald no es de esa

pasta. Es toda una mujer sensata y jamás cometería semejante desatino. Creo ser un buen conocedor de hombres y, como tal, estoy seguro que, en este caso, no me equivoco.

—¿Cuál es la pena que corresponde por el delito que he cometido, sheriff?

—Detención y multa. La detención se la perdono por haber tenido, aunque tarde, el valor de reconocer su error y de arrepentirse de sus actos. En cuanto a la multa, no la cobraré en efectivo, sino en especie, como la autoriza la ley.

—Usted dirá, sheriff.

—La multa consiste en que usted haga construir una casilla nueva para el vaquero que ha perdido la suya en el incendio de esta noche y le reponga las provisiones que perdió. ¿Conformes?

—O.K., sheriff. Mientras se construya la casilla y se la proveamos de lo necesario, el hombre podrá alojarse en mi casa.

—Bien.

Pete Rice y Sims Hart se despidieron con un apretón de manos y el sheriff emprendió el camino de su casa, satisfecho por un lado, por haber echado luz sobre los misteriosos sucesos ocurridos últimamente en el Valle de Grama, pero preocupado porque el autor material de dichos crímenes se había fugado.

Y el sheriff de la Quebrada del Buitre no era hombre que dejara escapar a un asesino...

CAPÍTULO XIX

LA SITUACIÓN SE COMPLICA

Serían aproximadamente las cuatro de la tarde del día siguiente, cuando Pete Rice se alarmó, mientras se encontraba en su despacho en la peluquería de Hicks, por una serie de disparos de 45 que provenían de un local de diversiones próximo.

Sin pérdida de tiempo, el sheriff se trasladó hacia allí, comprobado entonces que sólo se trataba de una vulgar pelea provocada por un ebrio, quien lanzaba tiro al aire, insultando en castellano a Zeb Carson, por haber tropezado con él a la salida del citado local. Por su parte, el anciano Carson contestaba al mejicano ebrio en el mismo idioma, lo que, en cierto modo, llamó la atención de Pete Rice, quien no recordaba que el anciano supiese hablar el español.

Terminado el desorden con la intervención de Teeny Butler, quien condujo al ebrio hasta el calabozo, Pete Rice estaba a punto de regresar a su despacho, cuando Hick “Miserias” se acercó a él, llevando en la mano un telegrama.

—Le reclaman en Tucson, patrón-dijo —. Es una llamada urgente.

Pete Rice tomó el despacho y lo leyó.

—Bien-dijo —. Parto esta noche. Usted y Teeny Butler deben permanecer en la Quebrada del Buitre, hasta que yo regrese. Y Pete se alejó rápidamente para preparar su equipaje.

Cuando llegó el tren, Pete Rice se encontraba ya completamente preparado y entró en él, no sin que en ese instante recibiese el homenaje de toda la población, que concurrió a despedir a su sheriff a la estación.

Pero apenas habíase alejado el tren unos ocho kilómetros de la Quebrada del Buitre, su maquinista, obedeciendo a una orden

recibida previamente por el sheriff, detuvo la marcha en pleno campo de Fernald y Pete Rice descendió del tren.

Ya era oscuro, pero el sheriff no tuvo ninguna dificultad para la situación exacta de la casa de Seth Fernald, porque en aquel momento se hallaba iluminada y se veía desde gran distancia.

Buscando siempre el resguardo de la sombra que los árboles proporcionaban con su tupido follaje, que no dejaban pasar los débiles rayos de la luna, Pete Rice consiguió aproximarse hasta pocos pasos de la casa, sin que nadie advirtiese su presencia.

El plan del sheriff era muy sencillo.

Toda la población de la Quebrada del Buitre, y, por consiguiente, también misterioso criminal que tenía aterrorizada a la población con sus numerosas fechorías en el Valle de Grama y que seguramente se escondería bajo el antifaz de cualquier honorable ciudadano, sabía que ese día se había ausentado Pete Rice, partiendo con destino a la alejada población de Tucson y tampoco desconocería que los comisarios del sheriff habían recibido orden de permanecer en la población, es decir, que la finca de Fernald carecía de protección aquella noche.

Pete Rice pensó que, dado el interés demostrado en anteriores oportunidades en la destrucción de dicha finca y en la muerte de su propietario, el misterioso criminal, autor de la muerte de tanteas personas en el Valle de Grama, aprovecharía la ocasión para intentar otro ataque contra la finca, tanto más, cuanto que esa noche, por haber llegado el abogado amigo de San Francisco, Seth Fernald había decidido dar licencia todos sus vaqueros, trasladándose sólo con su hermana y su futuro cuñado a su finca, a fin de mostrar a Whitcomb las riquezas minerales que atesoraba el suelo de la misma...

En consecuencia, decidió esconderse en un lugar desde donde le fuese posible observar todo el movimiento de la casa, interviniendo por sorpresa en el caso de producirse un ataque.

Con gran paciencia, Pete Rice esperó en su escondite. Llegó un momento en que en la casa de Fernald se apagaron las luces, indicando que sus moradores habíanse retirado a descansar.

Una hora más tarde, el sheriff, de pronto, percibió un leve ruido, como de una piedra tirada contra el cristal de la ventana. Con todos los nervios en tensión, el sheriff esperó, escuchando atentamente.

De pronto oyó claramente la voz de Seth Fernald, que decía:

—¿Quién está ahí? ¿Qué pasa?

Inmediatamente sonaron tres disparos en rápida sucesión. Pete Rice comprendió en seguida lo ocurrido. El misterioso criminal había atraído la atención de Fernald por medio de unos guijarros tirados contra los cristales de su dormitorio y cuando el hombre se acercó a la ventana, ofreciendo un buen blanco, había disparado contra él a mansalva...

Pero su estratagema no había de terminar con la felicidad por él deseada.

En efecto, tan pronto como Pete Rice escuchó los disparos, distinguió también los correspondientes fogonazos y ello fue suficiente para poder localizar al que los había efectuado. Inmediatamente, el sheriff se levantó de su escondite, corriendo en dirección a la casa.

La oscuridad era completa, pero, a pesar de ella, el sheriff distinguió la silueta de un hombre, que llevaba una capa oscura y que huyó en seguida de efectuar los disparos contra Seth Fernald, perdiéndose en las tinieblas de la noche antes de que el sheriff pudiese darle alcance.

Pete Rice efectuó tres disparos al azar, pero aun cuando no veía ya al asesino fugitivo, su sentido de orientación era tan perfecto que alcanzó al criminal con una de las balas, produciéndole una herida en un brazo.

Ello bastó para que el misterioso delincuente terror del Valle de Grama, se viese imposibilitado para montar su caballo, que le esperaba a corta distancia.

No obstante, trató de buscar su seguridad confiando en sus propias piernas y echó a correr, perseguido de cerca por el sheriff, quien, dando una prueba más de su extraordinaria tenacidad, así como de su excelente oído, se guió por el ruido de las pisadas del fugitivo para no perderle.

Las pisadas fueron haciéndose gradualmente más perceptibles, revelando a Pete Rice que la distancia entre ambos se iba acortando.

Hasta ese momento los dos hombres habían corrido por el bosque, circunstancia que favorecía especialmente al fugitivo, por cuanto, le ocultaba de la vista de su perseguidor, pero, una vez

atravesado el citado bosque, comenzaba el terreno rocoso, en pendiente. Pete Rice comprendió que el asesino buscaba la protección de las sierras, con sus vericuetos y escondites naturales, y decidió elevar al máximo la velocidad de su carrera, a fin de no dar tiempo al otro para poder sustraerse al castigo de la Ley, aprovechando tan excelente protección.

Pete Rice era un celoso guardián de la Ley y pocos eran los asesinos que lograran burlar su persecución implacable; pero en esta circunstancia parecía que hasta la Naturaleza acudía en auxilio del criminal...

CAPÍTULO XX

DESENMASCARADO

Cuando el asesino se internaba en uno de los senderos de la sierra, Pete Rice recurrió a un medio que sólo empleaba como último recurso. Su propósito invariable era el de capturar a los delincuentes con vida, para poder someterlos a sus jueces, pero antes de permitir que un criminal escapase al justo castigo prefería incluso utilizar su pistola 45. No obstante, al apretar el gatillo del arma, el sheriff la dirigió contra una de las piernas del fugitivo.

La puntería de Pete Rice no tenía igual en todo el distrito. Junto con el ruido producido por el disparo se escuchó un grito de dolor y el criminal cayó al suelo...

Pero estaba dispuesto a defenderse hasta el último momento. Cuando el sheriff se acercó el hombre, desde el suelo, le hizo aún varios disparos que no dieron, empero, en el blanco.

Esto no tenía nada de extraño, si se tiene en cuenta que el criminal enmascarado utilizaba la mano izquierda, por tener la derecha inmovilizada, herido por el primer disparo del sheriff, que le alcanzara en el brazo de ese lado.

Para no exponerse a un riesgo inútil. Pete Rice resolvió entonces hacer uso de su lazo y, con un movimiento hábil, logró inmovilizar al asesino caído, rodeándole el cuerpo y los brazos con la cuerda y tirando del lazo con violencia, a fin de apretar el nudo todo lo más posible...

Reducido a la impotencia, el asesino esperó que el sheriff se acercase, esperando sin duda tener todavía una última ocasión para librarse de él; pero Pete Rice se echó encima del bandido con un salto formidable y le arrebató la pistola...

A continuación terminó de atarle con el mismo lazo y, ya completamente sujeto, le arrancó la máscara que hasta entonces

cubriese sus facciones.

Por un instante el sheriff no quiso dar crédito a sus propios ojos. Aquel hombre diabólico, autor de tanto crímenes, que había aterrorizado la región hasta el punto de que el Valle de Grama fuese calificado como el Valle de los Hombres Muertos, ese asesino que, confiado en su astucia, había realizado sus fechorías hasta entonces impunemente, era Zeb Carson, un anciano casi y sobre quien seguramente no habrían recaído jamás las sospechas de la justicia de no haber sido por la celada que le preparara aquella noche Pete Rice.

Porque el sheriff de la Quebrada del Buitre no era menos astuto que los que trataban de burlarse de la Ley, y cuando comprendía que tenía por rival a un criminal inteligente, le combatía con sus propias armas.

En el despacho del sheriff Pete Rice se hallaba éste en compañía de Teeny Butler e Hicks “Miserías”.

Frente a la mesa, Zeb Carson, con sus heridas vendadas por el “Doctor” Buckley, respondía a las preguntas que le dirigía el sheriff. Estaba un tanto abatido, pero no por eso dejaba de brillar en su mirada cierta expresión de vanidad, característica en todos los criminales de su talla. Estaba convencido de que solamente la mala suerte le había hecho caer en las manos de la justicia, e interiormente sentía cierto orgullo al pensar que en ningún momento se había conducido como un delincuente vulgar.

Este era el mal de los grandes criminales y que una vez más había provocado la derrota de un asesino, que, creyéndose genial, había caído en una celada hábilmente preparada por la justicia.

—Carson-comenzó diciendo el sheriff —, está usted acusado de homicidio en las personas de “Doc” Brown, Lee Scott, Jocko Montana y quizá algunos más. Es inútil que trate usted de negar esos cargos toda vez que las pruebas que tenemos en contra de usted son terminantes...

—Lo sé, sheriff, y no soy de los que retroceden cuando pierden una batalla. He luchado y he sido vencido. Ahora solamente me resta esperar resignadamente la suerte que la Ley me depare. Le advierto que ya la conozco y estoy dispuesto a subir a la horca cuando así lo dispongan ustedes...

—Todavía nos falta su confesión, Carson. ¿Está dispuesto también a formularla?

—Sí. Haga usted las preguntas que quiera...

—¿Sabía usted que el subsuelo de la finca que vendió a Fernald contiene minerales valiosos?

—Cuando vendí la propiedad, naturalmente, ignoraba ese detalle. Pero, intrigado por conocer los motivos que habrían impulsado a Fernald a comprar mi finca por un precio tan elevado, cosa que al principio creí fuese consecuencia de su ignorancia, me dediqué a interrogar a “Doc” Brown. El hombre era muy instruido y sagaz, pero yo lo era en mayor grado que él y, por último, obtuve una explicación del geólogo, que me reveló el mal negocio que había realizado al vender por sesenta mil dólares lo que valía varios millones. Desde entonces decidí apropiarme nuevamente de la finca a cualquier precio.

—¿Y por qué mató usted a “Doc” Brown y a todos los demás?

—Estos crímenes solamente constituyeron medios para lograr el fin que me proponía. Fue una cadena que resultaba necesario para poder adquirir nuevamente los derechos de propietario sobre esas tierras.

—¿En qué forma asesinó usted a Brown?

—Lanzándole al precipicio por medio de una horquilla de mango largo. Creí haber preparado el hecho con la suficiente habilidad como para darle las apariencias de un accidente; pero no pensé que los dientes de la horquilla pudiesen dejar huellas tan visibles en el cuerpo de aquel hombre....

—¿Y cuál fue el motivo de la muerte de Lee Scott?

—Con ella pretendí hacer recaer sospechas sobre Fernald, pensando que sería condenado a muerte y que después me sería fácil obtener la propiedad que anhelaba. Estaba dispuesto, incluso, a pagar por ella cien mil dólares si era necesario... Naturalmente, para comprarla, era preciso que se ignorase la existencia del mineral y ello sólo podía obtenerlo con la muerte de los dos únicos hombre que estaban en el secreto: “Doc” Brown y Seth Fernald.

—¿Y no tenía usted miedo de que Fernald, antes de ser ejecutado, revelase el secreto?

—Sí, pensé en esa posibilidad. Por eso prefería que no muriese a manos del verdugo, sino ajusticiado de acuerdo con las prácticas de

la ley de Lynch.

—¿De modo que también organizó el desorden para apoderarse del acusado?

—No lo niego.

—Y Jocko Montana, ¿por qué fue asesinado?

—Por el mismo motivo...

Por un momento el criminal volvió a mostrarse orgulloso de sus condiciones y de la perfección de su plan. Después suspiró profundamente:

—Hubiese sido un hombre verdaderamente rico si no hubiese sido por sus procedimientos diabólicos, sheriff...

Ya era de noche cuando, después del proceso y condena de Zeb Carson, regresaba Pete Rice a su casa, íntimamente reconfortado con la satisfacción del deber cumplido.

Nuevamente volvería a reinar la paz en el Valle de Grama y la tranquilidad retornaría al espíritu de sus habitantes. La muerte había hecho sus estragos allí, pero con las riquezas que provendrían de la explotación de los ricos yacimientos minerales muy pronto se variarían compensadas las horas de angustia que viviera la población de la Quebrada del Buitre.

Cuando el sheriff llegó a la casa de su madre vio delante de la puerta un caballo completamente cubierto de sudor, señal evidente de que acababa de efectuar un largo viaje.

Al acercarse Pete, descendió de la galería, donde le estaba esperando, un hombre de robusta complexión física, que estrechó la mano del sheriff.

—Buenas tardes, Pete. Acabo de llegar y le estaba esperando...

—Buenas tardes, Les. ¿Qué le ocurre?

El comisario Les Moines era el representante de la ley en Sutter's Bend, uno de lugares más alejados del distrito de Trinchera.

—No se asuste, Pete-dijo —. Esta vez no se trata de un asunto del carácter corriente de los que son sometidos a su actividad y en cuya solución ha dado usted tantas muestras de capacidad. No es un crimen, ni un robo de ganado, ni nada pro ese mismo estilo. Y, sin embargo, nos vemos precisados a resolver un difícil problema en el Valle de Charici, cerca de Sutter's Bend.

En pocas palabras, el comisario explicó al sheriff que los

pobladores de su zona habianse visto molestados en los últimos tiempos por la presencias de grandes rebaños de caballos salvajes que, procedente de las sierras, bajaban a los valles, devorando los pastos reservados para el ganado de los colonos.

Los pobladores estaban acostumbrados a solicitar la ayuda de Pete Rice cuando se veían en dificultades, y por eso enviaron al comisario Les Moines a la Quebrada del Buitre a fin de informar al sheriff acerca de lo que ocurría.

—Algunos propietarios están realmente preocupados-terminó diciendo el comisario —, porque se trata justamente de una época en que los pastos están escasos. Parecen estar decididos a matar los potros antes de permitir que sus animales se mueran de hambre...

—No creo que sea necesario matar a esos pobres animales-declaró Pete Rice —. Son ya demasiado numerosas las muertes que se han producido en el último tiempo, de manera que ahora quisiera asegurar la vida hasta a las mismas moscas...

El comisario Les Moines soltó una carcajada.

—Bien-dijo —. ¿Puedo decir a la gente que usted irá a ver cómo puede resolverse el problema?

—Con el mayor gusto, Les Moines. Mañana mismo saldré para Sutter's Bend.

Pero cuando Pete Rice ensilló, a la mañana siguiente, a "Sonny", con el fin de trasladarse al Valle de Charici, estaba muy lejos de suponer que allí se vería precisado a resolver una de las cuestiones más difíciles que se presentan en su larga carrera. Muchas habrían de ser las detonaciones que se escucharían en ese valle antes de que transcurriesen otros tres días.

La muerte estaba escribiendo un nuevo mensaje de destrucción con sus descarnadas manos...

¡Pero, de momento Pete Rice había triunfado!

¡Y volvería a triunfar!

FIN